



pintando memorias en tu piel.

VERÓNICA
ESPINOSA

Copyright © 2024 Verónica Espinosa
Primera edición © Febrero, 2023 *Huellas en la arena*

PERFILES SOCIALES:

[instagram.com/veronicaespinosa.autora](https://www.instagram.com/veronicaespinosa.autora)
twitter.com/AutoraVeronica

DISEÑO Y MAQUETACIÓN:

Diseño de cubierta: Verónica Espinosa
Maquetación: Verónica Espinosa
Corrección: Rocío García

Todos los derechos reservados. Queda prohibido, sin la autorización de los titulares del copyright y bajo las sanciones establecidas por la ley, la reproducción de esta obra por cualquier medio o procedimiento. No obstante, sí está permitida la reproducción parcial de esta obra con fines promocionales, publicitarios, reseñas del contenido de esta en cualquier medio escrito o digital, con la única obligación de mencionar al titular de copyright.

Este relato ha sido publicado de forma autónoma por el titular del copyright, sin el apoyo de una editorial y/o terceros. Por este motivo, es posible que el contenido pueda tener algunas erratas y/o errores ortográficos.

Por esos veranos repletos de recuerdos.
Por esos instantes que compartimos juntos.
Por cada memoria y huella que dejaron vuestros pasos.
Por vosotros, que no estáis y seguís estando conmigo.

INDICE

[INDICE](#)

[MEMORIA](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[MEMORIA](#)

[14](#)

[15](#)

[16](#)

[17](#)

[18](#)

[19](#)

[20](#)

[21](#)

[MEMORIA](#)

[22](#)

[MEMORIA](#)

[23](#)

[24](#)

[25](#)

[26](#)

[27](#)

[28](#)

[29](#)

[30](#)

[31](#)

[32](#)

[33](#)

[34](#)

[35](#)

[36](#)

[37](#)

[38](#)

[39](#)

[40](#)

[41](#)

[42](#)

[43](#)

[MEMORIA](#)

[44](#)

[45](#)

[46](#)

[MEMORIA](#)

[47](#)

[MEMORIA](#)

[EPÍLOGO](#)

[DEL ANONIMATO AL SALTO LITERARIO](#)

[TODAS LAS NOVELAS DE LA AUTORA](#)

MEMORIA



Verano de 1990

Era demasiado temprano para que las toallas y las sombrillas transformasen la playa en un paraíso a todo color, pero esa mañana tenía algo de especial, o al menos así lo sintió Theo una vez que escapó del hotel a hurtadillas y buscó la forma de llegar a la playa y hundir sus pies en la arena. En la quietud que se respiraba a esa hora, la playa parecía un lienzo en blanco esperando ser pintado con las vivencias del día. Su madre, siendo un niño, le había repetido hasta la saciedad que en esos paisajes la inspiración fluía como el agua en los manantiales vírgenes, pero él no tenía ni idea de eso porque su pasión era el deporte y no las artes. La brisa marina, fresca y llena de salitre, le acariciaba la piel y despejaba cualquier rastro de sueño que pudiera tener. A esa hora debería estar durmiendo, sin embargo, lo único que deseaba era estar presente cuando las finas hebras de luz procedentes del sol comenzaran a romper el día desparramándose con suavidad creando hondas perfectas de color sobre el mar. Tenía dieciocho años recién cumplidos y ahí estaba él, escapándose sin avisar para ver el amanecer.

Aquel verano los Richeri habían decidido tirar la casa por la ventana. Theo no soportaba que fuesen así, que derrochasen su dinero y eligieran siempre lugares tan exclusivos para pasar el verano. Él, al contrario que ellos, odiaba ser el centro de atención de aquellos que los rodeaban; era más reservado y sencillo, y quizá era por eso por lo que todos habían visto en él al perfecto heredero.

Lorenzo Richeri era el alma de Breka tras la muerte de su gran amigo, mientras que Ginevra era pintora, pero no una cualquiera, ella llenaba galerías y ganaba millones de liras. Era un prodigio y su marido no dejaba de recordárselo. En Roma tenían una mansión, acudían a sinfín de eventos, usaban ropa de las marcas más caras, eran conocidos en toda Europa y todo el mundo quería formar parte de sus vidas. Ángelo y Vittorio eran sus hijos, dos *piedras* preciosas, diferentes pero atractivas y encantadoras a su manera. Mientras que Theo había aparecido en sus vidas de la forma más triste posible.

Con un par de conchas anacaradas en una mano, Theo se dispuso a caminar descalzo y disfrutar de la sensación de la tierra húmeda entre los dedos de sus pies. Era su primer verano en Turchese y aunque llevaba pocos días en el pueblo, ese pequeño rincón de Cerdeña empezaba a dejar huella en su corazón. Su pelo oscuro contrastaba con su piel bronceada y sobre su nariz se podía diferenciar una retahíla de pecas que parecían constelaciones. Llevaba puesta una camiseta blanca y un bañador que le compró su madre semanas antes, y en su cara se mantenía dibujaba una sonrisa tranquila. Se había ganado una experiencia inolvidable después de las notas que había sacado y aguardaba impaciente por descubrir qué le depararía el futuro.

Mientras avanzaba, Theo puso atención en una persona que se balanceaba a lo lejos en

un columpio colocado en una zona de juego infantil sobre la arena. No es que fuese muy dado a entablar relaciones, pero se animó a caminar hacia allí. Se trataba de una chica de más o menos su edad, tenía el pelo largo y ondulado de un color dorado que brillaba a pesar de la poca luz que había en ese momento. Su vestido blanco flotaba alrededor de sus piernas como la espuma del mar y su risa, clara y contagiosa, rompía el silencio y se mezclaba con el murmullo de las olas. Había algo en ella, en la despreocupación con la que se balanceaba que lo hipnotizó. Era como si el mundo entero se hubiera detenido para enmarcar ese instante, envolviéndolo de una magia armoniosa que lo arrastraba despacio hacia ella.

Bice, de dieciséis años, disfrutaba de su pequeño momento de libertad en la playa antes de que sus padres abriesen el restaurante familiar. El verano significaba para ella mucho más que unos meses de diversión: regresar a casa, alejarse del ballet, de su tía y de la soledad que vivía en Roma. Ella amaba la danza, nació con un don, pero odiaba no sentir la brisa del mar rozando sus mejillas. Había heredado de su padre la pasión por la naturaleza y si pasaba demasiado tiempo sin formar parte de ella, un sentimiento de vacío le aplastaba el corazón.

Ensimismada, no se percató de la presencia de Theo hasta que él estornudó. Por un segundo creyó que él saldría corriendo, pero fue todo lo contrario. Sorprendido, puso sus ojos en ella y se quedó parado en la arena a la espera de que sucediera algo. Y así fue como ocurrió.

—¡Hola! —saludó animada columpiándose un poco más alto esa vez. Desde muy niña tuvo el extraño pensamiento de que podría alcanzar las nubes y convertirse en pájaro si se impulsaba siempre un poquito más, y nunca dejaba de intentarlo.

—Deberías llevar cuidado, puede ser peligroso. —Theo la alertó acercándose un poco más.

—No te preocupes, lo hago siempre. ¿Cómo te llamas?

—Theo, ¿y tú?

—Bice —contestó ella y, poco a poco, dejó que el columpio frenase su velocidad. Una vez que paró, se levantó del asiento apoyando sus pies descalzos en la arena y, al estar delante de él, levantó su mano para estrecharla con una firmeza que contrastaba con su apariencia delicada—. ¿Qué haces aquí? ¿Te has perdido? —Él notó como la garganta se le secaba y las palabras se le perdían en lo más profundo de su cerebro. Los ojos de ella eran de un color azul turquesa oscuro, como el mar que los rodeaba, y tuvo la sensación de que podía perderse en ellos—. ¿Se te ha comido la lengua el gato? —insistió ella y, tras soltar una risilla, se mordió el labio en un gesto juguetón.

—No, es que... ¿Vienes a menudo por aquí?

—Siempre que puedo. —Se apartó un mechón de pelo de su cara y echó un vistazo al mar—. Mis padres me dejan venir sola a esta hora del día. Dicen que aún soy pequeña para estar por aquí cuando todo se llena de gente —añadió regresando su mirada a los ojos oscuros de Theo que, por un segundo, notó como su corazón le daba un vuelco en el pecho—. ¿Y tú? ¿Eres de por aquí?

—No, estoy con mi familia. Solo unas semanas. Ya sabes, vacaciones.

—¿Y ya has conocido los rincones mágicos de Turchese? —La mirada de Bice brilló con entusiasmo ante un Theo que no podía dejar de observarla. Se sentía tan estúpido y bobo ante su presencia que todo su cuerpo estaba tenso—. Dicen que este lugar está lleno de

cuevas donde los piratas escondieron sus tesoros. Y que allí, en el agua, hay sirenas. ¿Tú crees en esas cosas?

—No mucho, la verdad. —Por un segundo, pensó que estaba loca, pero Bice era tan diferente a las chicas que conocía en Roma, que no le importó demasiado—. Pero, al parecer, tú sí.

El sol comenzó a subir en el cielo y los dos decidieron sentarse en la arena. De pronto, una conversación llevó a la otra y dejaron de ser dos desconocidos. Hablaron de cómo eran sus vidas, de sus sueños y sus familias... todo fue tan fácil que parecían dos viejos amigos reencontrándose después de mucho sin verse. Cada palabra que intercambiaban los acercaba un poco más, y cada vez que sus miradas se cruzaban, el tiempo se detenía. La risa de Bice era para Theo como una melodía que llenaba el aire y cada vez que sonreía, él sentía un chispazo de felicidad que lo recorría de pies a cabeza. Era una sensación nueva, no la comprendía del todo pero le gustaba y provocaba que sus mejillas le dolieran.

Con el sol ya en lo alto, ella se puso en pie de un salto y se sacudió la arena para quitarse su vestido y ofrecer su mano a Theo.

—¿Te gusta nadar?

—Sí, claro —respondió a pesar de que no era un experto nadador—. ¿Por qué?

—Vamos a nadar —le instó con un movimiento de cejas divertido.

—Pero el agua tiene que estar fría —comentó mientras se ponía de pie y se quitaba la camiseta.

—¿Acaso tienes miedo de las sirenas? Sus risas desaparecieron en cuanto se zambulleron en el mar sujetando la mano del otro. En efecto, el agua estaba fría pero la sensación era refrescante. Bice nadó como si el mar fuese su habitat natural mientras que Theo, hizo su mejor esfuerzo por seguirle el ritmo. Jugaron a salpicarse el uno al otro, y cuando sus cuerpos se rozaban, sentían un chispazo que los conectaba un poco más. Todo el mundo decía que las sirenas podían atraparte si te dejabas arrastrar por sus encantos y en aquel momento Theo descubrió lo que significaba todo aquello.

Tras varios minutos de disfrute, salieron y se tumbaron en la arena disfrutando del movimiento de las nubes, de la calidez del sol y la compañía. Él no podía dejar de mirarla, estaba maravillado por la manera en la que se le pegaba el pelo a la piel y por cómo le brillaban los ojos bajo la luz del día. En Roma tenía muchas amigas, pero ninguna era como Bice. Ella tenía el encanto salvaje de Turchese y eso le gustaba más de lo que en ese momento podía reconocer.

—Nunca había conocido a alguien como tú —confesó sin poder contenerse.

—¿En serio? ¿No hay chicas rubias dónde vives?

—Sí, pero tú... eres especial —murmuró sintiendo que las palabras no podían capturar lo que sentía—. Tienes algo que...

—¿Qué? —Bice, tan soñadora como juguetona, se acercó a él hasta que sus caras quedaron a pocos centímetros de distancia. Theo tenía un lunar sobre su labio que había llamado su atención desde el principio y sus ojos color chocolate eran tan grandes y penetrantes que parecían dos espejos. Tragó saliva al tenerla tan cerca y su corazón se le aceleró en el pecho. ¿Qué debía hacer ahora? Vittorio, a pesar de ser el pequeño de los tres, ya se había besado con varias chicas, pero él no tenía idea de cómo hacerlo. Por un instante pensó que si regresaba al hotel y les contaba a todos lo que había pasado y que fue incapaz de besarla, Ángelo se burlaría de él el resto del verano, así que se armó de valor, le sujetó la

mejilla con una mano y acercó sus labios a los de ella.

—¡Bice! Bice, ¿dónde estás?

—Tengo que irme, mis padres...

—¿Te volveré a ver?

—Eso depende de ti, ¿quieres?

—Claro que sí... —respondió aún embobado por el beso.

—¿Ves ese restaurante de allí? —Señaló con una mano—. Estoy allí la mayoría del tiempo. Es de mis padres, sirven el mejor marisco que has probado en la vida. Ven a buscarme cuando quieras.

—¿Y qué haremos?

—Disfrutaremos del verano.

El beso fue suave y tierno, lleno de secretos escondidos y sueños. El corazón de Bice y Theo latió al unísono en ese instante, era solo el comienzo y, aunque no eran conscientes de lo que había pasado, a partir de ese instante sus vidas habían cambiado.



Nicola. Turchese, mayo.

Parece que fue ayer cuando las tormentas de primavera cubrieron los rayos de luz de un sol que hoy brilla con más fuerza que nunca. El cielo luce azul, pero no es un tono normal, es uno similar al turquesa y gris de la inmensidad del mar.

Muy pocas son las cosas que llaman mi atención, pero los paisajes como estos están por encima de todo lo que pueda existir. Ante ellos me siento en paz y respiro una calma que se mete por los poros de mi piel acariciando mis huesos y uniéndose a mi alma. Me he considerado siempre una mujer tranquila, pero la pasión y la bravura corren por mis venas con cada latido de mi corazón.

El verano aún no ha llegado, pero ya el ambiente es cálido. La brisa remueve las palmeras que forman parte del jardín pegado a mi casa. Puedo notar como mueve mi pelo y genera cosquillas en mi frente, cómo sabe a salitre y despierta recuerdos inolvidables. Años atrás era mi estación favorita. Esta época del año que está bañada de instantes y siempre encuentra la forma de que tu vida y tú cambies.

Nacer siendo el centro de atención de todo un pueblo, el tema de conversación de demasiadas bocas no tiene que ser fácil, pero así fue. No tengo demasiados recuerdos de mi infancia pero de niña lloraba hasta que se me hinchaban los ojos y me quedaba sin aire. No supe por qué la gente era así conmigo hasta que mi madre me contó que yo era hija de un chico que murió en los acantilados de Turchese; ella se quedó embarazada de mí cuando tenía diecisiete años y fue la comidilla del pueblo durante años.

Llevo en pie desde mucho antes de que amaneciera. Mis manos se mueven por inercia sobre el lienzo que dejó de ser blanco hace mucho y refleja una paleta de colores repletos de fantasía. Llevo enamorada de esta estampa desde que una persona importante para mí lo comparó con el momento justo en el que el amor te atraviesa el corazón. Creo que fue gracias a las mariposillas que me hizo sentir que se despertó mi pasión por el arte. Tenía quince años y Noelia, la hermana mayor de mi mejor amigo, Fabiano, era... alegre, guapa, interesante y preciosa. Cada vez que la miraba no podía evitar preguntarme si mi cuerpo se vería como el suyo al cumplir los diecisiete, qué se sentiría al tener esas tetas y, cuando llegué a esa edad y me besó por primera vez, mi mundo se revolucionó.

Debería de haber hecho caso a mi madre cuando pasó por mi dormitorio antes de marcharse a trabajar, porque ensimismada por los trazos que forman las nubes de algodón que estoy pintando me he olvidado de desayunar. Sé que resistirme y luchar contra mis necesidades no hará desaparecer mi sensación de hambre, así que abandono mi trabajo y dejo atrás la terraza para bajar las escaleras hasta la cocina. Voy descalza y con pequeñas motas de pintura dibujando constelaciones de colores en una piel que se mantiene bronceada todo el año.

La casa está en silencio y de no ser por Pipo, mi perro, estaría sola. Al abrir la nevera,

sujeto la jarra de zumo y me lleno un vaso del que bebo con rapidez. Del interior rescato un puñado de uvas y un trozo de queso al que doy un bocado antes de dejarme caer en el sofá. Pipó me observa con ese gesto curioso que expresa mucho más que cualquier otra persona y, antes de terminármela, le doy un trozo que se traga casi sin respirar.

—Tienes hambre, ¿eh? —pregunto llevándome una uva a la boca—. ¿Mamá te ha dado de comer o se ha olvidado de ti esta vez? —Al preguntar, me giro y echo un vistazo a su rincón—. Esta mujer...

En cuanto le lleno el cuenco de pienso, le doy un sorbo más al zumo y regreso a mi dormitorio. Parece mentira que algo tan sencillo pueda devolverte la energía con tanta rapidez, pero lo agradezco porque hoy me espera un día bastante complicado en el barco. Mayo terminará en cuestión de días y para los que vivimos en Turchese significa despertar del letargo. Las calles se llenarán de turistas muy pronto y tenemos que poner todo en orden antes de que lleguen. Aunque este verano será el último que disfrute como lo he hecho toda mi vida: descalza, sumergida en el mar, pisando la arena, pintando y comienzo la deliciosa tarta de mango de mamá. Extrañaré todo esto cuando me marche, pero los sueños no llegan a nuestras manos sin más, tenemos que darles un empujón y estar dispuestos a hacerlo a pesar de lo demás. Y yo, por miedo a olvidarme de todo, ya he retrasado mucho los míos.



Adriana. Roma, mayo.

Debería decir que estoy acostumbrada al calor aplastante de Roma en mayo, pero no es así. Tras pasar cinco años en Londres me he aclimatado tanto a esa ciudad que me he olvidado de que estos meses en Italia, son insoportables. Dentro del coche apenas se nota, pero es imposible olvidar que la temperatura del exterior es capaz de quemarte la piel cuando pasas más de cinco minutos al sol. Y aunque me encantaba cuando era una niña, le he pillado el gusto a los días grises, a la lluvia y al frío.

Hace poco más de unas horas que he llegado y, a través de la ventana de mi izquierda, la ciudad parece no haber cambiado nada. Su color, su ritmo, su vida. Juro no haber visto un negocio nuevo desde que llegamos a la vía del Corso, y la sensación que cargo en el pecho es tan extraña como el peinado me hice esta mañana antes de dejar mi apartamento para ir al aeropuerto y montarme en el avión. Tengo la costumbre de llevar siempre el pelo suelto, con mis ondas cayendo libres, pero le hice caso a mi madre y ahora están escondidas en un moño francés que marca el contorno de mi cara agudizándola un poco más.

Regresar a esta altura del año no estaba en mis planes, pero, después de conocer que el cáncer de mi madre no ha remitido a pesar de la medicación, le comenté hace unas semanas que volvería y así he hecho. Aunque estar en Roma signifique tener que enfrentarme a mi padre y todo lo que eso conlleva. En cuestión de unos minutos llegaré a la fundación y me reuniré con él. No es que me emocione demasiado, se ha pasado toda su existencia haciendo de mi vida un tormento, pero haré lo que sea por resistir y aguantar.

—Señorita Richeri, llegaremos en diez minutos. —El aviso me anima a quitarme las gafas de sol y colgarlas en el escote del vestido que llevo puesto para la ocasión, descubriendo así mis ojos azules—. Su padre me dijo que no necesita avisar en recepción. La espera arriba.

—Muchas gracias, Andrea.

—No me las dé, señorita. —Sonríe y me mira a través del espejo retrovisor interior—. Es bueno tenerla de nuevo en casa. —Yo preferiría estar sumergida en mis libros, sin embargo, me limito a dedicarle una sonrisa suave.

—¿Cómo están tus hijos y tu mujer?

—Bien. La mayor estudia en España y el pequeño aún no sabe bien qué hacer con su futuro. Respecto a mi mujer, está más bella que nunca.

Cuando era una niña, llegué a creer que todas las parejas eran como mis padres; poco amorosas, distantes, independientes. Pero recuerdo muy bien el día que conocí a la familia de Andrea y me topé con otra visión diferente de una relación. Ellos se adoraban, se besaban y abrazaban delante de todo el mundo, reían y disfrutaban el uno del otro, y también con sus hijos. Supe entonces que lo de mis padres no era normal y que yo deseaba tener a una pareja que me quisiera así, de manera efusiva y sin miedo a lo que los demás

pudieran pensar.

—Me alegra escucharlo. Salúdalos de mi parte.

—Lo haré, señorita.

Cuando llegamos, el silencio toma el control de mis labios y un escalofrío recorre mi espalda de arriba abajo. No me apetece estar aquí y mi cuerpo me envía un millón de avisos para evitar que siga adelante y atraviese la puerta giratoria del edificio. Me lleva unos segundos cruzarla, pero una vez que estoy dentro las personas que me conocen ponen toda su atención en mí. Estoy segura de que otras personas menos acostumbradas se sentirían incomodadas al verse sometidas a tantas miradas, pero a mí no me importan tanto como lo hacían antes. Hace mucho que dejé de pertenecer a ese mundo del que se nutren y aunque creen conocerme, de la chica que dejó Roma hace un año queda muy poco.

En cuanto estoy en el interior del ascensor, me apoyo en el cristal y suelto un suspiro. Sé que la razón por la que he sido citada en Breka nada más llegar es porque mi padre quiere algo de mí; sacará provecho de mi regreso a Roma y me recordará hasta la saciedad que no puedo darle la espalda a lo que me corresponde. Ya me he hecho a la idea de que tendré que ceder, aunque me niego a ponérselo fácil esta vez.

Carlota, la secretaria y amante de mi padre desde hace un par de años, me da la bienvenida cuando la puerta se abre en el último piso. El día que descubrí su *affaire* quise echarla a patadas de la fundación, pero me di cuenta muy rápido de que ella no es la culpable de que el matrimonio de mis padres sea un completo desastre.

Sin distraerme en tonterías, camino y atravieso el pequeño pasillo que me separa del despacho y, al abrir la puerta, pillo a mi padre con el teléfono pegado a la oreja en mitad de una conversación. Sus ojos chocan conmigo y posa un dedo sobre sus labios obligándome a mantener silencio. Nada ha cambiado desde la última vez que estuve aquí; los cuadros, el mobiliario, las fotografías que fingen una familia perfecta... todo está en el mismo lugar.

—Qué ganas tenía de verte. —Cuando termina, se acerca y me da un beso en la frente —. Estás preciosa, cariño.

—Tengo a quién parecerme, ¿no? —Sin responder, regresa detrás de su escritorio y se sienta en su silla, así que yo lo imito sentándome en uno de los sillones. No puedo evitar fulminarlo con la mirada, intentar descifrar qué se esconde tras esa mirada que heredé y que me encantaría borrar de mis rasgos como tantos otros que son idénticos a los de él.

—Cuéntame, ¿cómo te ha ido todo? —pregunta con fingido interés—. De no ser porque tu madre me ha mantenido al tanto de tus movimientos...

—Ella es la única que se merece saber sobre mi vida —respondo con tono mordaz. Cuando pone sus ojos en mí, suelto un suspiro e intento mantener la calma y cumplir la promesa que hice antes de venir a verlo a la fundación—. ¿Qué es lo que quieres?

El gesto de mi padre se desconfigura y su carcajada choca con las paredes de su despacho. No tengo ganas de hablar con él, tampoco de confesarle que este año en Londres ha sido increíble, que he crecido y aprendido, que ya no soy la jovencita que lloraba frustrada por las esquinas.

—Tu madre me contó que te quedas una temporada —aborda cruzando una de sus piernas.

—Alguien tendrá que ayudarla. Tú llevas desentendiéndote de tu familia demasiado tiempo y, aunque aún vives con ella, no quiero que esté sola.

—Tengo demasiadas cosas que hacer. No puedo retrasarlas porque tu madre

necesita...

—Podrías. Lo que pasa es que no te da la gana hacerlo —arremeto contra él—. Parece mentira que hayáis estado casados tanto tiempo. Me pregunto qué pensarían los del club si supieran que la tratas como si fuese basura.

—Adriana... —me advierte con voz amenazante.

—¿Qué? ¿Me estás diciendo que ya saben que le pones los cuernos con esa? —Señalo con un pulgar hacia la puerta—. Oh bueno, quizá tus amiguitos estén orgullosos de ti por follarte a una mujer que podría ser tu hija.

—¡Basta! —Sus puños impactan con la madera y derriban un marco de una fotografía mía en la playa con diez años—. Tu madre decidió quedarse en mi casa a pesar de todo. Así que no me juzgues.

—Mamá se quedó porque te has comido su dinero y no tiene manera de financiarse su tratamiento —le recuerdo—. Así que no me vengas con tonterías. Una persona con corazón, ayudaría a la mujer que lo ha dado todo por él, no la trataría como si fuese una mierda. —Desde la distancia puedo ver cómo se le tensan los músculos de la cara y cómo, de repente, aparece esa vena en su frente que tanto se le pronuncia cuando se molesta—. Si no tienes nada importante que decirme, me marchó. Greta me espera.

—Sé que estás barajando la idea de hacerte cargo de ella y llevártela a tu bonito Londres, pero debes saber que escribiendo esas novelitas tuyas no vas a poder. Además —sonríe triunfante—, por mucho que huyas de mí y de todo esto, tu apellido te va a perseguir allá donde vayas. No puedes escapar de quién eres.

Me echo a reír.

—Mira, estoy aquí por mamá. No quiero tener nada que ver con todo esto —digo señalando mi alrededor— y, si pudiera, me desprendería hasta de mi apellido con tal de no tener nada que ver contigo. Ya no te tengo miedo, tengo treinta años y no soy una cría a la que puedas mangonear y maltratar. Así que métete tu dinero por donde te quepa.

—¿Estás segura de que es eso lo que quieres?

Con la furia de un volcán corriendo por mis venas, me pongo en pie y abandono el despacho para cerrar la puerta de un golpe. Un dolor intenso aparece para taladrarme las sienes y me doy toda la prisa en montar en el ascensor y escapar del edificio. Me pregunto por qué existen personas en el mundo cuyo *hobby* es hacer que la vida de los demás sea un infierno, por qué se alimentan del dolor y la angustia ajena. Supongo que es verdad eso que dicen de que el mundo debe estar equilibrado, que hay gente que corrompe y otras que liberan.



Adriana. Roma, mayo.

Cuando pisé por primera vez Roma después de un año fuera pensé que no echaba de menos nada de esta ciudad, pero ahora que estoy en casa, que el sol de la tarde baña con suavidad el jardín, me he dado cuenta de que extraño esos años de infancia donde no era consciente de todo lo que pasaba a mi alrededor. Por aquella época lo único que sabía de mi padre era que se pasaba la vida viajando de evento en evento, que tenía millones de amigos y que a menudo salía en las revistas. Yo lo adoraba, era mágico para mí, un hombre guapo, un príncipe cuyo encanto atraía a las masas. Era demasiado pequeña para comprender que tras esa capa de belleza existía un demonio.

Yo tuve la mala suerte de crecer en una familia en la que los hijos eran criados por una niñera y no por sus padres. No tuve esa figura presente en mi vida hasta que cumplí la suficiente edad como para acompañarlos a todas partes. A partir de ese momento supe que era un muñeco, que no me querían; fueron dos monstruos —cada uno a su manera— que no me dieron amor. Me pregunté durante mucho tiempo qué había hecho para merecer tanto desprecio, pero luego supe que yo no era la culpable sino su falta de corazón. Con el paso de los años mis ojos se abrieron y aprendí a perdonar a mi madre porque ella era otra víctima de las artimañas de mi padre, pero sigo teniendo esa espinita clavada y no creo ser capaz de sacarla por más que lo desee.

Tras pasar tantos años lejos de aquí, regresar a esta prisión de mármol blanco me resulta asfixiante. He dejado a mi madre durmiendo un rato en la sala de estar y he bajado aquí en busca de aire fresco o un poquito de energía que me anime a seguir adelante con todo esto. Este lugar, desde la fuente central hasta los árboles, está impregnado de recuerdos que duelen más que nunca y me llevan de viaje a un pasado del que me encantaría desprenderme. Fui una niña triste que deseó una y mil veces desaparecer del mundo.

Mientras camino escuchando la gravilla crujir bajo mis pies, mi mirada se posa en las rosas que mi madre cuidaba con esmero antes de que el cáncer la debilitara. Ella, después de que el matrimonio con mi padre se viniera abajo, era todo luz, risas, sonrisas, belleza y amabilidad; una mujer de hierro que soportó a mi padre y una vida repleta de sufrimiento. Sigo sin comprender por qué ha tenido que ser ella, por qué el destino ha querido que enferme y no él. Me apena pensar así, pero es que él es un demonio, un tóxico corrosivo que se mete bajo tu piel hasta matarte.

Con ese pensamiento rondando mi cabeza, levanto la mirada y choco con la ventana de mi dormitorio. Esa fue mi cárcel, allí me encerraban cuando no seguía las pautas que se me dictaban cada vez que salíamos los tres juntos y nos mostrábamos ante todo el mundo. Mi padre deseaba una muñeca que manejar a su antojo, de esa clase de juguetes blandos que por más que retuerzas siempre regresan a su estado natural.

—Sabía que estarías aquí. —Sin saber de dónde ha salido, el protagonista de mis pensamientos se encuentra de pie junto a la fuente. Su figura impone como siempre lo ha hecho, va vestido con un traje impecable y su expresión severa está esculpida en su cara como una máscara—. Ven conmigo. Necesito hablar contigo.

—Puedes decirme lo que quieras aquí. Tengo cosas que hacer.

—Dirás escribir... —comenta con sorna—. Eso debe darte demasiado trabajo.

—Al menos es uno que me hace feliz.

—Ridículamente feliz. —Tomo aire tratando de mantener la calma y me acerco un poco más a él notando que mi cuerpo se tensa a causa del miedo que le tengo—. Es una pena que estés desperdiciando tu vida así.

—¿Qué es lo que quieres?

—Quiero que te hagas cargo del evento de arte de la próxima semana —dice sin rodeos—. Si es que quieres que tu madre siga recibiendo los tratamientos.

—¿Me estás chantajeando?

—No, te lo estoy ordenando. —Si creía estar decepcionada, esto era lo único que me faltaba para que mi corazón se rompiera del todo—. Y sé qué harás todo lo que te pida porque eres consciente de que no tienes escapatoria.

—Sabes de sobra que no tengo experiencia en organizar esas cosas —respondo tratando de mantener firme la voz—. No soy tú.

—Nunca vas a ser como yo, pero ya va siendo hora de que se te meta en la cabeza de que eres una Richeri —me recuerda—. Ya he hablado con Carlota para que organice todo lo que necesitas para empezar. Te esperan el lunes para comenzar con los preparativos.

—¿Por qué me haces esto? Es tu mujer, ¿por qué la llevas castigando toda la vida?

—Tu madre dejó de ser mi mujer hace mucho tiempo —responde con desprecio—. Y tú eres igualita que ella. Siempre tan débil, siempre huyendo y buscando excusas. Eres una soñadora, creas castillos de arena pensando en sueños y tonterías.

—La vida es mucho más bonita cuando te das cuenta de que eres dueño de todo lo que te compone —le digo con seguridad—. Tú no tienes ni idea porque el abuelo, desde que eras un crío, te enseñó a seguir un papel, el del hijo perfecto y heredero de todo. Pero yo no quiero nada de esto y te juro que no me voy a hacer cargo de nada cuando te marches de este mundo.

Una mano vuela hasta mi mejilla y, por primera vez en años, esquivo el golpe. Lo hago temblando, con el corazón latiéndome a mil por hora, con el alma encogida y las lágrimas empañando mis ojos.

—No tienes elección, Adriana. O lo haces o tu madre sufre las consecuencias. Es así de simple y así de fácil.

El nudo en mi garganta se aprieta, me encuentro dividida entre el deseo de salir corriendo y la necesidad de proteger a mi madre, y aunque desearía poder negarme a hacer lo que quiere, no puedo.

—Lo haré —le digo notando que la dignidad que me queda desaparece—. Pero esto no es justo.

—Nada en la vida lo es —responde con frialdad dándose la vuelta y caminando hacia el interior de la casa—. Y cuanto antes lo entiendas, mejor.

Me quedo donde estoy, inmóvil, sintiendo cómo las lágrimas amenazan con caer. La figura de mi padre desaparece en la sombra del vestíbulo y me dejo caer en el banco de

hierro forjado que hay junto a la fuente. El sonido del agua correr no logra calmarme y, en busca de algo de ayuda, llevo la mirada hacia la ventana de la sala de estar y donde encuentro a mi madre asomada, con los ojos bañados en una tristeza que me parte el alma. Ella también es prisionera de esta jaula y me siento impotente por no poder liberarla.

Decido levantarme, limpiar mis lágrimas y refugiarme en mi propia fuerza. No puedo permitirme el lujo de derrumbarme ahora. Debo resistir por ella. Así que respiro hondo, camino y me dirijo hacia allí donde me refugio en los únicos brazos en los que, una vez que descubrieron la verdad, encontré paz.



Adriana. Roma, junio.

Ha pasado una semana desde que puse los pies en Roma. Más allá de los cristales de los ventanales que hay frente a mis ojos, nadie se percata de que el collar de perlas que cuelga de mi cuello me asfixia tanto como encontrarme entre las cuatro paredes forradas de madera que me rodean. Al pájaro que surcaba los cielos en Londres le han cortado las alas, lo han encerrado y encadenado a un asiento que es tan incómodo como tener que cruzarme casi a diario con el causante de todo esto.

Tras lo que pasó en el jardín, le he dado muchas vueltas a todo. La situación de mi madre es la que es y mi padre tiene razón a pesar de que me gustaría que fuese todo lo contrario. No tengo suficiente dinero para hacerme cargo de ella y que se divorcien provocará que las dos nos quedemos en la calle. Además, soy consciente de que una situación tan dura no sería conveniente para mi madre y lo único que no deseo es que ella se vea afectada por todo esto.

Perder la noción del tiempo en un lugar como este, es algo normal. Cualquier trabajador de la fundación diría que es maravilloso, que debería sentirme honrada y dichosa por formar parte de algo tan grande como Breka, pero para mí es todo lo contrario. Todo lo que me rodea me recuerda que pertenezco a una familia que no me ha querido nunca.

Durante nuestro último viaje en familia a España, poco antes de que el matrimonio de mis padres estallase por los aires, mi madre mencionó una cosa que se me quedó grabada en el corazón: «Uno no elige a la familia que tiene». Ella hablaba de sí misma, de su propia experiencia de vida, de cómo —por mis abuelos— había tenido que tragar con una relación que en ese momento le estaba dando demasiados dolores de cabeza. Por aquel entonces yo estaba tan centrada en mí y en lo que me estaba pasando que no me percaté de que estaba agotada, de que no era feliz y quería salir huyendo.

Mientras que el resto de las personas se mueven a su ritmo habitual más allá de la fundación, aquí dentro todo se ha paralizado. Debería aprovechar estas horas muertas para darle un último empujón al manuscrito que estoy a punto de terminar, pero estar aquí ha provocado que mi inspiración muera y me invada una sensación de angustia que he sido incapaz de borrar. Ayudar a mi madre y saber que estará bien mientras que yo me quede en Roma es lo único que me mantiene firme, pero sería más llevadero si en el fondo no sintiera que me han raptado y encerrado en un zulo para toda la vida.

El silencio del despacho se rompe cuando escucho que llaman a la puerta y esta se abre sin que yo dé permiso. No aparto la mirada de la ventana donde veo los vehículos que circulan a esta hora de la mañana. No tengo ganas de hablar con nadie y tampoco tener que fingir que me encuentro cómoda o en casa.

—Disculpa, Adriana, tu padre quiere verte. —Cuando me giro hacia Carlota me es

imposible no recorrerla con la mirada. Siempre me he preguntado qué ve en mi padre que le parece tan atractivo, pero la falta de respuestas hace que suspire—. Quiere saber cómo van las cosas del evento.

—Dile que ya sabe dónde encontrarme —respondo regresando mi mirada hacia la calle. Desde la altura en la que me encuentro, el Coliseo se levanta tan despampanante como Carlota: brillante, rubia, con ese atractivo colosal que te hace no querer apartar la mirada de sus curvas—. ¿Necesitas algo más? —Con las manos colgando a los lados de mi cuerpo y el gesto tranquilo, camino hasta apoyarme en el escritorio y cruzarme de brazos.

—Tan solo quería decirte que...

—Es mejor que no lo digas. —La freno cuando soy capaz de leer un «lo siento» en sus ojos—. Si me disculpas, aún tengo muchas cosas que hacer —miento, pero lo último que quiero es arremeter contra ella cuando el culpable de todo tiene mi mismo apellido.

Por suerte, ella acepta mis palabras y desaparece dejándome a solas de nuevo. Cuando decido sentarme, busco mi teléfono y tecleo un mensaje para Greta, mi mejor amiga. La otra mañana que pasamos juntas decidimos celebrar mi regreso a Roma con un viaje y necesito saber si ha elegido algún destino para buscar la manera de hablarlo con mi padre. Soy consciente de que me pedirá algo a cambio, que no me será tan fácil conseguirlo, pero ahora mismo haría cualquier cosa por salir corriendo de este sitio.

Greta:

Sí, ya está decidido. Creo que de las dos opciones que me enseñaste, ese pueblecito al norte de Cerdeña es encantador, así que... ¡allá vamos! Espero que las cosas te vayan bien por la fundación. Si me necesitas, dímelo.

La respuesta llega rápido y brilla en la pantalla de mi móvil a la misma vez que la puerta de mi despacho se abre, siendo mi padre el que la cruza sin permiso sentándose en uno de los sillones, bañándolo todo con esa aura tóxica que te cala y te revuelve las tripas.

—¿Piensas permanecer encerrada aquí todos los días?

—Me pediste que me hiciese cargo del evento, no que me pasase los días yendo de un lado a otro —le recuerdo sin poner mi atención en él, fingiendo que en la pantalla del ordenador hay algo que demanda mi concentración—. Gracias a Dios la tecnología ha llegado a nuestras vidas y eso nos permite saber lo que está haciendo todo el equipo sin necesidad de perseguirlos —añado sin más—. Creo que me dijiste que las personas trabajan mejor cuando se les da cierta libertad, ¿no es así? —Por un instante imito su postura arrogante apoyando los codos sobre el escritorio—. ¿Qué es lo que quieres? Carlota me dijo que me buscabas.

Mi padre se remueve en su asiento y yo me dejo caer en el mío sin apartar mis ojos de los suyos.

—En un par de días tenemos una cena con los Hoslt —comenta como si nada—. Supongo que te acordarás de Kathia.

—Vaya... —Me echo a reír—. Creía que tu obsesión por buscarme pareja se quedó atrás después del intento de la última vez, ¿no te quedó bastante claro que no me interesa estar con nadie en este momento? —Mi padre me mira y, por su gesto, sé que recuerda lo que sucedió cuando intentó obligarme a conocer a una de las hijas de sus socios. Yo tenía veinte años y se le ocurrió la maravillosa idea de enviar a Julia a Londres para darme una sorpresa por mi cumpleaños. La pobre terminó perdida por la ciudad después de que

pagase con ella mi malestar.

—No te preocupes —admite poniéndose en pie para atarse el último botón de su americana—. Esta vez la que tiene todas las de perder eres tú, ¿no es así?

—Iré a la cena. Hace mucho que no veo a Kathia, apuesto lo que sea a que se ha convertido en todo un bombón.

—Sabía que entrarías en razón, solo necesitabas un pequeño empujoncito. —El orgullo tintinea en los ojos azules de mi padre y necesito contenerme para no reírme—. Nos veremos en casa. Sigue trabajando.

—Que te vaya bien.



Nicola. Turchese, año 2023

El amanecer en los acantilados de Turchese era un espectáculo mágico. Las líneas de luz rompían la noche con suavidad tiñendo el cielo con unos tonos desconocidos entonces para mí, y el mar, unos metros más abajo, rugía con una fuerza que me ponía el vello de punta. Aquella mañana disfruté del viento en mis mejillas; con su sabor a sal y la libertad que desprendía. Noelia estaba conmigo, justo a mi lado, con su mano apoyada sobre la mía, sentada al borde del precipicio. Mi madre no tenía ni idea de que estábamos allí. Bueno, ella odiaba esta zona del pueblo, con lo cual evitaba comentarle mis planes si en ellos estaba incluido algo así. Era mi cumpleaños y, como todos los años desde que cumplí dieciséis, ahí estábamos, dispuestas a saltar como dos nadadoras en plenas olimpiadas.

—¿Ya estás más tranquila? —La miré y, por un momento, me olvidé del abismo que teníamos delante. Estaba enamorada por completo y para mí ella era perfecta. Noelia tenía unos labios que se curvaban en una sonrisa traviesa que me desarmaba. Su pelo rojo no alcanzaba a ser zanahoria, pero a esas horas del día parecía fuego, el mismo que se encendía dentro de mí cada vez que nos besábamos.

—Si te soy sincera, no. El mar está muy revuelto y no me inspira demasiada confianza —contesté apartando la mirada de sus ojos color miel para fijarme en las fuertes olas que arremetían contra las rocas—. Creo que deberíamos cancelar el plan.

—No seas gallina. Sabes que el mar siempre está así. Eso es lo que lo hace emocionante. —Noe se puso en pie y tiró de mí para obligarme a ponerme de pie. Caminamos hasta atrás, mi corazón latía con fuerza y por primera vez en muchos años sentí miedo, miedo de verdad—. Es solo agua, Nicola. Solo agua y un toque de valentía.

—O de locura —respondí y la sujeté de la mano con fuerza—. No quiero que nos pase nada. Además, podemos hacer otras cosas. Ir al restaurante de mi madre, comer algo o ver una película en mi dormitorio. Lo que quieras.

—No nos va a pasar nada, tonta. Es tu cumpleaños, y te prometí hace mucho que no dejaríamos de hacer esto por nada del mundo. —Entonces se acercó a mí, sujetó mi mejilla con una de sus manos y me besó. Fue un beso dulce, suave, tierno incluso, y me embobé—. Anda vamos.

—No puedo —me negué y me aparté de ella—. Regresemos a casa, vamos.

—Qué tonta eres. Yo sí que voy a tirarme. —Y antes de que pudiera responder, soltó mi mano, se preparó para saltar y se lanzó al vacío sin mirar atrás.

El tiempo se detuvo y, al acercarme al borde, la vi caer y deslizarse con el viento como un pájaro en vuelo. Me quedé sin aire y cuando la vi desaparecer entre la espuma del mar temí lo peor. Noelia era pura valentía, pura libertad. No le temía a nada, pero me aterraba la idea de perder a las personas que amaba. Aquellos segundos se alargaron demasiado hasta que la vi emerger con una sonrisa en los labios. Me buscó con la mirada tras apartarse los

mechones de su pelo mojado de la cara y, victoriosa y tan bonita como siempre, levantó las manos para animarme. Y a pesar de querer hacerlo, una extraña fuerza me sujetó de los pies e impidió que lo hiciera. Sentí un nudo en el estómago y mi sexto sentido me alertó de que algo iba mal. El mar rugió, vi como las olas crecieron sin más y aunque le grité para que tuviese cuidado, mi voz se perdió con el viento.

El mar la rodeó con más fuerza, una ola se levantó y la engulló. Noelia desapareció bajo su furia provocando que mi corazón se estrujase en mi pecho y entre gritos, arrodillada en el borde del acantilado, la busqué por todas partes dejándome arrastrar por el pánico. Sé que en aquel instante cometía una locura, pero en mitad del miedo a perderla, hice lo que mi corazón pidió: me impulsé hacia adelante y salté. Noté el impacto del agua fría como un golpe contra la piel y me hundí en la oscuridad del mar a sabiendas de que podría perder la vida si él quería. Las corrientes me arrastraron. Tuve que hacer un sobreesfuerzo inmenso por mantenerme a flote, pero lo conseguí y pude alcanzarla y abrazarla para intentar apartarla de las rocas y evitar que se ahogara; sin embargo, ella ya no estaba conmigo y el frío del mar se le había calado en lo más profundo de su ser.

No pude soltarla, ni siquiera cuando una pequeña embarcación pesquera nos auxilió. La abracé con todas mis fuerzas y me mantuve pegada a su cuerpo inerte hasta que llegamos al puerto. Aquel día aprendí que el amor es maravilloso, pero duele y te desgarras por dentro cuando la persona que te lo hace sentir muere. Noelia ya no regresaría y aunque jamás fue mi culpa, no pude sacarme de la cabeza la idea de que podría haber hecho mucho más que rogarle que no lo hiciera.

A partir de ese día, mi cumpleaños pasó a ser una fecha común en el calendario, algo que no celebrar jamás, un recuerdo pasado que dolía tanto como el vacío que ella había dejado en mi vida. Supongo que una persona jamás se recupera de algo así, de ver cómo el mar se lleva al amor de tu vida, de ver cómo tu felicidad se licúa y desaparece entre las olas del mar.



Nicola. Turchese, junio.

Hoy el corazón me late lento, como el vuelo de las gaviotas que sobrevuelan a esta hora el puerto. Una brisa fresca roza mi piel y mueve mi pelo con una suavidad similar a las caricias de unas manos que buscan pintar amor por todas partes. Querría estar dormida y sumergida en mis sueños, ausente de todo lo que sucede a mi alrededor, de unos recuerdos que me agujerean el alma y me llevan de viaje a un momento que sigue anclado dentro de mí como la espina de un cactus. En cuestión de unas semanas cumpliré treinta y dos años, y habrá transcurrido uno desde que Noelia perdió la vida en los acantilados. Podría decir que he aprendido a dejar el pasado atrás y que lo he superado, pero la verdad es que recuerdo cada pequeño detalle como si estuviera viendo pasar ese día a cámara lenta frente a mis ojos.

Desde muy pequeñas decidimos que cada año en esa fecha haríamos algo diferente. Comenzamos con aprender a navegar, a surfear, nos perdimos por la montaña tras una expedición fallida, me hice un esguince por escalar una palmera y, al final, cuando cumplimos los dieciséis, los acantilados y un juego de saltos repletos de piruetas se convirtió en nuestra diversión. Las dos éramos unas crías cuando comenzamos a salir juntas. Si cierro los ojos soy capaz de rememorar nuestro primer beso, cómo brillaban sus pupilas bajo los rayos de sol y cómo su pelo color zanahoria se movía al compás del viento. Crecimos juntas, era mi mejor amiga, mi primer amor, mi alma gemela y también la que avivó mi don. Y, con el paso del tiempo, se convirtió en mi musa y la causa de que todas mis pinturas escondan mis emociones rotas.

—Ey, estás aquí. —Por un momento creo escuchar la voz de Fabian, mi mejor amigo y hermano de Noelia, pero estoy tan sumergida en mis propios pensamientos que ni siquiera me doy por aludida. Lo único que me ayuda a despertar es el beso que me da en la mejilla antes de sentarse a mi lado—. Tu madre me dijo que estabas pintando, pero ya veo que no, ¿estás bien? —Fabian recoge sus piernas contra el pecho y lo miro preguntándome qué pensará de mí si le confieso que me recuerda un poco más a su hermana—. ¿Niki? —No quiero preocuparlo, así que sonrío a pesar de que no tengo fuerzas para hacerlo. Quiero decirle que estoy bien, que no me pasa nada, pero él se adelanta y rodea mi cuello con sus brazos. Me sorprende tanto el gesto que me toma algunos segundos responder, pero una vez que lo hago, él consigue que recupere parte de esa estabilidad que se me fue volando al verme apresada por los recuerdos del pasado—. ¿Estás mejor? —pregunta tan solo para mí—. ¿Es sobre...? —afirmo y suspira acariciando mi espalda—. ¿Necesitas algo? ¿Quieres que vayamos a dar un paseo? Seguro que eso te anima.

—Tranquilo...

Fabian rompe nuestro abrazo, sujeta mi cara entre sus manos frías y me mira buscando en lo más profundo de mis ojos qué es lo que escondo y no quiero contar. Siempre ha

tenido un don especial para ello y admito que es una de las cosas que más odio de él, aunque es lo que le hace ser el mejor amigo que alguien podría tener.

—¿Me vas a decir qué es lo que estás rumiando o te lo tengo que sacar a la fuerza?

—Ni se te ocurra —respondo levantando una de mis manos para frenar sus intenciones de arremeter contra mí a base de cosquillas.

—Entonces, habla. No me moveré de tu lado hasta que lo hagas.

—Eres odiosamente pesado, ¿lo sabías? —suelto y llevo la mirada hacia el lienzo que pintaba mucho antes de que mi inspiración se viera interrumpida. Se puede vislumbrar a la perfección las formas de los acantilados de la isla y los colores verdes de una vegetación que recorre toda la costa. Fabian habla pero estoy tan absorta en mí que no escucho lo que dice, y cuando me vuelvo a centrar en él su expresión es todo un poema—. Disculpa, es que... —«No puedo dejar de pensar en tu hermana, en lo mucho que la echo de menos y lo extraño que es dar la bienvenida al verano sin ella», pienso—. Estaba pintando ese cuadro y me acordé de tu hermana... —confieso sin demasiados rodeos—. Se ha cumplido un año y...

—Niki, lo que le pasó a Noe... —Al escuchar su nombre, mis ojos arden y necesito apartar la mirada antes de que las lágrimas hagan acto de presencia—. Tú no tuviste la culpa de nada. Ella sabía bien que las corrientes eran fuertes, se lo advertiste y tú estuviste a punto de morir también por intentar salvarla.

—Lo sé, pero... —Acompañando al suspiro que se escapa de mis labios, dos lágrimas resbalan por mis mejillas—. Siento que la fallé por no lanzarme con ella, ¿sabes?

—No. Tú fuiste la única de las dos que pensó en el peligro. —Fabian seca mis lágrimas con el dorso de una mano—. ¿Crees que mi hermana te culpa por ello? —Niego—. Noelia lo único que querría es que siguieras adelante, que fueras feliz y cumplieras cada uno de tus sueños. Ya sabes lo emocionada que estaba ante la idea de que pudieras estudiar en Roma y estás a punto de conseguirlo.

«Roma...», pienso. Estiro mi espalda y me tumbo notando el calor que desprende el suelo de la terraza chocando con mi piel. Este es el último verano que pasaré en Turchese, el próximo, con toda seguridad, ya estaré allí viviendo una vida muy diferente a la que estoy acostumbrada. Fabian lo ha dicho bien, he aplazado mucho mi viaje y lo he hecho por miedo, porque no me veía capaz de enfrentarme al duelo de la muerte de su hermana y empezar de nuevo allí.

—¿Ya lo tienes todo organizado? —Se tumba a mi lado y apoya su cabeza en uno de mis brazos. Es curioso que, a pesar de los años, estos instantes no hayan cambiado en absoluto—. Tu madre me comentó que...

—Mi madre siempre habla más de la cuenta —comento a la vez que cierro los ojos e intento centrarme en la brisa que refresca mis pies descalzos—. Hace unos días recibí el sobre de confirmación de la academia de arte, así que en cuestión de meses me mudaré... —Llevamos unidos demasiado tiempo, hemos pasado juntos todo este año y sé que no soy la única a la que le cambiará la vida. De tal manera que no puedo evitar acercarme a él y abrazarlo, apoyando mi cabeza en su pecho—. Pero no debes preocuparte porque eso no hará que me olvide de ti. Además, ¿crees que voy a encontrar a alguien que sea capaz de aguantar mi mal humor?

—El día que encuentres a alguien que soporte a la bruja que llevas dentro, no la dejes escapar. —Me señala con un dedo—. No te imaginas lo insoportable que puedes llegar a ser.

—No tanto como tú, querido mío —comento rebatiendo sus palabras—. Porque, Fabian, yo seré una bruja, pero a ti no hay quién te entienda en ocasiones y debes aceptarlo.

La mezcla de nuestras risas se convierte en el bálsamo que calma unas emociones que por un momento se me desbordaron. Debo admitir que voy a echarle de menos, que extrañaré todos estos momentos cuando llegue a Roma y me encuentre lejos de casa.

—Prométeme que nos reuniremos el próximo verano.

—Te lo prometo si tú me juras que también buscarás tu propia felicidad —le digo estrechando su mano con la mía, uniendo después nuestros pulgares—. El pueblo ha sido toda nuestra vida, pero por mucho que duela, hay cosas que nos esperan fuera de aquí. Y sé que tienes muchas ganas de estudiar pastelería.

—No te lo he contado, pero tu madre se ha ofrecido a enseñarme.

—¿¡Qué!? ¿¡Por qué soy la última en enterarme de las cosas buenas!? —exclamo y se echa a reír. Pasa un brazo por mi cuello y se cuelga de mí tal como hacía con su hermana—. Me alegra que mi madre se haya animado a decírtelo. Es genial.

—Sí lo es. Ya es hora de dejar de ser un niño y empezar a crecer.

Y tiene razón. Turchese nos ha mantenido alejados del mundo real, y aunque tengo muchas ganas por ver qué pasará, ver cómo se aproxima la despedida hace que este verano sea el más duro. Porque decir adiós a toda mi vida, será tan complicado como encontrarme a mí misma en un lugar alejado y extraño.



Nicola. Turchese, junio.

Han pasado cuatro días desde mi conversación con Fabian. Sigo con el corazón colapsado de emociones y la mente anclada a unos recuerdos que, a lo largo de las jornadas, se han convertido en pesadillas de las que soy incapaz de escapar. Llevo un par de horas levantada, aunque eso no significa que me haya espabilado del todo. Mi madre ya se fue a trabajar y los únicos que estamos en casa somos Pipo y yo.

Hemos abordado juntos la cocina y observamos cada cierto tiempo el bol de cereales con fruta que no me puedo terminar. Puedo ver en sus ojos que está esperando que lo deje en el suelo para lanzarse a devorarlo con el hambre que yo no tengo, pero hoy me espera un día tan agotador que no debería enfrentarlo con el estómago vacío, y no quiero aguantar la cháchara de mi madre sobre la importancia que tiene la primera comida del día. Así que estoy luchando contra mi falta de apetito con tal de no escucharla decir que estoy más delgada que hace unos meses. Siempre pierdo peso durante el invierno, pero ¿quién no? Normalmente es durante el verano que engordo un poquito más gracias a los helados que me como y al estrés del trabajo.

Cuando abandoné la cama, el sol apenas despertaba; ahora los rayos se abren paso por las ventanas creando sombras en las paredes color albaricoque del salón; un espectáculo de color que guardo en mi memoria como otros tantos que he descubierto a lo largo de toda mi vida. Siempre me he visto atraída por esta clase de cosas, las más pequeñas y sencillas, las que provocan que la vida sea maravillosa y que logran hacer de un día normal, uno fabuloso.

—Anda, toma. Si sigues mirándome de esa manera, me sentará mal. —Pipo se lanza a por los cereales con una voracidad que me sorprende y me arranca una risa que recorre los pasillos de casa mientras camino por la escalera y me dirijo hacia mi dormitorio situado en el piso superior—. ¿Dónde...? —Al entrar, llevo una de las manos a mi pelo, y mientras sujeto mi larga melena negra en un moño, intento recordar dónde dejé las camisetas que preparé para este día. La cama está revuelta y parece que explotó todo por los aires; mis cuadernos de dibujo están esparcidos por el suelo, también mis lapiceros y algunos rotuladores—. Vamos, Nicola, ¿cuándo dejarás de ser tan desordenada?

—¿Nunca? —La voz de Fabian provoca que dé un brinco por la sorpresa y termine golpeándome una mano contra la silla de mi escritorio.

—¡Joder! —exclamo—. ¿Algún día dejarás de aparecer como lo hacen los fantasmas?

Él se ríe y me froto la mano intentando calmar el dolor.

—Ya sabes que es mi don natural. ¿Ya has desayunado? Lo digo por...

—¿Te ha enviado mi madre para que me vigiles? —Levanto una ceja colocando mis brazos en jarra.

—¿Tu madre? ¡Qué va! Ella está...

—Ya... —Al poner atención en el armario, encuentro lo que buscaba y me visto sin entretenerme demasiado. No quiero aguantar a Vittorio recordándome lo importante que son estos días para mí y para el Stella Marie, nuestro velero—. Dile de mi parte que no se preocupe, no voy a morirme por no desayunar —advierdo pasando por al lado de Fabian—. Y si protesta, recuérdale que no estaría mal que nos trajera el almuerzo. No tendremos mucho tiempo de descanso, y estoy segura de que a Vittorio le encantará verla por allí. —El guiño pícaro que le dedico a Fabian provoca su risa y también la mía—. ¡Ah! Se me olvidaba. Si te va a tratar como el chico de los recados, en vez de como aprendiz, deberías pedirle un aumento.

—Yo no soy eso.

Sin responder, le doy un beso en la mejilla y salgo de mi dormitorio por la terraza, bajando las escaleras que dan acceso a la calle. Llevo las gafas de sol ocultando mis ojos y mientras ordeno un poco mejor mi pelo, sonrío con la esperanza de que la jornada me entretenga lo suficiente como para mantener mis pensamientos a raya.

Una de las cosas que más me gusta de vivir en Turchese es que puedes recorrerla de norte a sur caminando. No es que sea un pueblo muy grande, pero si te tomas todo un día para descubrir sus rincones, puedes toparte con una belleza indescriptible. Algunos rincones me llevan de viaje al pasado, a los recuerdos de aquella niña callada y tímida que una vez fui. Reconozco que en mitad de la tristeza guardo instantes felices compartidos con Fabian y Noelia; ellos se convirtieron en un escudo, se mantuvieron conmigo y eso me hizo fuerte.

No sé cuánto tiempo permanezco hundida en mi memoria, pero al llevar la mirada a mi alrededor me doy cuenta de que la mitad del pueblo sigue durmiendo mientras que la otra ya se ha puesto en pie para trabajar. Turchese es pintoresco, por más años que pasen me es imposible pasar por alto su belleza; todas las casas que lo conforman son una mezcla perfecta entre la modernidad y redondez suavizada que se encuentra en Santorini. Aunque lo único que lo diferencia de la isla, es que aquí reinan los colores albaricoque y salmón, en vez del blanco y azul.

Las sombras de los árboles que perfilan el paseo del puerto, me acogen cuando el reloj marca las ocho de la mañana. Sé que llego tarde y al mirar hacia el final del muelle, Vittorio me espera con ese gesto que habla por sí mismo bañando toda su cara. Él es una de las personas a las que más echaré de menos de aquí, me ha cuidado desde que tenía cuatro años, se hizo cargo de mí y me ayudó a ser la mujer que soy. Supongo que el ser humano es capaz de encontrar lo que le falta en otras personas si así se lo propone, yo encontré en él al padre que no tuve la oportunidad de conocer.

—Dichosos los ojos que te ven. Creía que se te había olvidado venir entre tanto pincelito —comenta a regañadientes, con el sol de junio dibujando líneas más claras en la piel de su frente—. Te has quedado dormida, ¿verdad?

—¿En serio piensas eso? —Junto a mi pregunta, un abrazo fuerte entre los dos se convierte en nuestro saludo—. Sé lo importante que es poner el barco a punto, ¿cómo van las reservas? ¿Está todo completo o aún quedan huecos?

—Aún quedan huecos, pero está bien porque eso nos permitirá descansar un poco. —He trabajado en el Stella desde que tengo doce años y en cuanto mis pies comienzan a caminar por su cubierta me doy cuenta de lo importante que ha sido para mí estar año tras año aquí—. ¿Tienes ganas de empezar?

—A pesar de que es el último, sí —confieso con mis nervios revoloteando en mi estómago—. Estoy impaciente por saber qué ocurrirá en Roma, la verdad.

—Yo te lo puedo decir —añade y abraza mi cuerpo por la cintura—. Vas a convertirte en una artista que llenará salas enteras, a la que admirar y conocer. Ya lo verás.

—Ojalá sea así.

—Tan solo debes creer en ello, y lo demás pasará.

—Supongo que tienes razón —admito y suelto un suspiro—. Bueno, dejemos de hablar, ¿por dónde empezamos?

—Por el mismo sitio que todos los años. —Ríe y me da un par de escobas—. Vamos a hacer que el Stella brille más que nunca, ¿de acuerdo? —Y una vez que afirmo y Vittorio sonrío sé que hay cosas que, por más que me marche, nunca podré dejar atrás.



Adriana. Roma, junio.

Me siento agotada física y mentalmente. Los huesos me duelen, pero mucho más el alma y el corazón. Fingir que todo está bien delante de cada persona que se cruza en mi camino está colocando una soga alrededor de mi cuello y me empieza a faltar el aire. Conforme pasan los días, Roma se me está viniendo encima. Odio que mi situación familiar esté corrompiendo la visión de una ciudad cuya historia me flipaba cuando era niña.

Tal como pensé que ocurriría, la cena con los Hoslt fue una *maravilla*. He de admitir que Kathia está increíble y que me llevé una sorpresa al verla, pero estaba tan centrada en las estupideces que decía mi padre que ni siquiera le presté atención. Lo único que agradezco es haber tenido tiempo suficiente para caminar por la orilla del mar, en silencio, compartiendo, a la vez, nada y mucho con ella. De no ser por ese pequeño escape no habría soportado una velada que se extendió hasta altas horas de la noche y que acabó con mi padre borracho y todos regresando a casa en taxi. Fue bochornoso, aunque todo lo que tiene que ver con él lo es.

El calor ha llegado a la ciudad como ráfagas de fuego que lo queman todo a su paso; un problema contra el que luchamos todos los que, como yo, tenemos la piel clara. Por suerte, se ha levantado una brisa fresca y la tarde está siendo mucho menos pesada, así que he aprovechado que Kathia me envió un mensaje para abandonar mi casa y salir a dar un paseo con ella. La playa de Torre Paola es maravillosa. Que mi padre decidiera comprar una casa junto al mar es una de las pocas cosas que agradezco; podría pasarme todos los días de mi vida observando las olas chocar con la arena, visualizando los colores que los rayos de sol dan lugar cuando rozan el agua al atardecer. Es pura fantasía. Una estampa idílica que es capaz de borrar todo el malestar de mi corazón a su paso.

Desde que tengo uso de razón me ha gustado gozar de cosas tan sencillas como estas. Recuerdo que mi madre y yo pasábamos mucho tiempo aquí, sin importar si hacía viento, demasiado sol o llovía; son muchos los momentos que compartimos juntas y aunque me encantaría decir que también los disfruté con mi padre, él siempre estaba demasiado ocupado para perder el tiempo con tonterías.

De mi infancia recuerdo instantes repletos de felicidad, pero otros, los más duros, marcados por el miedo y la tristeza. Ser hija de mi padre nunca ha sido fácil. Siempre me ha exigido la perfección en todo lo que hago y siendo una niña, si no cumplía, las reprimendas eran horribles. Por aquellos años mi madre estaba anulada por completo, no tenía ni voz ni voto, así que yo la miraba a la espera de que me rescatara de las garras de un monstruo. Al final, la desilusión y la tristeza se convirtieron en una sombra que pesaba más que la ausencia de su amor, y eso forjó mi carácter y destruyó una relación que es casi inexistente. Tuve suerte de que mi madre abriera los ojos y se interpusiera en su camino porque sus castigos hacia mí fueron cada vez más duros y llegaron a ser insoportables. Al menos hasta

que mi padre encontró algo con lo que entretenerse: Carlota. Jamás fuimos una familia normal, tampoco lo somos ahora y de no ser porque él se hizo con todo el dinero que mi madre heredó de sus padres, su vida —la mía, la nuestra— sería muy diferente.

—Siento llegar tarde, ¿has esperado mucho?

Kathia me obliga a abandonar mis pensamientos y, antes de levantarme de la arena, se sienta a mi lado sumergiendo su mirada en los tonos del atardecer. Frente a nosotras, el color azul cielo se convierte en rosa, morado y rojo; el agua está tan en calma que puedo ver cómo brilla y cambia de gama en cuestión de segundos.

—Este es uno de mis sitios favoritos —confieso dedicándole una sonrisa afable y sencilla—. Cuando era pequeña me pasaba la vida construyendo castillos de arena por toda la orilla. Aunque si le preguntas a mi madre, te dirá que lo que hacía en realidad era construir historias. —Río a la vez que me pongo en pie y le ofrezco la mano—. ¿Damos un paseo o te apetece que vayamos a otra parte?

—Hace mucho que no presenciaba un atardecer, así que el paseo es perfecto. —Las dos empezamos a caminar dejando que el mar moje nuestros pies. No sé si soy yo que tengo la cabeza en otro lugar, pero apenas escucho su voz cuando me habla. Odio admitir que mi padre me lo ha querido poner difícil, Kathia no es las demás; su personalidad pausada no me altera y eso me gusta, aunque no lo suficiente como para que se me pase por la cabeza tener una relación con ella. Jamás saldría con alguien que me impone él, aunque eso me impida disfrutar o enamorarme como hacen todos los demás.

El tiempo pasa, circula a nuestro alrededor, nos arropa y nos suelta. Las risas, las conversaciones simples, las sonrisas y las miradas se convierten en todo lo que nos rodea y, aunque por un instante deseo que la noche sea eterna, regreso a la realidad en cuanto dejamos la playa atrás y llegamos a la puerta de mi casa.

—¿Quieres que llame a un taxi? —Me mira, muerde su labio y da un par de pasos hacia mí provocando que me invada una sensación extraña. Siempre he tenido un sexto sentido para saber que estoy en peligro y, por extraño que parezca, se me activa cuando ella sujeta una de mis manos—. No creo que tarde mucho en llegar...

—Había pensado que podía quedarme esta noche contigo.

«Sabía que no podía ser tan bonito», pienso y, de pronto, me siento tan estúpida que la risa se me escapa de entre los labios.

—Kathia, lo he pasado muy bien esta tarde, pero la verdad es que... —Quiero decirle que no estoy interesada en ella pero las palabras se me atascan en la garganta y se convierten en un nudo que me ahorca poco a poco y me recuerda contra quién estoy luchando. Ella me mira, se acerca un poco más y apresa mi cuerpo entre su pecho y los cristales de la puerta—. Eres una mujer increíble, pero no estoy interesada en tener una relación con nadie. No sé qué es lo que te ha dicho mi padre, pero... —En ese momento, mis manos se apoyan en su pecho y la aparto de mí como si estuviese huyendo de algo—. Lo siento mucho, pero no puedes quedarte.

—Es una broma, ¿verdad? —Niego y busco mis llaves.

—Hace muchísimo que comprendí que lo que yo busco no lo encontraré nunca en las personas que decida mi padre poner en mi camino —le digo dándole la espalda para abrir la puerta—. Sé que estaba interesado en que estuviéramos juntas, no eres la primera a la que engatusa y tampoco serás la última. No sé qué te ha prometido, pero...

—¿Y él lo sabe?

—¿El qué? ¿Que prefiero quedarme soltera antes que casarme con quien él quiera?

—Por ejemplo. —Se cruza de brazos.

—La verdad es que no, pero ya va siendo hora de que lo haga. Así que no me importa si se lo dices. Ya estoy cansada de fingir que me importa lo que piense una persona que no se merece ni un ápice de mi preocupación. —La mirada que me dedica es una mezcla entre confusión y decepción, y no la juzgo, es normal. La única persona que puede frenar los juegos de citas de mi padre soy yo y aún no entiendo por qué he esperado tanto para hacerlo—. Cuídate mucho, y espero que encuentres a alguien que te guste de verdad.

—Tú me gustas. —Escucho cuando cierro la puerta a mi espalda y, a pesar de que sonrío, suelto un suspiro. Estoy cansada de todo esto y lo peor es que todavía me queda mucho por soportar. Él siempre ha querido que me case, que la fundación tenga asegurado un heredero en el futuro, que su dinero no se vaya a la mierda, pero lo último que deseo en este momento es algo así. Primero porque no he encontrado a una persona que me guste lo suficiente, y segundo porque, antes de eso, quiero desprenderme de todo lo que me pesa y daña por dentro.



Adriana. Roma, junio.

Tal y como predije, mi encuentro con Kathia y lo que pasó la otra tarde se ha convertido en el centro de las conversaciones de todos en el club. No es que me moleste, la verdad es que me da igual que mi nombre esté en boca de la gente, pero me preocupa el hecho de que después de una semana mi padre aún no se haya pronunciado. Hay algo en mí que se mantiene en alerta esperando alguna represalia, pero la otra, la más rebelde y segura de sí misma, me recuerda que pase lo que pase nada cambiará. Y es verdad. No importa lo que ocurra, no me puede obligar a tener una relación pactada con nadie.

Son las seis de la tarde y adoro el silencio y la tranquilidad que reina en casa cuando él no está. Hace demasiado tiempo que no me paseaba por la biblioteca y, al parecer, no soy la única. A simple vista se nota que el polvo lleva posándose durante meses sobre unas estanterías repletas de libros que me leí una y otra vez cuando era una adolescente y el mundo se me quedaba muy pequeño. Nunca supe por qué me sentía tan cómoda hasta que empecé a escribir y me di cuenta de que llevaba la literatura pegada a mi piel.

Mi madre fue la primera que me animó a escribir, la que me empujó a marcharme a Londres a pesar de que por aquel entonces ya sabía que estaba enferma de cáncer. Me costó mucho perdonárselo, pero luego me di cuenta de que buscaba mi felicidad. Gracias a su apoyo he vivido un año que me ha servido para pensar y centrarme en mí, para abrir mis ojos al mundo y saber qué quiero para mi futuro. Ser escritora no es fácil, pero lograré alcanzar mis metas, aunque deba entregarme por completo a ello.

—¿Escondiéndote del mundo como cuando eras una niña? —Mis manos tiemblan al escuchar la voz de mi madre. Por un momento, mis emociones se han alborotado en mi corazón y la miro sin saber bien qué responder—. Clarissa me dijo que le habías pedido la llave.

—Todo está hecho un desastre... ¿Cuánto tiempo hace que nadie se pasa por aquí?

—Les pedí que nadie tocara nada. Dedicaste demasiado tiempo a ordenar todo, aunque quedan algunos libros en el diván de la salita. Creo que fueron los últimos que leíste antes de marcharte a Londres.

—Gracias...

El silencio se ocupa de crear ese hueco entre nosotras y, por un instante, me dedico a observar los libros de aventura y fantasía, mis favoritos, colocados en orden alfabético y por colores. Me había olvidado de mis manías, de cómo me dedicaba a hacer esta clase de cosas para mantener la cabeza ocupada y alejarme de todo lo que me hacía daño.

—Adriana, quería hablar contigo de algo.

—¿De algo? —Me apoyo en la pared—. ¿Qué ha pasado? ¿Tú estás bien? —Sonríe y acaricia mi brazo borrando mi preocupación de un plumazo.

—La madre de Kathia me ha llamado esta mañana para decirme que tengo una hija

estúpida que no sabe qué es lo que quiere y que le encanta engañar a la gente —comenta preocupada—. ¿Qué es lo que has hecho esta vez?

—¿Por qué lo presupones? —cuestiono algo molesta—. Ya no soy una niña de dieciocho años que se apoya en su rebeldía para sacarle de quicio a la gente. Lo único que hice fue sincerarme con Kathia, mamá. Le dije que no me interesa tener una relación con nadie. Y mucho menos con las mujeres que mi padre elije para mí.

—Pero, cariño, sabes que...

—Sé que tarde o temprano la fundación será mía, y que me veo obligada a buscar alguien que lo haga tras de mí —la interrumpo—. Pero no necesito una pareja para eso. — La sorpresa surca sus ojos y, un par de segundos después, desaparece tras un brillo de comprensión que hace mucho no veía en ellos. No dice nada, sin embargo, se acerca y me abraza entregándome parte del calor que creía haber perdido u olvidado.

—Estoy orgullosa de ti, cariño —me susurra y me emociono—. Sé que no he sido la mejor madre del mundo, que te fallé durante muchos años, pero me alegra ver que, después de todo, te has convertido en una mujer que lucha por sus sueños y su propia vida. Eso te hace ser maravillosa y no quiero que cambies nunca. Lucha por lo que ames, siempre, ¿me has escuchado?

—Eso es agua pasada. No te guardo rencor, sé que no tenías otra opción. Sé que lo has pasado mal y que estas soportando todo esto por culpa de los abuelos, por la vergüenza y... —Suelto un suspiro—. Así que no pasa nada. Lo que importa es el ahora.

El silencio nos consume a las dos y, por unos segundos, creo que hemos desaparecido de ese mundo que nos ha causado tanto dolor. Es gratificante saber que después de tanto tiempo nuestra relación no está perdida. Porque la extrañaba, a ella, a sus abrazos y a la calidez de sus manos.



Nicola. Turchese, junio.

Son las once de la noche y llevamos más de cuatro horas en el restaurante. Pronto daremos comienzo a la temporada de turismo y mi madre tiene por costumbre hacer limpieza general del local unos días antes de que empiece todo. Tengo los dedos arrugados del tiempo que llevo fregando, pero me gusta hacerlo porque eso me permite ausentarme del mundo un rato y poner mis ojos en la inmensidad del mar.

Desde la ventana que linda con la terraza principal, veo a Fabian yendo de un lado a otro, ordenando unas mesas que este año estarán colocadas de manera diferente. Mi madre ha querido darle otro toque a Pomodoro, borrar la mantelería blanca y las flores de colores, y sustituirlo por tonalidades *beige* y turquesa que combinan bastante bien con el color de la arena y el azul del mar. Este lugar siempre ha sido mágico, ella lo heredó de mi abuelo y con el paso de los años se ha convertido en uno de los restaurantes más importantes del pueblo. Ella adoraba a su padre tanto como yo a ella y sé que se esfuerza al máximo para que todos estemos orgullosos; yo le agradezco la vida, sobre todo porque se quedó embarazada de mí en plena adolescencia.

Si llevo la mirada atrás en el tiempo, recuerdo verla llorar en rincones donde se suponía que nadie la veía. Ella era joven y mis abuelos murieron demasiado pronto. Tuvo que enfrentarse a un mundo de adultos repleto de crueldad, egoísmo y dolor; dejar atrás la adolescencia, hacerse fuerte y luchar el doble para silenciar las bocas de aquellos que la señalaban con un dedo. Cuando era pequeña no comprendía por qué las personas eran así, pensé que yo era el problema, que era extraña o que tenía algo mal, y crecí con esa sensación hasta que ella se sentó conmigo y me contó una historia que no sabía ni que existía.

Theo. Así se llamaba mi padre; risueño, con el pelo azabache, los ojos oscuros y un lunar en el labio. Ella se quedó embarazada durante la verbena de los faroles, pero nunca supo de mi existencia porque murió poco antes de que terminase el verano. Mi abuelo intentó por todos los medios contactar con la familia, pero desaparecieron del mapa y aunque siempre supieron cómo encontrarlos, prefirieron dejarlo todo como estaba y seguir adelante.

—¡Niki! ¿Puedes salir al salón un momento!? —Con el grito de Fabian, mis pensamientos se desvanecen y sujetando el paño de cocina entre las manos voy al exterior sorprendiéndome por la nueva decoración.

—Esto es... ¡wow! —Mi madre sonríe y se abraza a Fabian con esa ilusión que ilumina sus ojos azules. Por un momento, las paredes se llevan mi atención, pues están repletas de cuadros de ella cuando era una niña, de mis abuelos y de adornos marineros mezclados con toques florales. El corazón late en mi pecho con fuerza y encuentro el remedio para calmarlo abrazando a mis dos personas favoritas—. Habéis hecho un trabajo increíble —

susurro y beso la mejilla de mi madre—. Sois los mejores. El abuelo estaría orgulloso de ti, mamá.

—Ha quedado bonito, ¿verdad? —afirmo y me muevo para observar una de las paredes vacías.

—Me parece que tengo el cuadro perfecto para ocupar este espacio.

—¿Cuál? ¿El de la playa que pintaste hará unos meses? —Fabian no tarda ni un segundo en preguntar y mi madre, que hace unos minutos nos dejó a solas para ir a buscar el teléfono, me mira con curiosidad.

—No. El lanzamiento de los faroles —anuncio con orgullo—. ¿Qué os parece? Esa noche es mágica y creo que para todos los que pisan Turchese, tiene un significado especial. Se verá precioso y todos los que vengan al restaurante, lo apreciarán.

A pesar de que mi madre sigue al teléfono, puedo ver el brillo en sus ojos, también en los de Fabian. Durante esa noche Noelia y yo nos besamos por primera vez, y los faroles sobrevolaron nuestros cuerpos para llenar de luces el cielo de una noche que jamás olvidaré.

—Ahora que lo mencionas, podríamos ir juntos este año. —Mis emociones se congelan cuando escucho su proposición y la sonrisa que mantenía en los labios se relaja para dejarse llevar por esa seriedad que me ha acompañado desde que su hermana murió—. No me mires así, sabes que a Noelia le encantaría que fuésemos.

—Ya veremos.

—Fabian tiene razón, Niki —anima mi madre—. Entiendo la razón, pero sabes que ella no querría esto.

—Mi hermana querría que vivieras tu vida a tope ¿o miento? —Niego y muerdo la cara interna de mi mejilla—. Entonces, que no se diga más. Este año iremos y no puedes negarte.

—Fabian...

Me gustaría negarme y confesarle que lo único que quiero es pasar esa noche encerrada en mi habitación, con mi cuaderno y los lápices dando rienda suelta a mi imaginación. Pero no digo nada y nuestra conversación se queda en nada.

Por suerte, el tema de Noelia se queda atrás y, gracias a las pizzas que tenemos para cenar, la tensión se transforma en risas y paz. Tengo suerte de tenerlos conmigo y voy a extrañarlos mucho; su compañía, sus consejos, su forma de escucharme y de hacer minúsculos mis problemas, sus abrazos inesperados, el brillo de su mirada y su energía. Por mucho que me marche del pueblo mi vida no será lo mismo sin ellos, y eso es lo más duro de sobrellevar; el vacío que seguro dejarán.



Nicola. Turchese, junio.

Es domingo, el Stella está preparado y a la espera de que lleguen los primeros turistas, así que Fabian y yo hemos decidido pasar el día en la playa. No sé cuánto tiempo llevo boca abajo disfrutando de unos rayos que calientan, pero aún no queman. Siento la brisa del mar acariciando mi cuerpo, arrastrando consigo pequeños granos de arena que forman parte de la que llevo pegada a la piel tras el primer chapuzón del verano. Algunas gotas de agua gotean por mi pelo causándome cosquillas, aunque eso no es razón para levantar la cabeza y enfrentarme a la curiosidad de unos ojos que me recuerdan demasiado a la persona con la que quería compartirlo todo.

Lleva unos días esperando a que hablemos sobre su proposición de ir juntos a la verbena, pero no sé si estoy preparada para ocupar los recuerdos que tengo con Noelia con otros nuevos. No quiero olvidar nada de lo que compartimos juntas y me niego a vivir este verano como el último que pasamos... Tan solo quiero llevarme a Roma los recuerdos más bonitos, pero el sentimiento de melancolía me está atacando incluso antes de haberme marchado y no lo soporto.

En el horizonte, el mar Tirreno se mece a paso lento. Sobre él, sobrevuelan algunas gaviotas que se posan en las rocas que forman parte de los vestigios de unos acantilados rotos por la voracidad de las olas y que ahora componen el espigón y el mirador. Es un paisaje que, cada vez que lo observo, cambia, y es posible que sea por ello por lo que no me he cansado de dibujarlo a lo largo de estos años.

—¿Pensando en mi hermana? —Fabian me trae de regreso a la realidad y una vez que pongo mis ojos en él, sonrío. Cualquiera otra persona se sentiría incómoda al verse tan expuesta, pero en mi caso me ayuda a no tener que buscar palabras para expresarme.

—A veces me gustaría dejar de pensar en ella, pero...

—No eres la única, ¿sabes? —Él se incorpora, sus ojos brillan tanto que podrían parecer estrellas y después, suspira—. Todavía la escucho reír por casa y es muy extraño. Mi madre dice que no suelte estupideces, que quién me oiga pensará que estoy loco, pero me encanta pensar que sigue por aquí, entre nosotros.

Sin palabras que añadir, me incorporo y paso uno de mis brazos por sus hombros, apoyándome en él. Yo no sé lo que es tener hermanos, tampoco lo que significa perderlos, pero sé que él y Noelia tenían esa clase de relación especial que solo tienen los mellizos. Eran inseparables y no ha tenido que ser fácil seguir adelante sin ella.

—A veces me olvido de que no soy la única que la perdió —susurro—. Perdóname...

—No te disculpes, tú la querías y sé que ella a ti, es normal que te centres en tu dolor y no pienses en los demás, pero... —Fabian se mueve y me mira fijamente a los ojos—. No puedes dejar que su muerte te mate a ti también. Tienes que ser feliz y sé que soy un pesado, pero es así. Te has pasado meses velando su recuerdo. Aún eres joven como para

andar marchitándote así. ¡Piensa en Roma! ¿Tú sabes la de chicas que habrá allí!? No puedes quedarte de brazos cruzados y no buscar tu felicidad.

—¿En serio me estás hablando de esto ahora? —le pregunto aguantando la risa.

—¿Qué? —Se encoge de hombros—. Tú y yo sabemos que las chicas de Roma tienen algo que no se puede explicar con palabras.

—Mi madre desaprobaba esa explicación tuya si la oyera. —Me echo a reír—. Según ella, sus amigas de la escuela de *ballet* eran unas estiradas.

—La verdad es que no sé qué le veías a mi hermana.

—Todo —admito y mis ojos van a parar al mar de nuevo.

—¡Pero si era un cactus! —exclama sin más—. Sería, distante, ¿y qué me dices de esa mirada que te ponía el vello de punta? —añade levantándose de la arena, sacudiéndosela de las manos—. ¡Asustaba!

—No asustaba, solo... tenía su carácter.

—Lo que tú digas. ¿Vamos a por una limonada y un trozo de tarta? —Se relame los labios y, después, sonríe espantando las emociones que hasta hace unos minutos encogieron nuestro corazón—. Creo que la de mango será el bombazo del verano, ya verás.

—No te lo puedo negar.

Cuando recogemos todo y salimos de la playa, no puedo evitar llevar mi mirada hacia Fabian y esa sonrisa que jamás se apaga. Él perdió a su hermana el mismo día que yo perdí al amor de mi vida, pero ha salido fortalecido y ha avanzado mientras que yo me he estancado en su recuerdo, hundiéndome en el vacío que ha dejado su cuerpo junto al mío.

Con cada paso que damos noto que, de alguna manera, Noelia empuja mi cuerpo hacia adelante para que avance y me recuerde a mí misma que soy lo bastante fuerte como para atravesar el camino que tengo delante sin su compañía. Supongo que tan solo debo darme algo de tiempo, esperar que el verano me permita recoger esas fuerzas que me faltan para cerrar este ciclo y dar la bienvenida a uno nuevo.



Adriana. Roma, junio.

Entramos en la mitad del mes y, conforme pasan los días, las oficinas de la fundación comienzan a verse más vacías. Son muchos los trabajadores que están ya de vacaciones y otros, como yo, están a la espera de disfrutarlas. Al final me vi obligada a mantener una conversación con mi padre y le pareció suficiente mi promesa de hacerme cargo de los eventos que se lleven a cabo en Breka mientras que esté en Roma. Sé que eso me atará mucho más, pero ya no soy esa niña a la que mangoneaba como quería, ahora soy adulta y no dejaré que me amargue la vida.

La jornada de hoy no ha sido muy pesada. Hace un rato, mientras me montaba en el taxi, le envié a mi madre un mensaje para invitarla a comer y me alegra que haya aceptado sin rechistar porque sé por Clarissa y las demás personas del servicio que apenas ha salido de casa en los últimos meses. El restaurante Trobare Bistrot, situado en el centro de la ciudad, es su preferido y por eso lo he elegido para nuestra cita.

No me lleva demasiado tiempo llegar y en cuanto giro en la primera esquina, mis ojos chocan a lo lejos con la sonrisa más bonita que he visto en mi vida. Siempre me he preguntado cómo es posible que mi padre haya dejado escapar a una mujer como ella, dulce, con ese gesto angelical y esa amabilidad con la que me encontré después de que las cosas con mi padre se fuesen al traste. Si yo fuese él, la protegería con todas mis fuerzas, aunque bueno, pensándolo mejor, prefiero que ni se le acerque.

—¿Has esperado mucho? El taxi se ha retrasado más de la cuenta —pregunto y me agacho para regalarle un beso en la mejilla—. El día está precioso, ¿no crees? —Mi madre sonríe y confirma mis palabras con una afirmación silenciosa que hace brillar sus ojos y toda su cara—. Estaba pensando que podríamos dar un paseo después. Hace demasiado tiempo que no lo hacemos y sé que hace mucho que no sales de casa, así que deberíamos aprovecharlo un poco y tumbarnos luego a la sombra de un árbol. Como cuando era una niña.

—Me parece una idea estupenda, pero ahora vamos a comer. He olvidado cuando fue la última vez que vine aquí. —Sujeto su mano con la mía. Obviar la razón de la tristeza que se materializa en su mirada es casi imposible.

Después de sentarnos y mientras que le echamos un vistazo juntos a la carta, me es imposible llevar la mirada a nuestro alrededor. El restaurante es el típico italiano. Las paredes, pintadas en tonos crema y esos ladrillos que forran las mismas hasta el techo, le dan un aire que tan solo se encuentra en la Toscana; cálido, perfecto, un sueño de verano. Las mesas alojadas en los extremos, junto a las ventanas o en la terraza exterior, son de madera oscura y sobre ellas hay un pequeño jarrón de flores frescas coloridas que desprenden un aroma afrutado que me resulta delicioso.

La última vez que estuve aquí fue antes de mudarme a Londres. Ella irradiaba felicidad,

su pelo de color dorado le caía por los hombros hasta el pecho y llevaba un vestido verde esmeralda muy parecido al que lleva puesto hoy. Juntas celebramos que iba a conseguir hacer realidad mi sueño de estudiar literatura clásica, aunque lo que nunca le dije fue que yo estaba festejando mi huida. A nuestro alrededor el mundo se mueve a su ritmo y mantengo la mirada puesta en la carta hasta que Greta me llama y me obligo a silenciar la llamada. Lo único que no quiero hoy es que me molesten.

—Puedes responder, Adriana. No importa. Sé que estás muy ocupada organizando las cosas del viaje de verano. —Sin responder, dejo mi mano sobre la mesa en busca de la fría y suave de ella, y cuando la estrecho, le sonrío.

—Hoy no quiero que nadie estropee nuestra cita. Además, si es por algo importante, recibiré un mensaje de inmediato, así que no te preocupes.

—Al final no me has contado dónde iréis —dice mientras mis ojos repasan los ingredientes del plato de lasaña—. ¿Algún lugar paradisíaco o algo más tranquilo esta vez? Recuerdo que hace unos años hablasteis de ir a Egipto.

Mi instinto me hace negar. No es que no me guste la idea de visitar las pirámides, pero la verdad es que necesito algo diferente, algo que me ayude a absorber la energía necesaria para continuar viviendo en esta ciudad sin mandar a mi padre al infierno.

—Iremos a un pequeño pueblo en Cerdeña —comento como si nada—. ¿Tú crees que la lasaña tendrá frutos secos? —Me mira y niega—. Preguntaré de todos modos —añado cerrando la carta para dejarla a un lado de la mesa—. Turchese, ¿la conoces? —La sorpresa que veo en sus ojos es tan fugaz que me pregunto si ha sido un efecto provocado por los rayos de sol que entran por la ventana e inciden contra ella o soy yo que imagino cosas raras. Así que desecho la idea y me centro en buscar algunas imágenes por Google para mostrárselas—. Le ofrecí dos opciones, pero al final elegimos ese. Me parece precioso, ¿no crees?

—Sí... —Mi madre se dedica a repasar una por unas las imágenes.

—¿Ha pasado algo? —pregunto, y cuando ella me mira, siento que me tiemblan las piernas y que el mundo se empequeñece sobre nosotras.



Adriana. Roma, junio.

Cuando la escucho suspirar y la veo dejar mi teléfono sobre la mesa, me armo de valor para lo que sea que estoy a punto de escuchar. Desde que supe que estaba enferma y decidí volver he temido que algún día me diga que el tratamiento no está funcionando. Sé que no debería ser tan negativa, que debo pensar en positivo y ahuyentar las malas vibras, pero me es imposible no hacerlo. Ahora que las cosas van tan bien entre nosotras, que hemos recuperado el tiempo, que nos hemos acercado, lo único que deseo es que se marche, así que intento calmar mis emociones como puedo y esperar a que tome la valentía de empezar a hablar.

Los minutos pasan, ella bebe un poco de agua y me brinda una mirada cargada de preocupación que, en lo personal, me pone el corazón a temblar.

—Hay algo que he querido contarte desde hace mucho tiempo —comienza y, de repente, somos interrumpidas por el camarero que trae los entrantes—. No quiero que estés nerviosa, no es nada sobre mí o mi enfermedad. Es sobre la familia.

—Podrías haber empezado por ahí —le reclamo y suelto un suspiro que ahogo en un largo sorbo a mi copa—. Estaba preparándome para lo peor. —Suelta una risilla y lleva la mirada a su alrededor—. Sea lo que sea, puedes contármelo, mamá. Ya no soy una niña.

—La fundación, no siempre perteneció a los Richeri. Tu abuelo Carlo y Riberto Mancinni se hicieron muy buenos amigos, y fue de esa relación de la que nació Breka —me dice pillándome por sorpresa—. Sí, sé que te estarás preguntando por qué razón ahora eres tú la heredera de todo y por qué tu padre se empeña en organizarte la vida y asegurarse de que será de los Richeri por mucho tiempo, pero todo tiene una explicación.

—Espero que sí... —Mi curiosidad despierta al instante, así que me acomodo mejor y la animo a continuar.

—Riberto y tu abuelo eran casi como hermanos, hacían un equipo perfecto, disfrutaban del arte y de lo que suponía poder crear un espacio para que todos los artistas novatos pudiesen encontrar su lugar en el mundo —explica—. Gracias a la novedad, la fundación se convirtió en un referente europeo; pasó de ser algo pequeño a lo que es ahora, de tener becas muy selectivas a contar con los mejores programas en las instituciones más prestigiosas y eso provocó que los dos alcanzasen un nivel adquisitivo bastante alto.

—Dime que el abuelo no hizo lo que creo que pasó.

—No te adelantes a los acontecimientos —protesta y la impaciencia por saber el final provoca que me remueva en mi asiento—. Tu abuelo y Riberto firmaron un acuerdo. El primer hijo de uno u otro sería el que heredaría la fundación y aunque los dos lo aceptaron, cuando Riberto y Manila tuvieron a Theo, las cosas se pusieron bastante tensas.

—¿Por qué?

—Que Theo hubiese nacido el primero, implicaba que los hijos de tu abuelo, es decir, tu

padre y tu tío Vittorio, se quedarían solo con la fortuna de la familia, no con la dirección de la fundación —me aclara bajando un poco la voz—. Pero la hermandad que ambos tenían superó todo eso y los dos siguieron adelante con sus respectivas vidas.

—Entonces... ¿cómo es posible que mi padre sea el director de Breka? ¿Dónde está Theo? —Ante mis preguntas, mi madre suelta un pequeño suspiro y después se deja caer en la silla—. Sabía que el abuelo había hecho algo. ¡De tal palo, tal astilla!

—Tu abuelo solo hizo lo que debía hacer, Adriana. Riberto y Manila lo hicieron padrino de su único hijo, y el día que murieron Theo se convirtió en un Richeri como tu padre y tu tío.

—Pero eso no quita que papá... —exclamo algo confundida—. Sigo sin entender nada. ¿No se supone que Theo era el que iba a heredarlo todo?

—Que eligieses Turchese como lugar vacacional ha sido una casualidad —responde y, por un segundo, noto que mi cabeza va a estallar de tanta información—. Pero tus abuelos veranearon allí dos años y hubiesen sido más de no ser por lo que ocurrió. —Quiero preguntar qué pasó, adelantarme, pedirle que corra y termine la historia, pero decido mantener el silencio—. Theo murió allí. No sé cómo pasó en realidad y... —Al poner atención en ella, puedo ver reflejado en su mirada las dudas y el miedo—. Así que la familia volvió a Roma y ya no regresaron más. Tu padre se hizo mayor, tu abuelo lo formó y desde entonces es quien se ha hecho cargo de Breka.

—¿Y tú como sabes todo esto?

—Me lo contó una amiga de la familia poco antes de que me casara con tu padre. Fue un evento que impactó muchísimo a las personas que conocían a Riberto y a su familia, y la pérdida de Theo fue...

—Horrible... —la interrumpo. El camarero deja los platos de lasaña sobre la mesa, pero mi apetito se ha desvanecido con todo lo que me ha contado—. ¿Por qué no me lo has contado antes?

—No quería que te sintieras obligada a cargar con algo así. Además, le prometí a tu padre que jamás te lo contaría —me confiesa—. Él no quería que el apellido de la familia se viese teñido por lo que pasó ese verano, y bueno... obedecí.

—Es curioso que a pocas semanas de viajar, me entere de estas cosas... —susurro—. Ahora me siento mal por no querer formar parte de Breka, ¿sabes?

—No debes sentirte así, cariño. Tu padre te ha hecho la vida imposible y... —Sus ojos brillan a causa de las lágrimas—. Sé que nunca te lo he dicho, pero eres muy valiente, Adriana. Luchar por tus sueños, anteponerte a ti misma por encima de lo que otros esperan de ti es algo que...

—¿Que tú no pudiste hacer?

—Yo no tenía ni voz ni voto cuando tu abuelo eligió a tu padre para que fuese mi marido —dice y forma una mueca con los labios—. Pero tú puedes escoger tu camino y hacer con tu vida lo que desees. Y sé que serás feliz, mucho, porque tienes un corazón maravilloso.

MEMORIA



Verano de 1991

El ferry atracó en el puerto de Turchese justo al atardecer y todos se montaron en un taxi que los llevaría al lugar donde se hospedarían durante las vacaciones. Esta vez, los Richeri se habían decantado por una villa pintoresca con vistas al mar, rodeada de buganvillas en flor, y estaban impacientes por deshacer el equipaje y darse un chapuzón en la piscina. Sus hijos, por el contrario, estaban cada uno a lo suyo. Vittorio, que odiaba montar en barco, tenía el gesto pálido y el estómago revuelto, mientras que Ángelo peleaba con Theo por algo que ellos no llegaban a comprender. Luka y Ginevra ya se habían acostumbrado al constante ir y venir de gritos entre ellos, y ya los dejaban por imposible.

El sol que se ponía en el cielo lo pintaba todo de tonos dorados y naranjas, y desde el interior del taxi, Theo luchaba contra sus nervios. Había esperado meses para reunirse con Bice, y aunque era incapaz de encontrar la forma de confesarle que le gustaba, quería hacerlo. A lo largo de las últimas semanas había leído las cartas que las chicas le habían dejado el pasado San Valentín en la taquilla del instituto en un intento por encontrar consejo, pero todo era tan común y ordinario que lo desechó. Ángelo le había recordado una y otra vez la de cosas que haría con Bice, y habían reñido hasta el punto de golpearse en la cabeza y hacerse daño.

El viaje hasta la villa se hizo eterno para todos, pero una vez que llegaron, Theo no pudo contener su ansiedad y se marchó a la playa donde todo comenzó. Caminó por la orilla notando los granos de arena resbalando entre los dedos de sus pies y se detuvo cuando el rótulo de Pomodoro —el restaurante de los Capelletti, los padres de Bice— brilló ante sus ojos. Se preguntó si la encontraría allí sirviendo las mesas como el año pasado y si tendría la oportunidad de sorprenderla.

—¡Theo! ¿Se puede saber qué haces ahí parado!?

Bice, que lo había descubierto minutos atrás, estaba a pocos metros detrás de él. Llevaba un vestido amarillo melocotón que resaltaba el bronceado de su piel, y al chocar Theo con su sonrisa, notó que su corazón se derretía en su pecho como un sorbete de limón en pleno verano. Ninguno lo pensó demasiado. Corrieron y, al estar a centímetros de distancia, se abrazaron con tanta fuerza que Theo la levantó un poco del suelo. Le había sido imposible olvidar su perfume a cereza y la calidez de su cuerpo, y tenerla entre sus brazos era un sueño hecho realidad.

—Te he echado muchísimo de menos... —le susurró y, al apartarse, se miraron a los ojos como si hiciese siglos que no lo hacían. Él quiso confesarle lo que sentía, pero las palabras se le atascaron en la garganta y tuvo que desechar la idea de hacerlo.

—Y yo a ti... —confesó ella finalmente, con la voz cargada por las emociones que la habían embargado al verlo—. No sabes cuánto... Estos meses se han hecho eternos.

—Te lo advertí cuando me dijiste que no querías que nos viésemos —le recordó él. Solo una estúpida podría negarse a ver al chico que le gustaba, pero a Bice le encantaba recibir sus cartas, hablar de ellas con sus amigas y escribir sus respuestas—. Pero ya estoy aquí y estaremos juntos todo el verano. ¿Qué locuras tienes planeadas?

Bice sujetó la mano de Theo con una de las suyas y tiró de él para llevarlo consigo al restaurante de sus padres. Gemma, la madre de Bice, abrazó a Theo y sirvió para ambos un granizado de limón y fresas cuya cumbre estaba adornada con una bola de helado de nata. Ver a su hija disfrutar del amor era como revivir aquellos años en los que conoció a su marido y no podía evitar observar a los dos con curiosidad. Se sentaron en una mesa con vistas al mar y conversaron de sus cartas, de las cosas que hicieron a lo largo de año y no se habían contado, de todo lo que iban a hacer juntos y de los planes que se quedaron estancados el verano pasado porque Bice aún era muy pequeña para llevarlos a cabo. Theo no lograba reunir el valor que necesitaba para confesarle lo que sentía y cada vez que lo intentaba, una sensación lo paralizaba y ella, confundida por los gestos tan fríos de él, se preguntaba la razón por la que no había recibido ninguna muestra de cariño. ¿Acaso Theo no sentía nada por ella y era la única que estaba enamorada?

—Vaya, vaya. Si es el romanticón y su sirenita... —interrumpió Ángelo con un tono sarcástico. Theo, al verlo aparecer, notó que el estómago se le enroscaba—. ¿Qué tal estás, guapa?

—Ángelo, ¿qué haces aquí?

—Solo vine a disfrutar de las vistas, ¿no dices que desde aquí son increíbles? ¿Molesto? —Bice le sonrió de manera educada y, aunque estaba incómoda, ni siquiera lo mencionó. Ángelo, por su parte, parecía encantado de estar allí, y no tardó en incordiar a Theo a sabiendas de lo que eso significaba para él—. Este año estás mucho más bonita que el pasado, ¿lo sabías?

—Gracias...

A Theo le creció la ira dentro de él. Su cuerpo se encendió como una hoguera y aunque Bice le rogó que no hiciera nada, no pudo frenar su enfado.

—¿Por qué no te marchas y nos dejas en paz?

—¿Y perderme la diversión? Ni loco. —Observó a Bice—. Además, alguien tendrá que hacer que esta chica se lo pase bien este verano. Porque lo que es tú... —El ambiente se puso muy tenso y ella buscó ayuda en su madre—. ¿Te veré en la verbena estos días?

—Sí, bueno... creo que todos estaremos allí, ¿no? —Bice miró a Theo y este, cansado de la situación, se levantó y sujetó a Ángelo para apartarlo de la chica y dejarlo caer al suelo ante la mirada de las personas que había en el local a esa hora de la tarde.

—No eres bienvenido aquí.

—Creía que esto era un restaurante... —Ángelo se incorporó y se puso en pie—. Relájate un poquito. No he hecho nada malo, tampoco es para que te pongas así.

—Por favor, aquí no. —Bice se interpuso entre ellos cuando Theo quiso atacarlo y todos empezaron a cuchichear por lo sucedido—. Si queréis pelearos como dos idiotas, podéis ir a la playa.

—Solo estaba bromeando, Theo es un exagerado.

—Yo no soy un juguete para que hagas conmigo lo que te dé la gana. Y tú... —Señaló a Theo con una mano—. Será mejor que controles esa ira. El verano pasado ya sufrí vuestras peleas constantes y, si te soy sincera, no quiero volver a soportarlas.

Bice decidió marcharse en ese momento, dejarlos a los dos y esconderse en la cocina. No le gustaba sentirse incómoda, Ángelo siempre conseguía hacer que se sintiera como un juguete y aunque se lo había contado a Theo en todas sus cartas, él no había hecho nada para remediarlo.

—¿Ves lo que has hecho? Siempre tan impulsivo, siempre arruinándolo todo.

—¡Cállate, joder! Esto es culpa tuya. Siempre metiéndote donde no te llaman.

—Es que nunca aprendes... —Theo sabía que si Ángelo continuaba hablando, las cosas acabarían mal—. No culpes a los demás por tus fracasos. Si no puedes decirle que te gusta, tal vez no seas el adecuado para ella. —Y sin poder soportarlo más, Theo se abalanzó y los dos cayeron al suelo rodando. Los puños flotaron en el aire en todas direcciones. Para Theo, cada puñetazo no era más que una liberación de la frustración que llevaba acumulando a causa de la actitud que Ángelo tenía hacia él, y para este era la forma de demostrarse a sí mismo que era mucho mejor. Ni siquiera frenaron al ver la sangre brotar de sus labios, siguieron protagonizando una vergonzosa escena, al menos hasta que Lorenzo, el padre de Bice se puso en medio y los apartó a empujones.

—¡Ya basta! ¡Este es mi local y no os voy a permitir esto! ¡Largaos! ¡No sois bienvenidos! —Bice, escondida detrás de la barra, no podía creer lo que estaba viendo. Jamás pensó que los dos fueran así de agresivos. Buscó refugio en su madre que la abrazó como si fuese un bebé de dos años, y se la llevó consigo a la parte de atrás—. No quiero veros por aquí más.

—Pero...

—¡Fuera! —Theo buscó a Bice y, al no verla, sintió que todo se derrumbaba a su alrededor.

Ángelo se encogió de hombros, se limpió los labios y, tras levantarse del suelo, puso rumbo hacia la playa. Su labio inferior le escocía, había logrado que Theo estallase por primera vez en su vida y estaba orgulloso de haberlo conseguido. Y a pesar de que lo persiguió, se quedó sentado junto al columpio donde conoció a Bice sintiendo una mezcla de rabia, vergüenza y desesperación. Lo había estropeado todo y ahora no solo tenía que pensar en cómo confesarle a ella lo que sentía, sino en cómo limpiar su imagen y dejarle claro que lo que había sucedido con Ángelo no era más que una rencilla como cualquier otra.



Nicola. Turchese, junio.

Llevo despierta poco más de una hora y el sol comienza a romper la noche con esa suavidad que lo caracteriza. Cuando era una niña, la llegada de la temporada de vacaciones en Turchese era toda una leyenda. Se decía que si cerrabas los ojos y te dejabas llevar por los primeros rayos de sol mientras pedías un deseo, se cumplía. Y aunque no soy de creer mucho en estas cosas, llevo haciéndolo desde que tenía cinco años.

Hoy el paisaje que tengo a unos kilómetros de mí es espectacular. Llevo mucho tiempo pintándolo y cada vez que lo hago, la stampa que queda grabada en el lienzo es diferente. Esa es la razón por la que amo el arte, porque depende mucho de las emociones del pintor, y las mías giran constantemente como una veleta enfrentándose a un huracán.

Estos meses no están siendo fáciles. Cada semana que pasa es una menos que me queda para disfrutar de mi hogar y mi gente, y aunque estoy decidida a dar el paso, la verdad es que sigo notando que hay cierta parte de mí que quiere quedarse. No es extraño teniendo en cuenta que he sido muy feliz aquí, pero me encantaría contar con la seguridad plena de saber que lo estoy haciendo bien.

—¿Lanzando tus deseos al sol del amanecer? —Mi madre irrumpe en mi dormitorio y, al girarme, la encuentro apoyada en el canto de la puerta con una sonrisa dibujada en los labios.

—Tú eres la culpable —le recuerdo una vez que me coloco en pie y dejo a un lado el espectáculo de colores que tiñe el cielo—. ¿Qué haces despierta tan pronto?

—Tengo trabajo. Si no abro el restaurante a primera hora del día, perderé muchos clientes y tengo la sensación de que este año Turchese estará más lleno que nunca —vaticina regalándome un beso en la mejilla—. Ahora que tengo un poco de tiempo, espera aquí, no te muevas. Hay algo que quería haberte dado.

—¿El qué? —pregunto con curiosidad, sacando la cabeza por la puerta de mi dormitorio.

—No desesperes. Son solo unas cosillas.

—¿Unas cosillas? ¿Has desmantelado una tienda? Sé que tengo que comprarme algo de ropa nueva pero...

—¿Ropa? ¿No crees que ya tienes bastante con todo lo que te regaló Vittorio la última vez? —Ella niega y, tras dejar las bolsas sobre mi cama, empieza a sacar todo lo que contienen dejándome con la boca abierta—. Hace unos días Vittorio me llevó a Olbia y, al pasar por una tienda especializada, no pude evitar entrar. Espero haber comprado cosas que te sirvan para algo. Sé que te gusta hacerlo a ti misma, pero quería que fuese una sorpresa. —Frente a mis ojos tengo varios rollos de tela de lienzo, pinceles nuevos, pinturas de óleo de colores que no he sabido mezclar aún, cuadernos, lapiceros, carboncillos—. ¿Qué te parece?

—Que eres la mejor. —Al abrazarla, siento una felicidad que no puedo describir.

—Pensé que una artista como tú no puede ser la mejor sin estar bien equipada. Además, no lo hice sola. Tuve algo de ayuda.

—¿Fabian? —Ella afirma y se cruza de brazos.

—Sois los mejores.

—Eso es para que no te olvides de que todos estamos contigo —añade y acaricia mi mejilla—. No importa donde vayas o donde estés, siempre te apoyaremos. En todo. —Yo sonrío porque sé a qué se refiere y ella me devuelve el gesto—. Ahora será mejor que te vistas. Vittorio estará esperándote y no creo que quieras llegar tarde el primer día en el Stella.

—Si lo hago, me hará fregar el casco con las manos. —Me echo a reír.

—Entonces date prisa.

En cuanto estoy a solas, no puedo evitar volver a mirar todo el material. Le prometí a mi madre que dibujaría el lanzamiento de los farolillos en la verbena, y no fallaré en mi promesa.



Adriana. Roma, junio.

Ya tengo las maletas preparadas para dar comienzo a las vacaciones y, siendo sincera, mis ganas de divertirme se han visto solapadas por una sensación de la que no logro escaparme. Conocer lo de Riberto y la muerte de su hijo en Turchese no ha hecho más que dar vueltas en mi cabeza. De no haber pasado todo aquello, ahora no tendría que estar luchando por vivir mi vida tal y como deseo, pero quiero pensar que todo sucede por una razón y que el destino se toma su tiempo para darla a conocer.

Es la una de la tarde y el aroma de la salsa con la que acompaña Idora —nuestra cocinera— los rigatoni a la romana se cuele por debajo de la puerta de mi habitación. Queda muy poco para comer y si no fuera porque mi madre me lo ha pedido esta mañana, no compartiría mesa con mi padre. No sé qué tiene en mente y por qué necesita que esté presente, pero no importa, pase lo que pase, en cuestión de unos días estaré lejos de aquí.

Tras abandonar mi dormitorio y bajar a la cocina, choco con la mesa ya preparada. Hay una ensalada caprese sobre ella, un poco de pan con algunos entrantes y mi madre lleva en las manos una jarra de agua repleta de hielo y rodajas de limón. A ella siempre le ha gustado la cocina, me dijo hace un tiempo que heredó ese gusto de su abuela y que jamás se atrevió a dar el paso hacia algo profesional porque sus padres tenían otros planes para ella.

—¿Aún no ha llegado mi padre? —pregunto con curiosidad antes de robar un trozo de tomate y metérmelo en la boca—. Va a venir a comer, ¿no? —Mi madre me fulmina con la mirada y yo niego a la par que me siento—. No sé para qué te esfuerzas tanto. —Idora nos mira y mi madre suelta un suspiro—. Deberías venirte conmigo y Greta a Turchese y dejarlo aquí. Te vendría bien un descanso. Desconectar de todo esto.

—Adriana, sabes que no puedo hacerlo... —Por un momento me enfurece que siempre tome la misma decisión, así que suelto un bufido y me lleno el vaso de agua dejando el tema para otro momento—. Idora, la salsa huele deliciosa. —La mujer de pelo canoso me mira, sonrío y después sigue a lo suyo como si nada hubiese pasado. Lleva con nosotros tanto tiempo que estas conversaciones ya no la pillan por sorpresa—. He echado de menos la comida de casa. En Londres todo es más... complejo.

Mi madre se sienta frente a mí y se limita a servirse la ensalada en su plato. No sé cómo enfrenar una nueva conversación con ella después de todo lo que me contó en el restaurante, así que bebo de mi vaso y permito que mi mirada se pierda a través de los ventanales del comedor. El cielo está pintado de un azul tan claro que me hace recordar a aquellos años en la playa, junto a ella, tumbadas bajo el sol durante horas.

—Estos días he estado mirando fotografías y leyendo algunos blogs de viajes —me limito a decir para romper el hielo—. Dicen que Turchese tiene las mejores calas del Mediterráneo. —Ella guarda silencio y eso me preocupa.

Por alguna razón espero que mencione algo, pero, a cambio, recibo un silencio que

dura minutos y que solo se rompe cuando estoy a punto de volver a hablar.

—Tu padre y yo discutimos anoche —suelta como si nada—. Le dije que ahora que estabas aquí podíamos ir juntos de vacaciones, pero...

—Mamá, es que no sé ni para qué se lo preguntas. Sabes de sobra que para él solo somos un par de muñecos que no sirven para nada más que hacer bulto —le digo mordiéndome el labio con rabia—. ¿Quieres unirte al viaje? Sé que los médicos te han pedido que descanses, pero... creo que te vendría bien.

—La verdad es que me encantaría —admite casi sin pensárselo—. Siento mucha curiosidad por saber si de verdad es tan bonita como las imágenes que vi en los álbumes de fotos de tus abuelos.

—Que no se hable más. Voy a buscarte los billetes y le diré a Greta que vienes con nosotras. ¡Lo vamos a pasar genial!

—Adriana...

—Si mi padre puede hacer lo que le venga en gana y olvidarse de todo el mundo, tú también puedes —le recuerdo—. Vale que hayas decidido quedarte aquí por lo de tu tratamiento, pero eso es una cosa y la otra es que tengas que vivir encerrada toda tu vida porque a él le guste guardar las apariencias. Necesitas tener tu propia vida, mamá, mírate, ¿hace cuánto que no sales y disfrutas? —Me mira y puedo leer en sus pupilas un «demasiado» que es incapaz de pronunciar con palabras—. Es momento de hacerlo —añado una vez que me levanto y me acerco a ella para estrecharla en un abrazo por la espalda—. Además, el mar de Turchese parece sanador y algo me dice que volverás de allí renovada.

—Gracias por pensar en mí, cariño, pero....

—Quiero que seas feliz, y mi padre...

—Yo, ¿qué? —Por inercia, mi espalda se endereza y mi cuerpo se tensa al escuchar su voz. Él nos mira a los dos y, sin poner esfuerzo, sabe que estamos tramando algo—. ¿Qué está pasando aquí?

—Mamá, Greta y yo pasaremos el verano en Turchese. Me ha contado que veraneabas allí con los abuelos y puesto que no quieres acompañarnos, la he invitado —respondo sin darle tiempo a discutir—. Tú te puedes quedar aquí si es lo que quieres.

Lo que sucede después, no lo veo venir. La mano de mi padre vuela en mi dirección y el bofetón que recibo es tan fuerte que me parte el labio provocando que una pequeña hilera de sangre se deslice hacia mi barbilla.

—¡Por Dios, Ángelo! ¿Te has vuelto loco!? ¡Es tu hija! —Mi madre grita, pero yo desconecto. En esta ocasión no lo he podido esquivar como sucedió en el jardín hace unos días. Me toco el labio con la yema de los dedos y, al ver la sangre, sonrío. La última vez que me golpeó así, lo hizo por negarme a acudir a un evento con él. Aquella ocasión me escondí en mi dormitorio y lloré hasta que me quedé dormida, pero ya no soy la misma. Sin miedo, y con mi madre sujetándome de un brazo, me acerco a él.

—Todo sería mucho más fácil si tú no existieras —le digo apoyando uno de mis dedos sobre su camisa blanca, manchándosela con la sangre que llevo en los dedos—. Me avergüenza tener un padre como tú. Desearía no haber sido hija tuya, no llevar tu apellido y no formar parte de tu vida. Me da asco llevar tu sangre y te juro que tarde o temprano pagarás todo el daño que estás haciendo.

—Si tanto me odias, ya sabes dónde está la puerta —añade con los ojos enrojecidos de

la rabia—. Lo único que tienes que hacer es salir por ella y no volver. Es así de fácil —añade mirando a mi madre, cambiando el gesto por uno de completa decepción—. Siempre supe que te había hecho débil al meterte todos esos pajaritos en la cabeza, pero ahora... —Se echa a reír—. Todos hablan de ti, hija. Dicen que das vergüenza, que eres un fracaso y que te has escondido bajo tu fingida imagen de bollera para no hacerte cargo de lo que te corresponde por herencia.

—¿Por herencia? —No sé en qué momento me muevo y sujeto uno de los jarrones que mi madre tiene en la cocina, pero regreso a la realidad cuando lo estrello contra los muebles del comedor en vez de hacerlo sobre su cabeza. Él sonríe porque sabe que jamás podría hacerle daño, porque es consciente de que una de las cosas que más odio en este mundo es parecerme a él.

—Adriana, cariño, déjalo. No vale la pena.

—¿Quieres dejarla en paz!? ¿Acaso no ves que intenta demostrar que ha madurado?

—¡Cállate, maldita sea! —le grita ella y cuando está a punto de abofetearla, soy yo la que lo hace, atestándole un empujón que lo hace trastabillar y caer al suelo—. Adriana, vete de aquí y déjame esto a mí.

—¡Eso! Desaparece de mi vista. Espero que disfrutes al máximo de tu viaje. Ese maldito pueblo tiene el don de atraer a los débiles de corazón, pero te prometo que cuando vuelvas, nada ni nadie te va a sacar de Roma.

—Si te crees que tienes tanto poder para controlar mi vida es que eres estúpido. Por lo visto a mi abuelo se le pasó comentarte que el dinero no lo consigue todo —añado. Sé que ha sido un error mencionar a su padre, pero me da lo mismo—. Nunca vas a lograr que todo esto me guste, ¿sabes por qué? Porque lo único que desearía en este momento es no tener nada que ver con la familia Richeri.

En cuanto me marchó, me arrepiento de no haberle estrellado ese jarrón en la cabeza. Mis pasos adquieren tanta velocidad que ni siquiera soy consciente de que mi madre me persigue, tampoco de las lágrimas que abordan mis ojos al mismo paso que la rabia toma el control de mi cuerpo. Solo quiero gritar, desprenderme de todo lo que me une a él, desaparecer de este mundo y volver a nacer.

Hay cosas que no podemos cambiar por más que lo deseemos con todas nuestras fuerzas y, en mi caso, es la familia a la que pertenezco.



Nicola. Turchese, junio.

En cuestión de unos días dará lugar en la Cala Granu, la verbena de bienvenida a todos los turistas que han decidido pasar en Turchese las vacaciones de verano. Solo los residentes habituales del pueblo sabemos que, tras las actividades y la fiesta preparada para esa noche, se esconde el agradecimiento que sentimos porque hayan optado por nuestro pueblo para gastar su dinero. Mirándolo por ese lado es una forma de engatusar, de atraer y llamar la atención, pero no puedo ser necia y negar que es importante que exista el turismo. No cuando el restaurante de mi madre depende de ello y mi futuro en Roma también.

Como ya imaginaba, el pueblo está irreconocible y mientras disfruto de un paseo tranquilo rumbo a la zona boscosa, me doy cuenta de la cantidad de gente que ya camina por sus calles. Ni siquiera recuerdo haber visto tantos comercios abiertos y tantas casas ocupadas. Al parecer ha sufrido una transformación mientras dormía, porque ayer todo estaba tan vacío como mi estómago a esta hora del día.

Desde que Fabian y mi madre me hablaron de la verbena no he dejado de darle vueltas todo. No tengo el cuerpo para fiestas, pero sé que ha pasado mucho tiempo desde que Noelia se fue y tienen razón, ella querría que fuese feliz, que continuase con mi vida y que no me estancara en un mismo lugar por mucho tiempo.

Con cada paso que doy, mi cuerpo pesa más que cuando tomé la decisión de dejar mi dormitorio e ir a buscarla. Llevo arrastrando los pies desde que llegué al sendero que me lleva directa a los acantilados donde Noelia y yo compartimos sus últimos minutos de vida y, por extraño que esto sea, este rincón tan peligroso del pueblo se ha convertido en mi lugar sagrado; un sitio donde se me eriza la piel y se me agita al corazón.

Ayer, mientras que Fabian y yo pasábamos las últimas horas de la noche juntos en la terraza, le prometí que haría lo que estuviese en mi mano para regresar a la mejor versión de mí misma. Y es por eso por lo que estoy aquí. Para despedirme, para cerrar un ciclo que comenzó el día que Noelia y yo nos dijimos por primera vez «te quiero».

Turchese, como parte del paraíso natural al que pertenece, está repleta de lugares hermosos, pero todos ellos no pueden luchar contra lo que ven mis ojos en cuanto llego a lo más alto. Allí donde chocan las olas y los remolinos de agua forman una espuma blanca similar a la del café de la mañana. Las rocas apenas se ven alteradas por la sacudida, solo las acogen transformándolas en salpicones que lo bañan todo con fuerza. Y si deslizo la mirada hacia los colores del mar, el turquesa es engullido por la oscuridad de las profundidades.

Cuando era pequeña, mi madre me contaba que las sirenas se encargaban de hechizar a los marineros para que regresaran al mar. Ahora, desde el borde, puedo notar como el mar me llama con un susurro que calma mi corazón y acuna mi alma revuelta, tirando de mí, entregándome paz y libertad.

Tiempo atrás Noelia y yo nos sentábamos juntas aquí, en silencio, observando cómo los rayos de sol rompían el manto de la noche con la misma suavidad con la que ella acariciaba mi piel. Si ella estuviese aquí conmigo, mentiría al decir que está orgullosa de mí, porque yo sé que está triste al saber que me siento hueca. Ella quería que no dejase de sonreír, pero me cuesta mucho pensar que todo lo que vivimos se quedará aquí cuando deje el pueblo para marcharme a Roma.

Una vez que abandono mis pensamientos, llevo mis manos a la tierra que me rodea y las yemas de mis dedos se arrastran por ella hasta formar dos puñados que sujeto con fuerza. No sé cómo empezar a decir todo lo que tengo atascado dentro, así que solo extendiendo los brazos hacia adelante y dejo que todo caiga con suavidad. Es como un simbolismo, un gesto que Noelia hacía cada vez que pisaba la playa en un día de viento.

—Siento haber tardado tanto, pero ya estoy aquí —hablo en voz alta—. Sé que has estado esperando mi visita, pero me alegra saber que tu impaciencia no ha ganado esta vez. —Mis labios se curvan en una sonrisa y los últimos restos de tierra caen para dejar mis manos polvorientas y sucias—. Ya sabes que soy mujer de tiempos. Aunque me he pasado un poco, ¿verdad? —admito—. Solo quiero que sepas que abrazaré la vida tal como tú me enseñaste a hacerlo cuando éramos unas niñas. Sin miedo y con valentía.

Con mis ojos puestos en el color turquesa de las aguas, no puedo evitar recordar ese día. De no ser por ese maldito remolino que engulló su cuerpo, estaría a mi lado ideando un viaje, un futuro y vete tú a saber qué más. Pero no está y aunque duele tener que hacer todo esto a solas, sé que debo cortar el lazo que nos une para poder avanzar.

—No puedo evitar echarme de menos —susurro con un nudo en la garganta y sin aire dentro—. Eras mucho más que mi chica, eras mi amiga, mi apoyo y también la voz de mi conciencia. Sin ti me siento perdida, sin fuerzas y sin ganas para enfrentarme a todo lo que sea que tengo por delante. —Frente a mis ojos el mar se embravece. Sé que eso no quiere decir nada, pero mi necesidad por creer que existe algo más allá me invita a verla reflejada en las olas. Ella era así, como el mar en su peor estado; furiosa, con carácter, dura y fría en ocasiones—. Pero sé que debo seguir y no lo podré hacer hasta que haga lo que he venido a hacer hoy: despedirme... —admito colocándome en pie, sujetándome el pelo en una especie de coleta desgredada en la coronilla—. Gracias por todo...

La última sonrisa se la dedico cuando mis pies se apoyan en los salientes y la tierra se parte ante mi peso. Soy consciente de la locura que estoy cometiendo, de que es posible que mi inconsciencia me lleve hacia la muerte, pero en un impulso me lanzo a un vacío de más de doce metros en el que cierro los ojos por un instante, sintiéndome como esas gaviotas que sobrevuelan en cielo de Turchese; libre y sin miedo.

El corazón se me parte cuando le digo adiós y el miedo me contrae las tripas obligándome a abrir los ojos mientras que caigo a toda velocidad. Una vez que llego al agua, mi cuerpo se transforma en una roca muerta que se zambulle engullida por el brío del mar, que me empuja hacia el fondo y me impide respirar. Aquella mañana me negué a seguirla y aunque lo hice para auxiliarla, me arrepiento todos los días de no haberlo hecho junto a ella. Unos segundos después de sumergirme, el mar me suelta y saco la cabeza del fondo para dar una bocanada de aire que me deja exhausta. No sé cuánto tiempo me llevará llegar a la orilla, pero ahora me siento en paz, como si hubiera arrancado de mí un peso que yo misma decidí llevar conmigo por decisión propia.

Ella ya no está, pero siempre me acompañará. Porque ella es mar, la brisa, el vuelo de

las gaviotas y cada uno de los momentos que compartimos.



Adriana. Turchese, junio.

Han pasado unas horas desde que dejamos el *ferry* que cogimos en Civitavecchia para trasladarnos a Olbia y el sentimiento que cargo conmigo es el mismo que se siente cuando te aíslas del mundo. El viaje ha sido de lo más entretenido gracias a las tonterías que Greta, y después de lo que pasó con mi padre, lo necesitaba. Al contrario de lo que pensé que ocurriría, mi madre tomó la decisión de venir con nosotras y aunque está siendo agotador para ella, no ha dejado de sonreír. Me habría encantado tener un momento a solas para hablar de lo que ha pasado, pero he optado por desconectar y disfrutar, y dejar todo atrás.

Nos queda muy poco para estar en Turchese y el paisaje que tengo frente a mí es lo más parecido a un paraíso. Quizá son mis ganas de llegar lo que provoca que lo perciba así, pero no me importa. Lo único que rompe el silencio en el interior del coche de Greta es un repertorio musical que ella misma ha elegido y la respiración profunda de mi madre mientras descansa y se echa una pequeña siesta a mi lado. Van a ser unas vacaciones únicas, lo sé, y estoy deseando averiguar qué recuerdos me llevaré de vuelta a Roma.

—¿Ya hemos llegado? —La voz de mi madre me saca de mi burbuja. Yo le dedico una sonrisa y le cedo la botella de agua que compramos en el puerto para que se refresque la garganta—. ¿Queda mucho?

—Estamos a unos veinte minutos —anuncia Greta con los ojos puestos en la carretera.

—En cuanto lleguemos podrás tomar un baño y descansar. Había pensado dejar para mañana las visitas, ¿qué me dices? —Mi madre se remueve en su asiento, se coloca bien el pañuelo rojo granadina que lleva sobre la cabeza y seca sus labios con el dorso de su mano, pensativa, tras beber un poco.

—¿Qué día es hoy? ¿Diecisiete?

—Diecinueve —responde Greta.

—¿Por qué lo preguntas? —quiero saber.

—En los álbumes que tu abuela llenó durante años, cuando tu padre era más pequeño, había fotografías de una verbena. No estoy segura, pero creo que es durante estos días —menciona buscando mi mirada—. ¿No has leído nada sobre ello?

—La verdad es que no...

—Quizá hayan dejado de hacerla —comenta Greta observándonos a través del retrovisor.

—No lo sé, pero parecía divertida —añade a la vez que saca una mano por la ventana disfrutando del roce del viento en su piel—. Por lo que vi en las fotos era a pie de playa y se lanzaban farolillos de papel. Tu padre lo disfrutaba bastante con sus hermanos.

—Entonces espero que sigan con la tradición. Ahora me ha dado la curiosidad.

—Sería el plan perfecto para dar comienzo a las vacaciones, ¿no os parece? —Yo afirmo y Greta me sonríe.

—Además... —Mi madre se remueve en su asiento—. Lo bueno de este pueblo es que es muy turístico, así que podrás conocer gente nueva y... —Se cubre la boca al bostezar—. Quién sabe, quizá encontréis el amor durante el verano.

—Adriana, tu madre me encanta, ¿te lo había dicho ya? —Greta ríe y yo niego un par de veces—. Ojalá tengas razón. Ya me he cansado de los chicos de Roma. Son todos iguales.

—Ya sabes que no estoy muy interesada en esas cosas, mamá —le digo entre risas. No sé por qué se le ha ocurrido la idea del amor ahora, pero lo único que necesito es desconectar.

—Me gustaría que fueses feliz, cariño. Y sí, es cierto que uno puede encontrar su propia felicidad en soledad, pero la vida es mucho más divertida cuando se comparte y tú, cariño... —suspira y busca mi mano para apretarla con suavidad—. Eres una chica increíble.

—Deberías de hacerle caso a tu madre.

—Mientras que detrás de ese amor no esté el dinero de mi padre, todo bien. —Ella estalla a reír y me contagia. No sé cómo soy capaz de bromear con un tema tan escabroso como este, pero me es inevitable.

—Aún no entiendo cómo puede hacer esa clase de cosas —dice Greta.

—Ángelo es la viva imagen de su padre a su edad, aunque de niño, parecía otra cosa.

—Si te soy sincera, no lo imagino siendo de otro modo.

—Yo lo conocí cuando éramos adolescentes. En Roma, y bueno... —comenta llevando la mirada al paisaje que nos rodea—. Ya entonces era muy complicado estar a su lado y ahora, después de tantos años, me doy cuenta de que fue una estúpida por sentirme atraída por él. Tenía que haberme negado a casarme, sobre todo después de...

—¿De qué? —preguntamos las dos a la vez.

—No hablemos de eso ahora. Lo bueno es que tú, cariño, no has salido a él. Al menos, mi genética venció a la suya en esto.

—Agradezco no haber nacido con ese gesto tan retorcido suyo... —Imito las facciones de mi padre frunciendo mis cejas y estirando mi cuello—. A veces creo que ensaya todas las mañanas.

—Tu padre lo aprendió del suyo —me cuenta—. No es nuevo que los hijos quieren parecerse a sus padres, pero él siempre quería superarlo, y lo consiguió. Además, tu abuelo no era esa clase de hombres afectivos, así que nunca supo lo que era el amor y bueno... —Su gesto cambia en el momento en que se fija en mí—. Yo fui la tonta que creyó que se lo podría enseñar.

—El amor no se enseña... se siente.

—Habló la escritora...

—Ser como eres te hace diferente y especial, Adriana, así que no cambies nunca. No dejes que nadie te obligue a ser otra cosa o hacer lo que no quieres. —Me acaricia la mejilla con un par de dedos—. Uno es dueño de su propia vida, de sus decisiones, sus deseos y su corazón. Nadie debería cortarle las alas a nadie.

—No te preocupes, hace mucho que dejé de formar parte de su mundo. Me asfixia solo pensarlo —confieso—. Lo único que quiero es escribir, llegar al corazón de las personas a través de mis libros, y nada ni nadie me va a frenar.

—Prométeme que lo harás.

—Te lo prometo.



Adriana. Turchese, junio.

He perdido la cuenta de las horas que llevo aquí y debo admitir que lo que decían en los blogs sobre Turchese no tiene nada que ver con la realidad. El aire huele a salitre y la arena en la que estoy sentada perderá su magia una vez que se llene de gente a media mañana. El mundo se ha paralizado cuando he sumergido mis pies en el mar y con él también mi corazón. Desde niña me he sentido conectada con el mar, pero no le había dado importancia a todo esto hasta que escuché el arrullo de las olas y me dejé guiar por su melodía hasta aquí.

Con el agua acariciando mi piel he viajado hacia al pasado, a esos instantes de mi infancia donde aquella niña tímida y miedosa se aferraba con fuerza a la mano de su madre con la necesidad de sentir calor, amor y protección. Sé que en parte ella tiene culpa de mi sufrimiento, pero todo lo vivido ha forjado un carácter que me protege y me anima a seguir hacia adelante sin importar a quién me tenga que enfrentar. Soy muy consciente de que las cosas no serán fáciles, pero el que no arriesga no consigue ser feliz y ya va siendo hora de que mi madre y yo lo dejemos hacerse cargo de sus propios problemas.

A un par de kilómetros del lugar en el que me encuentro, puedo observar cómo avanzan los preparativos para la verbena que mencionó mi madre durante el viaje. Greta está emocionadísima y, para ser sincera, yo también. La idea de salir de fiesta juntas y dar la bienvenida al verano me parece la mejor manera de emprender este camino. Me encantaría tener una bola de cristal y saber qué me deparará el futuro, pero sé que no debo tenerle miedo.

Según el reloj, son las ocho de la mañana y me sorprende que el tiempo haya pasado tan rápido. Decido levantarme y regresar al paseo, caminar hasta la casa en la que nos hospedamos y cambiarme de ropa y ver qué planes tiene para hoy. Mi madre me comentó ayer que hoy daría un paseo a solas por el pueblo; sabía que le sentaría bien un cambio de aires, salir de casa y alejarse de todo, pero no imaginaba que la haría sentirse tan feliz.

Mientras camino por los accesos que conectan la playa con paseo del puerto iluminado aún por la luz de las farolas, me doy cuenta de que el pueblo está desierto. Anoche cuando salí a tomar una copa con Greta, estaba atestado de personas. Pero ahora mismo apenas pueden verse algunos grupos de pescadores preparando sus barcos para salir a faenar en un día que espero sea especial.

Estoy tan metida en mis pensamientos que pierdo el rumbo y, de un momento a otro, me freno para buscar hacia todas direcciones. No soy buena ubicándome, siempre me pierdo, así que no puedo salir de casa sin el teléfono y aunque he tomado conciencia de ello, hoy no lo he hecho.

—¿Perdida en el paraíso o te gusta tanto la pesca que estás buscando trabajo para el verano? —Cuando logro ubicar de dónde procede la voz de quién me habla, mis ojos chocan

con la imagen de un hombre montado en un preciso velero de casco azul. Veo la sorpresa en sus ojos en cuanto se acerca a mí, pero ese gesto pasa desapercibido ante mi estado de confusión—. ¿Te puedo ayudar en algo?

—Venía de la playa y... —Le dedico una sonrisa—. Me he perdido. Ayer me fue más fácil encontrar el camino de vuelta a casa. Todo es más sencillo cuando sigues a los demás, pero ahora... ¿es siempre así?

—Por lo general es un lugar tranquilo todo el año. Por ello lo elegí para vivir hace un tiempo —afirma mirando hacia todas partes sin fijar la mirada en un punto en especial—. A esta hora los turistas están...

—Durmiendo o recuperándose de la resaca. —Le interrumpo provocando que ría—. A mí no me van mucho las fiestas y las resacas, y suelo dormir muy poco, así que...

—Pues espero que no te pierdas la verbena de esta noche, es una tradición mágica. A todo el mundo que pasa por aquí le encanta. Cuando yo era un niño, mi familia y yo pasábamos los veranos por aquí y, a pesar de que yo era del grupo de los raritos, siempre me pareció increíble —me explica quitándose la capucha de la sudadera de la cabeza—. Pero bueno, deberías dormir más, te lo dice alguien que vive del mar. El sueño y las ganas de comer es lo primero que nos arrebató el corazón cuando estamos preocupados por algo.

—Supongo que sí... ¿Este barco es suyo?

—Es mío y de mi sobrina, ella estará a punto de llegar. Trabaja aquí conmigo haciendo rutas para los que desean descubrir qué se esconde en las grutas de los acantilados —añade con orgullo—. Este pueblo es precioso.

—Ya lo estoy viendo... —admito y, de repente, el silencio nos rodea. No sé por qué tengo la sensación de que le conozco de algo, pero me guardo mis preguntas y le dedico una sonrisa—. Creo que ya va siendo hora de que vuelva a casa. ¿Hacia dónde debo ir para encontrar la calle Rosetta?

—¡Claro! Eh... —Busca entre los árboles y levanta la mano señalando la dirección—. Si coges toda la avenida hacia arriba, no tiene pérdida. Siento haberte retenido.

—Muchas gracias y no se preocupe. Al contrario, usted tiene que trabajar y aquí está conversando conmigo.

—Por favor, trátame de tú. Soy Vittorio —se presenta levantando una mano que estrecho yo con suavidad—. Si alguna vez necesitas un paseo por el mar, o alguien que te haga de guía, ya sabes dónde encontrarme. Estoy seguro de que a Nicola no le importará acompañarte. Estamos aquí para lo que necesites.

—Espera, ¿has dicho Vittorio? ¿No serás...? —Entrecierro los ojos y repaso todas sus facciones chocando con ese lunar que es idéntico al que tengo yo y tiene mi padre—. ¿Vittorio Richeri?

—Así es... —responde entre confundido y sorprendido—. ¿Nos conocemos de algo?

Siento que mis labios se abren por la sorpresa, y no es para menos. La mañana en la que mi madre y yo quedamos para comer, no solo me habló de la fundación y del fatídico accidente de Theo. Descubrí que mi padre tenía un hermano pequeño, Vittorio, al que echaron de la familia hace años. Él no me conoce porque mi abuelo lo dio por muerto y nadie ha sabido nada de él desde entonces, pero es curioso que esté viviendo aquí en Turchese.

—No, no, es solo que... —Mis ojos se desvían hacia el casco del velero y entonces disimulo una sonrisa y señalo el mismo—. Supe tu nombre por las reseñas que tiene en

Internet. Hoy en día está todo allí —miento—. Al parecer sí son famosos los paseos que ofrecéis. Quizá me anime y traiga a mi madre y una amiga. Les encantará.

—Pues aquí estamos. Pasa un buen día y espero que disfrutes mucho de las vacaciones.

—Muchas gracias. —Me despido y empiezo a caminar sin mirar atrás. Me gustaría haberle dicho que soy su sobrina, la hija de su hermano Ángelo, el mismo que le dio la espalda y lo ha repudiado durante tantos años.

Una vez que alcanzo la avenida, no puedo evitar pensar en lo extraño y curioso que es el destino, en su capacidad para reunir a las personas que, por alguna razón, se necesitan. No sé si mi tío querrá saber algo de mí, si reconocerá a mi padre en mis rasgos o a mi madre cuando la vea, pero me alegra saber que él encontró la manera de seguir adelante sin el peso de su apellido, porque eso me da esperanzas y me grita que no todo está perdido.



Nicola. Turchese, junio.

Para ser el primer día de trabajo hemos tenido una jornada bastante tranquila. Yo esperaba más salidas, estar hasta tarde en el Stella y tener una excusa perfecta para no ir a la verbena, pero el destino no ha jugado a mi favor.

Llevo unas horas escondida en mi dormitorio y tras buscar mucho en el armario de mi madre, he encontrado algo que ponerme. No estoy acostumbrada a usar vestidos, yo soy más de bermudas y camisetas de colores, así que me he hecho con un vestido de color melocotón que se ata por los hombros con unos lazos y destaca mi piel y mi pelo negro. Algo diferente, pero que me gusta cómo me sienta. Además, los toques de maquillaje, colocarme unos pendientes y pintarme las uñas ha hecho que la mujer que se ve reflejada en el espejo no sea yo. Hacía mucho, quizá demasiado, que no me paraba a hacer algo tan sencillo como alisarme un poco más el pelo, y es extraño, pero lo echaba de menos.

A pesar de que deseo que esta noche sea maravillosa, tal como Fabian y mi madre predijeron días atrás, mi inseguridad me ha llevado a meter un cuaderno y algunos lápices en el bolso. Es posible que sea una locura, pero me conozco lo suficiente como para saber que encontraré la forma de escaparme y desaparecer de la fiesta. Debo ser sincera y agradecer a Fabian su consejo. Desde que me despedí de su hermana, me siento mucho más liviana, más tranquila y con una energía que hacía mucho que no tenía, aunque no sé si será suficiente.

Al bajar las escaleras, con unas sandalias de cuña altas que ni sabía que tenía, choco con la figura de mi madre frente al espejo del salón. No puedo evitar sonreír. Se ve espectacular con el vestido rojo que ha decidido usar esta noche y apenas puedo contener el deseo de abrazarla por la espalda y apoyar mi mentón en su hombro.

—Parece que hay alguien que quiere causar impacto —comento y reímos en conjunto—. A Vittorio le va a encantar. Estás preciosa.

—¿Tú crees? ¿No me he excedido con el rojo? Aún puedo subir y cambiarme... —Con la sonrisa pegada a mis labios, coloco mis manos en sus brazos y niego un par de veces—. El vestido blanco también era bueno, ¿no?

—Estás perfecta así. No digas tonterías.

—¿Tú estás de acuerdo con todo esto? —me pregunta por décima vez en el último par de días—. Sé que te lo he preguntado muchas veces, pero no puedo evitarlo. Ya sabes que me importa lo que piensas.

—Mamá, Vittorio es como un padre para mí. No creo que encuentres un hombre mejor en toda la isla. Además, a él le gustas, podría decir que desde hace mucho tiempo y no sé por qué ha tardado tanto en lanzarse —confieso acariciándole la mejilla. Mi madre mantiene su mirada puesta en mis ojos y aunque presiento que quiere decirme algo, lo único que recibo es un beso en la mejilla.

—No lo culpes. Yo no estaba preparada.

—¿Y ahora lo estás? —pregunto con curiosidad—. Yo solo deseo que seas feliz. Ya va siendo hora de que vivas tú también. Mírate... —La giro para que se enfrente a su reflejo en el espejo—. Cualquiera diría que eres mi hermana y no mi madre. —Rodeo su cintura con mis brazos—. Si Vittorio te hace feliz, no le pongas freno.

—Ay, mi niña... —suspira y coloca una de sus manos en mi mejilla—. Espero que esta noche sea mágica para ti también. No quiero que tu último verano sea triste y melancólico. Te mereces guardar un bonito recuerdo en tu memoria.

—Ya sabes que esta noche dejó de ser especial para mí cuando Noelia murió.

—Bueno, el verano dejó de tener su encanto cuando lo hizo tu padre —me confiesa tomándome por sorpresa—. Sé que nunca te he hablado mucho de él, pero cuando murió, le prometí que viviría cada verano como lo hacía con él, con una sonrisa en los labios. Y no he fallado a esa promesa nunca.

—Intentaré no romper la mía, te lo prometo.

—Ahora deberías irte. Fabian te estará esperando —me recuerda señalando el reloj de la cocina—. Yo esperaré a Vittorio aquí. Tened cuidado, ¿de acuerdo? Y no lo pierdas de vista, ya sabes que él y el alcohol no son buenos amigos.

—No lo haré.

Tras un beso más, me marcho de casa y comienzo a caminar. La casa de Fabian se encuentra tres calles más debajo de la mía, así que no tardo mucho en llegar. Decido no usar el timbre, golpeo la puerta en cuanto estoy delante y antes de que termine el repique habitual, aparece dejándome con la boca abierta.

—Vaya... ¿qué has hecho con mi mejor amigo y dónde lo has metido? —le pregunto en tono bromista. Él se ríe y me estrecha en un abrazo—. Estoy segura de que las chicas se rifarán un baile contigo esta noche.

—¿Tú te has visto? —Se aparta de mí para mirarme de arriba abajo—. Creía que no viviría nunca para verte con un vestido.

—Tampoco te pases. —Le sacudo un manotazo y él se echa a reír—. Que sepas que me ha costado mucho encontrar algo que me gustase.

—Pues estás preciosa.

—Gracias... —murmuro pasando mis manos por la falda algo nerviosa—. ¿Estás preparado para pasarlo bien esta noche?

—Lo estoy. Además, tengo la mejor acompañante que podría imaginar. —Fabian cierra la puerta, me sujeta de la mano y empezamos a caminar. El trayecto hasta la playa es un paseo de pocos minutos, así que me lo tomo con calma. No le he contado que hace unos días estuve en los acantilados, que me lancé al vacío tal como hizo su hermana el día que murió y que fue una estupidez porque casi estuve a punto de desfallecer de camino a la playa, pero tengo que hacerlo y ahora es el momento.

—Por cierto... —comento algo nerviosa—. Hace unos días estuve en los acantilados.

—¿De verdad? —Deja de caminar y fija su mirada en mis ojos—. ¿Y cómo fue? —pregunta—. Dime que no te lanzaste al vacío sola, porque si es así... te juro que te mato... —En ese momento soy incapaz de mentir y desvío la mirada hacia mis pies—. ¿¡Estás loca o qué te pasa! —replica buscando mis ojos—. ¡No puedes hacer eso! ¿Y si te hubiese pasado algo? Después de lo que le pasó a mi hermana... —recuerda y se le rompe la voz—. Te dije que te despidieses de ella, no que arriesgases tu vida.

En silencio, rodeo su cuerpo entre mis brazos y me quedo ahí, abrazándolo. Sé que cometí una estupidez, aún siento el cansancio en mis músculos, pero gracias a eso dejé atrás un peso que ya no llevo conmigo y lo agradezco.

—Siento haberlo hecho, pero todo está bien, ¿de acuerdo? Estoy aquí, mírame. —Me aparto de él y sujeto sus mejillas entre mis manos—. Sabes que lo necesitaba. —Los ojos de Fabian brillan, pero en cuestión de unos segundos, su sonrisa y su bonita risa rompe con todo—. De no ser por eso, hoy no estaría aquí.

—Mi hermana estaría feliz de ver que estás mejor, pero no hagas locuras, ¿de acuerdo? —Afirmo con suavidad—. Creo que te mereces pasarlo bien esta noche, bailar, beber algo, lanzar el farolillo y pensar que, por un momento, la magia existe y que todo lo que deseamos conseguir es posible.

Yo sonrío y lo hago porque no hay nada de malo en lo que dice. Al final, esta noche solo pasa una vez al año y no es malo vivirla y dejar atrás un pasado que siempre marcará el corazón de todos los que perdimos a Noelia aquella mañana.

—Supongo que tienes razón —admito después de pensarlo un poco—, pero no se te ocurra buscarme un lío porque te juro que te dejo solo en la playa.

—¿Lo harías? —Fabian me observa con fingida molestia y yo me echo a reír—. Sabes que tu madre no te lo perdonaría en la vida.

—Sabes que no, pero va en serio. No me busques un amor de verano.

—Te lo prometo. Aunque quién sabe, quizá seas tú misma la que lo encuentre.



Nicola. Turchese, junio.

Este año la verbena luce diferente. No sé si será por los colores o las luces de la decoración, pero darle la razón a Fabian y a mi madre no es algo a lo que esté acostumbrada, y ya me estoy imaginando la situación que se dará en los próximos días, cuando coincidamos los tres y me pregunten cómo lo pasé. En cuanto llegamos perdí de vista a Fabian, y aunque no estoy muy preocupada, no dejo de preguntarme qué estará haciendo.

Tras unas copas de *limoncello* bien frío he encontrado un lugar privilegiado en el espigón y me he sentado bajo una farola para dibujar y disfrutar de las vistas desde este rincón de la playa. En un principio pensé no hacerlo, pero esta noche la luna se ha dedicado a coser lentejuelas sobre el mar y no he podido evitar dejar constancia de ello en mi cuaderno. Llevo uno de los lápices que me traje entre los dedos y ya he empezado a trazar las líneas de un dibujo que espero termine convirtiéndose en ese lienzo que prometí que decoraría la pared de Pomodoro. Desde aquí puedo ver a todos bailar, huelo a salitre, la brisa choca con mi cuerpo y tengo todos los sentidos despiertos.

El día que le conté a Noelia que deseaba estudiar Bellas Artes en Roma, ella me preguntó por qué. Siempre he deseado convertirme en esa clase de artistas que son capaces de trasladarte a otro lugar del mundo con sus pinturas y por eso, al pintar, intento no abandonar nunca lo que siento.

No sé cuánto tiempo paso a solas hasta que escucho unos pasos que llegan desde el inicio del paseo. La madera cruje y aunque estoy centrada en lo que estoy haciendo, mi interés y curiosidad me llevan a buscar con la mirada de quién se trata, encontrándome con una chica que no conozco de nada y que, por un instante, confundo con Noelia. Sé que es imposible que ella esté aquí, pero mi cuerpo se petrifica y mis sentidos se nublan.

—Vaya y yo que pensaba que era la única a la que le aburrían estas fiestas.

No sé si es fruto del alcohol que llevo en la sangre o qué, pero es tal la conmoción que sufro que mis manos me tiemblan y el cuaderno que tengo apoyado en los muslos se me desliza hasta caer al agua. Tardo demasiado en reaccionar y, cuando lo hago, mis dibujos se han perdido en el mar.

—¡Joder! —Los ojos se me llenan de lágrimas al recordar que estaba repleto de recuerdos de mi pasado, de dibujos de Noelia y de otros instantes que pasamos juntas—. No, no, no... mierda... —Decido quitarme las sandalias, apoyar mis pies en las rocas y buscarlo por todos los medios—. ¿Dónde estás?

—No deberías de hacer eso —me aconseja y me resbalo un par de veces pero, al final, logro alcanzarlo—. Es la primera vez que veo a alguien arriesgarse por una tontería así —comenta la desconocida que ha transformado mi momento de paz en un desastre—. Vamos, ya te comprarás otro, tampoco es para tanto.

Con un araño en el tobillo, los pies repletos de algas y un enfado monumental

levanto la mirada y reparo con más detalle en la causante de que parte de mis recuerdos se hayan perdido en el mar. Si hay una cosa que no soporto es que la gente bromea sin tener idea de la valía que pueden tener para otras personas las cosas materiales. Yo abrazo el cuaderno empapado contra mi pecho, mojando mi vestido.

—¿Te parecería bonito perder en el mar parte de tu vida? —pregunto molesta—. ¿No tienes a otra persona a la que incordiar? ¿Familia? ¿Amigos? ¿Tu novio? ¿Te has perdido y has decidido venir a fastidiarme la noche? —Ella se echa a reír y yo suelto un bufido al darme cuenta de que los dibujos se han convertido en borrones de tinta.

—Menudo carácter... —El corazón me late a mil por hora, siento que las manos me tiemblan al descubrir varios bocetos de Noelia emborronados y me echo las manos a la cabeza intentando mantener la calma.

—Gracias, por cierto —digo buscándola con la mirada—. Se han ido a la mierda todos mis dibujos. Pero nada, ya tendré tiempo de comprarme otros, ¿verdad? —Sin ganas de decir nada más, empiezo a caminar para marcharme de allí.

—Eso de perder la vida en el mar ha sonado algo exagerado —responde provocando que frene mis pasos y me gire sobre mis talones—, pero si alguien tirase al mar uno de mis libros sería capaz de matar —reconoce sin más—. Antes de venir, leí que las personas de Turchese son tan cálidas que provocan que el pueblo se transforme en tu propio hogar... Pero, por lo visto, existen brujas en todas partes. Aunque, admito estar sorprendida. Es la primera vez que veo a una que no hace magia, sino que dibuja.

Yo era la que había decidido marcharme primero, pero ella se me adelanta y sin pedirme perdón por lo que ha pasado, desaparece. No sé por qué no me muevo, tampoco encuentro la razón por la que la persigo con la mirada, pero pasan minutos hasta que ella se reúne con Fabian y empiezan a hablar.

—Ya sabía yo que no me iba a hacer caso. —Antes de regresar a la playa, echo un último vistazo al cuaderno y me quedo con algunas hojas rotas en la mano. Odio haber perdido mis dibujos. Por unos segundos levanto la mirada hasta chocar con la luna en el cielo, ella me sonrío. Noelia decía que las cosas que vivimos con las personas que queremos nunca se pierden porque se quedan grabadas en nuestra piel y, de repente, recordarlo, me devuelve a mi estado de ánimo inicial.



Adriana. Turchese, junio.

La música se ha convertido en mi único acompañante desde hace ya un buen rato. Greta está colgadísima de Fabian y me niego a interrumpirlos por mi incapacidad de hacer amigos. No sé por qué me atreví a hacerle caso e ir en busca de su amiga, no me había cruzado nunca con una persona tan impertinente; pero bueno, cada uno recoge lo que siembra y tarde o temprano ella se caerá de culo y se dará cuenta de que no puede tratar a todo el mundo así.

Hace ya un buen rato que he dejado la pista de baile y he venido a la barra a buscar algo de beber. Estar aquí, lejos del barullo y la gente me ha permitido tener una visión algo más amplia de la playa y sus alrededores. Greta no tenía intención de liarse con nadie este verano, es más, pero desde que mi madre le habló del amor durante el viaje, cambió de idea. Ahora no deja de reírse con Fabian y disfruta de su compañía. Bailan pegados mirándose a los ojos, reduciendo su mundo a una mirada que comparten y, por extraño que parezca, siento celos de ella. Soy consciente de que he repetido hasta la saciedad que no estoy interesada en tener una relación, pero es mentira. En el fondo busco amor, como todo el mundo, y la compañía de alguien que me acompañe, con la que crecer, aprender, curar heridas y disfrutar de todo lo que sea que me depare el futuro.

Entre todas las personas que han acudido a la verbena me he encontrado a mi tío. No tenía ni idea de que se había casado, pero su mujer es preciosa. Verlos disfrutar, tanto o más que yo, ha provocado que piense mucho en mi situación. Vittorio, el hermano de mi padre, fue expulsado de mi familia por sus desavenencias con mi abuelo, pero eso no impidió que tuviese una vida feliz, que encontrase pareja y disfrutase de lo que más le gusta. Yo, en cambio, sigo sin enfrentarme por completo a mi padre, impidiéndome vivir, ser feliz y soñar alto. Me he dado cuenta de que no he dejado de huir, que sigo escondida porque le tengo miedo y es vergonzoso.

—¡Ey! ¿No te lo pasas bien? —Una chica que no conozco de nada, se coloca frente a mis ojos y apenas puedo ver otra cosa que no sean sus ojos color miel. Por un momento busco a Greta que está a dos o tres metros de mí y me guiña un ojo con una intención muy clara. Yo abro la boca sin saber bien qué decir, y después busco la pajita de mi cóctel de piña colada y hago como que bebo—. Había olvidado lo especiales que son estas fiestas de verano —añade y se acerca a mí—. ¿Te apetece bailar? —Yo pestañeo, me muevo en mi lugar y le parezco tan rarita que sale huyendo, dejándome a solas de nuevo.

Sí, soy estúpida. Soy incapaz de disfrutar como lo hacen todos los demás, con la mente en blanco, sin miedo a nada, sin pensar en lo que pasará en cuanto deba regresar a casa. Me siento frustrada por no tener bastante dinero para irme a otra parte, pero sé que ahora mismo la única forma de conseguirlo que tengo es usando mi apellido. Y me niego.

En pocos minutos, llegará el momento más álgido de la noche: el lanzamiento de los

farolillos. Queda muy poco y no dejo de preguntarme cuándo se dará todo. De repente, el volumen de la música desciende y todas las personas comienzan a juntarse. Por megafonía se anuncia que los asistentes debemos ir a recoger el farol de papel a una caseta que hay próxima a donde me encuentro, así que decido ser de las primeras en hacerlo. Una vez que lo recojo, le agradezco a la mujer que me lo entrega y comienzo a caminar por la playa mientras intento como desplegarlo sin romperlo. Ni siquiera tomo conciencia de la dirección que toman mis pasos hasta que mi cuerpo tropieza con el de otra persona, el farol se me cae de las manos y recibe un pisotón que lo destroza de inmediato.

—¡Joder! ¿¡Por qué me pasan todas las cosas a mí!? —suelto un bufido y me agacho para recogerlo—. Hubiese sido mejor no salir de casa, Adriana, bravo.

—¿Estás segura de eso? —Quiero creer que la pregunta no va dirigida a mí, pero cuando unas manos contrarias sujetan el farol destrozado, pongo toda mi atención y mi cara se convierte en un cuadro de Vasili Kandinsky: una mezcla de emociones que son inexplicables y no tienen por dónde hilarse—. Primero mi cuaderno, ahora esto... creo que no tienes la mejor de las suertes —comenta. Impresionada, me tomo un par de segundos para mirarla. Ni siquiera me había fijado en sus ojos negros o en el lunar que perfila su labio superior de una manera tan sexy y atractiva—. Siento haberlo destrozado.

—No pasa nada, he sido yo la torpe.

—¿Lo ves? No cuesta mucho pedir perdón cuando ocasionamos un incidente. —Orgullosa como soy, suelto un bufido y se lo robo de las manos para intentar arreglarlo pero lo único que consigo es empeorarlo—. Ya no tiene remedio —dice ella y un segundo después coloca una de sus manos sobre las mías frenando mis intenciones—. Tengo una idea, ¿compartimos el mío? Creo que mi amigo está ocupado colocando su mensaje en el farolillo de esa chica de allí, así que me queda un hueco.

—Greta lo tiene abducido desde hace horas. —Me llevo una mano a mi pelo para apartarlo de mi cara—. ¿No te importa compartirlo? Lo digo porque no vaya a ser que mi torpeza acabe con tus sueños... —suelto con ironía y, al contrario de molestarla, se echa a reír. Debo admitir que la mujer que tengo delante dista mucho de la que encontré en las rocas y eso me hace sentir cómoda.

—No me importa siempre y cuando me dejes encender a mí la llama. No quiero que nuestros deseos acaben quemados antes de ser lanzarlos al aire —añade antes de dedicarme una sonrisa divertida—. ¿Ya has pensado qué es lo que quieres escribir?

—Sí, ¿y tú?

—Yo no suelo escribir, solo dibujo —me responde—. Pero no te preocupes, no me llevará mucho tiempo hacerlo.

En silencio, observo como despliega el papel y coloca los alambres en su sitio en un intento por guardar en mi memoria cómo se hace. Ella no tarda mucho en sacar un rotulador de su bolso y comenzar a dibujar una bandada de pájaros que vuelan en todas direcciones. Quiero preguntarle qué significan, pero decido guardar silencio a pesar de que mi curiosidad me come por dentro.

—Bueno, ahora te toca a ti.

—Veamos... —Me muerdo el labio y en cuanto tengo la posibilidad de escribir, mi inspiración no llega. Sin embargo, cuando pongo mi atención en lo que me rodea: en la risa de la gente, la fogata, el mar, las estrellas y la mirada de la bruja en el espigón, uso todo eso para escribir lo primero que viene a mi cabeza—. *Hay deseos que he querido cumplir desde*

que era una niña. Otros que he dejado pasar y unos cuantos que han sido creados de la nada y al compás. Hoy quiero libertad, volar lejos, alcanzar el cielo y no caer jamás. Deseo sonreír, ser quien soy, vivir y rodearme de aquellos que sean capaces de amarme sin más. —Una vez que termino, agrego unas comillas a los lados, sonrío y cierro el rotulador—. No se ve nada mal, ¿eh?

—La verdad es que no.

Lo que sucede después, es pura fantasía. El cielo se despliega ante nuestros ojos repleto de luces que se levantan y se convierten en un manto de estrellas doradas que sobrevuela nuestras cabezas y toma rumbo hacia el paraíso. Todo parecía un desastre después de lo que pasó en el espigón, pero ahora me siento feliz dándole la bienvenida a un futuro en el que mis deseos se conviertan en realidad. Guardo la respiración unos minutos y, al girarme en busca de mi acompañante, me doy cuenta de que se ha marchado dejándome a solas en una orilla repleta de gente. Me hubiese gustado tener un par de minutos más para disculparme con ella por lo que pasó, pero espero tener la oportunidad de hacerlo en otro momento.

MEMORIA



Verano de 1991

Cuando Theo dejó atrás la villa aquella noche, los nervios le encogían el estómago. Días atrás le había prometido a Bice que sería una noche especial, que bailarían y disfrutarían hasta el amanecer; pero había algo que solo él conocía y es que, después de lo sucedido con Ángelo, en lo único que pensaba era en confesar sus sentimientos. No podía permitir que su relación con Bice se rompiera por su incapacidad de enfrentarse a sus propios miedos, así que estaba decidido y nada ni nadie iba a frenar sus intenciones.

Turchese estaba en su pleno apogeo. Desde donde se encontraba podía ver a los turistas en la playa y la música se mezclaba con el de sus gritos de felicidad. El cielo, salpicado de estrellas, le recordaba a las pecas que bañaban las mejillas de Bice, y la luna brillaba con tanta intensidad que iluminaba las olas que rompían suaves contra la orilla. Era su segundo año, pero Theo sabía que jamás podría olvidar esta noche por mucho que pasase el tiempo.

Vestido con una camisa blanca de lino y unos pantalones beige, Theo había dejado de ser ese chico asalvajado para convertirse en un príncipe encantador. Le había dado tantas vueltas a su peinado que su pelo caía hacia adelante formando un remolino que acentuaba sus cejas y sus ojos marrones. A pesar de que parecía tranquilo, su mente iba y venía recordándole cada una de las cosas vividas con Bice a lo largo de los últimos días, en lo que sentía por ella, en la tensión y atracción que ella le generaba y lo mucho que le gustaba. Tan solo un tonto pondría freno a sus emociones, y esa noche deseaba liberarse y olvidarse de todo lo demás.

Bice estaba en la verbena desde hacía unas horas ayudando a sus padres en uno de los puestos de comida. Llevaba puesto un vestido azul marino que resaltaba sus ojos y su pelo dorado caía en suaves ondas sobre sus hombros. Theo la reconoció entre todas las personas al instante y necesitó tomarse unos minutos para calmar sus nervios y también su corazón. Siempre que la veía todo a su alrededor se desvanecía. Empezaba a creer que su sirena era capaz de hacer magia porque en su presencia flotaba como lo hacían las nubes. Todo era mágico, había algo extraño que lo hacía vibrar y eso le encantaba.

—¡Theo! —gritó ella llamando su atención. Habían pasado semanas desde su reencuentro y en ese momento, Bice se percató de lo mucho que había cambiado en un año. Era atractivo. Danny Zuko, el personaje de Grease, su película favorita, no tenía nada que hacer a su lado y a ella le temblaban las rodillas cada vez que él sonreía.

—Vaya, estás... —Theo sonrió y Bice se mordió el labio escondiendo una sonrisa inocente que le robó un suspiro—. Estás preciosa esta noche.

—Tú también te ves bien.

—¿Me esperas un momento? —preguntó y, al verlo marchar, Bice lo persiguió con la

mirada. Jamás habría pensado que se enamoraría en Turchese, estaba segura de que lo haría de algún chico que conocería en Roma, pero ahí estaba, con el corazón saltándole en el pecho y dispuesta a vivir la aventura de un verano más. Theo se acercó a Gemma y le pidió perdón por la escena que protagonizó y cuando regresó al lado de Bice, extendió su mano—. ¿Te gustaría bailar conmigo? —Bice puso su mano sobre la de él sintiendo una chispa de electricidad en el contacto, y se dejó llevar por él hasta la pista de baile. La música los envolvió y en cuanto Theo la sujetó por la cintura atrayéndola hacia su cuerpo, el mundo se detuvo en sus miradas.

Durante minutos eternos giraron, disfrutaron, rieron y se mecieron al compás de sus corazones, de la vida y el mundo. Estaban hechizados, embelesados, atolondrados y ya no podían poner freno a lo que sentían.

—¿Sabes? He estado pensando mucho en nosotros... —dijo Bice en voz baja, con sus ojos brillando aún más gracias a los farolillos de colores que colgaban sobre sus cabezas.

—¿Debería ser sincero y decir que yo tampoco he podido dejar de pensar en ti?

—Quiero que sepas que... —empezó Bice, pero sus palabras se quedaron en el aire cuando Theo inclinó la cabeza y sus labios se encontraron en un beso suave y tierno. Quizá pareciera demasiado lanzado y un loco por hacer algo así a pocos metros de los padres de la joven, pero estaba seguro de que aprobarían todo aquello. El beso fue como una explosión de emociones contenidas. Los meses de espera, las semanas de tensión, las miradas furtivas y las sonrisas tímidas culminaron en ese instante. Sus labios se movieron al unísono explorándose mutuamente con una mezcla de pasión y ternura que los encerró en una burbuja, en una cúpula vacía donde tan solo existían ellos dos y su propio mundo.

Una vez que se separaron estaban sin aliento pero sus miradas hablaban mucho más que mil palabras. La música continuaba, pero para ellos solo existía el latido de sus corazones bailando el mismo compás y la sensación de vibrar.

—¿Y si nos vamos de aquí?

—¿Estás segura? —preguntó Theo y, al recibir la confirmación que necesitaba, sujetó su mano y la sacó de la multitud, caminando hacia las dunas, donde el sonido de la música era más suave y las luces apenas llegaban. Se sentaron en la arena tomados de la mano y al poner Theo sus ojos en ella supo que era el momento perfecto de hacer lo que tanto miedo le daba.

—Bice, hay algo que he querido decirte, pero no sabía cómo —habló mientras que la miraba—. Te quiero. No sé cómo explicarlo pero desde que te vi el verano pasado en ese columpio... —recordó con una sonrisa en los labios—. Cada momento contigo es un sueño del que no quiero despertar. Me gustas mucho y quisiera que fueses mi novia.

A tan solo unos metros del lugar en el que se encontraban, un castillo de fuegos artificiales estalló pintando el cielo de color y Bice sonrió. Su madre tenía razón, Theo era encantador, un príncipe, el suyo; estaba enamorada y más de lo que imaginaba.

—Yo también te quiero a ti, desde el primer día. —O quizá mucho antes de eso, en sus sueños de niña, en sus cuentos de hadas, en sus historias de príncipes y princesas—. Y me hace feliz...

Después de aquello se besaron, pero esta vez con mucha más intensidad. Las manos de

Theo recorrieron la espalda de Bice notando la suavidad de su piel en la yema de sus dedos, y ella respondió con el mismo fervor, deslizando sus manos por ese pelo negro azabache que tan similar a la noche parecía.

Todo pasó demasiado rápido. Eran dos adolescentes enamorados. La pasión entre ellos creció con la rapidez que el fuego engulle la maleza seca en un incendio y, sin palabras, comenzaron a explorarse como nunca lo habían hecho antes. Theo bajó las tiras del vestido de Bice dejando que este cayera con suavidad sobre su cintura y, a pesar del miedo y la torpeza, se dejó guiar por las manos de ella para descubrir cada tramo de su cuerpo.

Tenían diecinueve y dieciocho años. Sus labios estaban hinchados y rojos por la intensidad de sus besos, y el corazón les latía desbocado en el pecho. Bice dejó escapar un suspiro cuando él acunó con una mano uno de sus pechos y todo lo que deseó en ese instante es que Theo no dejase de tocarla. Eran nuevos en ello, no sabían lo que hacían y el instinto los guiaba, pero era tan perfecto que se olvidaron del miedo. La besó de nuevo, la desnudó con cuidado disfrutando de cada momento, de cada descubrimiento y al unirse fue como si el universo entero conspirase para hacer de ese acto algo perfecto. Sus cuerpos se movieron al unísono guiados por las emociones. Las olas del mar, el susurro del viento y el murmullo lejano de la verbena crearon una sinfonía de fondo que los envolvió. Cada caricia, cada suspiro, fue una declaración de amor. La conexión se intensificó y cuando alcanzaron el clímax fue como si un vendaval de energía los empujase hasta el cielo. Sus cuerpos se estremecieron y se aferraron el uno al otro compartiendo ese momento de éxtasis con una intensidad que jamás habían conocido.

—Nunca había sentido algo tan fuerte por nadie... —confesó Theo en voz baja.

—Y yo tampoco. Esta noche ha sido... mágica —reconoció Bice, acurrucándose en su pecho.

Permanecieron juntos, bajo el cielo perlado de estrellas durante horas, disfrutando de la cercanía y el contacto. Sabían que esa noche sería un recuerdo imborrable, un momento que los uniría para siempre y que nadie podría borrar como lo hace el mar con las huellas a la orilla de la playa.



Adriana. Turchese, junio.

Turchese al amanecer es mucho más bonita que a medianoche. Aunque debo admitir que después de la magia de los farolillos, es posible que nada me parezca tan divino como aquello. El silencio que se respira por las calles del pueblo es sanador e inspirador. Mientras camino descubriéndolo todo, me pregunto qué llevó a mis abuelos a elegirlo su lugar vacacional. Tenían dinero suficiente para ir a cualquier parte del mundo, sin embargo, llegaron aquí y durante un tiempo lo disfrutaron.

Mi madre me contó que todo el mundo por aquí los conocía, así que caminar por estas calles hace que me sienta partícipe de una historia que ni siquiera yo escribí. Cabe la posibilidad de que las personas de la edad de mis padres aún recuerden lo que pasó con Theo, aunque está claro que no voy a ponerme a preguntar por un tema tan escabroso.

Desde el paseo del puerto, el mar se viste de tonos turquesa tan vivos que no recuerdo haberlos visto nunca. Puede que Roma y Cerdeña compartan mares en común, pero todo es tan diferente que parece un mundo muy diferente al que conozco. De no ser porque mi estómago ruge, me quedaría sentada en la arena durante horas, me dejaría llevar por la brisa que sigue moviendo mi pelo y me zambulliría en el agua hasta tener las palmas de las manos arrugadas, pero me muero por encontrar algo rico que desayunar.

El extremo opuesto del puerto es más familiar, menos turístico, más sencillo y las casas se mezclan con negocios pequeños. He visto un estanco, un pequeño puesto de dulces y golosinas, incluso una floristería, pero entre todo lo que ha llamado mi atención es un pequeño restaurante —Pomodoro— cuya terraza linda con la playa que hay al otro lado de las dunas y la arboleda. Cuando me decido a entrar, lo primero que me recibe son las mesas, adornadas con flores y una mantelería en tono violeta. Busco el letrero y, al ver que está abierto, camino hacia el interior del local y mis ojos se quedan pegados a las fotografías y las pinturas que decoran las paredes. En Roma no hay muchos locales así de cálidos y sencillos, allí todo es más excesivo, más llamativo.

Todo está en silencio y, por un momento, tengo la sensación de haber llegado demasiado pronto, pero al marcharme, me veo sorprendida por una mujer que reconozco al instante: la mujer de mi tío, y eso provoca que sonría. Va a ser cierto eso que decían en los blogs de que en este pueblo todo puede suceder, porque no dejo de verme envuelta en demasiadas casualidades.

—Disculpa, no suelo tener muchos clientes a esta hora...

—¿Aún está cerrado? Puedo venir en otro momento... —La observo negar y su sonrisa hace que me sienta como en casa—. El letrero ponía que estaba abierto.

—Sí, tranquila, suelo estar aquí temprano porque los pescadores buscan siempre un lugar donde tomarse un café caliente y... —comenta señalando un taburete con una mano—. ¿Qué te pongo? Si me dejas aconsejarte, yo aprovecharía y me pediría un trozo de tarta

de mango. Mi hija dice que es capaz de despertar a los muertos e inspirar a los vivos, así que...

Mi tío se ha casado, es padre, y toda esa información provoca que me sienta la peor persona del mundo. Somos familia y de no ser porque mi madre me enseñó un montón de fotografías, ni siquiera le habría reconocido.

—La verdad es que me encanta...

—Entonces te serviré una porción ya mismo.

—Por cierto, me llamo Adriana —le digo en un intento por entablar conversación y conocerla un poquito más—. Estaré por aquí unas semanas, así que un trocito de esa tarta me vendrá muy bien. Necesito un poquito de inspiración estos días.

—Yo soy Bice, es un placer, cariño.

—Este restaurante es precioso... —Me sonrío—. Como todo el pueblo.

—¿Te gustaría algo de beber?

—No sé qué puede quedar bien con el mango... —dudo y levanto la mirada fijándome en las fotos que hay a mi derecha—. ¿Un batido quizá?

—Perfecto. ¿Y dices que necesitas inspiración? ¿A qué te dedicas?

—Soy escritora —menciono con orgullo a pesar de no ser un trabajo como tal—. Es tu padre, ¿verdad? —Ella afirma y le dedico una sonrisa—. Parece un hombre muy tierno.

—Era un hombre maravilloso. Un poco testarudo y con mucho carácter, pero era el mejor. —Su voz adquiere ese tono triste y melancólico que a cualquiera podría encogerle el corazón—. De no ser por él, yo no existiría, así que agradezco el esfuerzo que puso para hacerme sentir feliz y orgullosa de ser quién soy.

—Ojalá yo tuviese un padre como él... —La tristeza en los ojos de Bice desaparece y se esconde bajo una mirada de preocupación que la acompaña hasta colocar una porción gigantesca de tarta frente a mí—. Yo no he tenido tanta suerte y, por extraño que parezca, no lo echaría de menos.

—No se necesita de un padre para vivir, pequeña. —Se apoya en la barra y me dedica una sonrisa—. Yo tuve suerte de tener el mejor, pero hay muchas personas que... —suspira y se queda mirando el plato—. Mi hija se crio sin el apoyo del suyo....

—¿No tiene padre? —Bice niega y después, sonrío—. Pero el destino provocó que fuese acogida por los brazos de un hombre maravilloso que la quiere como si fuese suya.

—Ahora entiendo. Tu hija debe ser una niña encantadora.

—¿Niña? —Bice se echa a reír y yo la miro sin saber qué le hace tanta gracia—. Niki tiene treinta y dos años.

—¿Cómo es posible...? ¿Tú...? ¿Cuántos años tienes?

—Una mujer nunca revela su edad —responde colocando un vaso de leche junto a la tarta—. Ahora come, está mejor fría. Me dices si necesitas algo, ¿de acuerdo?

El tiempo pasa rápido, y entre algunas risas y anécdotas termino mi desayuno y regreso a la calle. Le he prometido a Bice que volveré pronto y que quizá lo haga con mi madre. La idea tonta de reunir a toda la familia no deja de golpearme en la cabeza y cuanto más pienso en ello, más perfecto me parece. Greta diría que estoy loca, que las cosas así a la fuerza no se hacen, pero ahora mismo lo que más deseo es sentir que no estamos solas y que pase lo que pase, siempre podremos contar con ellos.

Al regresar a la realidad, me doy cuenta de que he vuelto a equivocarme de calle. Mi mala orientación hará que algún día me meta en problemas; me coloco las manos en la

cintura y giro sobre mí misma para poner en funcionamiento mi memoria e intentar encontrar la dirección. Sin embargo, no lo hago, suelto una maldición al aire y me dejo caer en un banco.

De pronto, me veo sorprendida por el ruido de una puerta al cerrarse tras de mí y cuando me giro no me lo puedo creer. La bruja está justo delante de mí, pero bajo el sol de la mañana se ha convertido en una princesa, y no solo me sorprende, sino que se me abre la boca y me quedo muda por un momento.

MEMORIA



Verano de 1991

El tiempo pasa muy despacio cuando hay algo que no va bien, y Bice vivió la última semana de vacaciones a paso lento. Su cabeza estaba embotada, apenas había podido dormir porque el recuerdo de Theo la atormentaba y su estómago, encogido, se negaba a dejarla disfrutar de los platos que elaboraba su padre con tanto cariño. Lo echaba de menos, muchísimo, y cada vez que observaba el mar lo único que deseaba era salir corriendo del restaurante y buscarlo. Aunque no sabía muy bien por dónde empezar, ya que no tenía forma de descubrir dónde se hospedaba.

Tras la pelea que habían protagonizado los dos, su padre le había prohibido acercarse a ellos. Lorenzo no quería que su hija se viese con esa clase de chavales, mientras que Gemma sabía que había sido una pelea sin importancia.

Aquella mañana el sol apenas comenzaba a romper el día y el aire fresco del mar se mezclaba con el aroma a pan tostado y café procedente del desayuno.

Las mesas de Pomodoro estaban dispuestas de manera ordenada, con manteles de un color blanco impecable y centros de mesa con flores frescas decorándolas. Bice movía las sillas colocándolas en su posición, siguiendo el patrón que su madre le había enseñado, pero su cabeza estaba en otra parte. Sus pensamientos estaban tan revueltos como uno de sus batidos de frutas favorito. Se encontraba en el ojo de un huracán formado por sus emociones y no sabía cómo escapar de él. Gemma, al contrario que su marido, sabía que su hija debía encontrar una solución a su situación por sí misma, pero habían pasado muchos días y tenía que actuar. Bice era su pequeña, su ratita, y no iba a permitir que pasara más días sin comer.

Su hija solo necesitaba un empujón y decidió dárselo.

—¿Cómo te sientes hoy, pequeña? —le preguntó mientras colocaba un juego de cubiertos sobre una mesa—. ¿Se te ha asentado un poco el estómago? —Bice suspiró al escuchar las preguntas de su madre y dejó caer los hombros sin tener idea de lo que responder.

—La verdad es que no me encuentro muy bien, mamá. Estoy...

—Hecha un lío —la interrumpió y acarició su espalda con suavidad. Ella también había pasado por esa situación y sabía que no era fácil—. Es normal, cariño, a veces los sentimientos pueden ser tan intensos como el pesto de papá —le susurró colocando una mano al lado de su boca para evitar que Lorenzo la escuchase. Su hija sonrió y ella le regaló un beso en la frente—. Pueden abrumarte, pero no está mal. Sé que quieres mucho a Theo y que te asustó verle pelear así, pero estoy segura de que se arrepiente de ello.

—Es posible, pero... —Gesticuló con las manos—. ¿Cómo pudo golpearlo de esa manera?

—No lo sé, cariño. Supongo que tendrás que preguntárselo a él. —Bice suspiró porque

su madre tenía razón—. Pero antes, debes tener en cuenta que todos cometemos errores, y que lo que de verdad importa es cómo se aprende de ellos.

—¿Y si él no lo hace? —Gemma sonrió con ternura.

—Bueno, esas cosas no pasan de la noche a la mañana, pero le considero un buen chico —comentó con gracia—. La pregunta que debes hacerte es, si quieres seguir a su lado. No importa lo que diga tu padre, ya sabes cómo es. ¿Él te gusta lo suficiente como para darle una segunda oportunidad?

—¡Claro que sí!

—Entonces búscalo y habla con él, escucha lo que tiene que decir y ya está. Theo es encantador y hacéis una pareja monísima —aseguró provocando que a su hija se le tiñeran las mejillas de rojo—. Sería una pena que rompíes con él antes de la verbena. Además ni siquiera le has dicho lo que sientes.

—Y no se lo diré. Theo ha estado muy raro, y tengo la sensación de que algo malo va a pasar.

—Verás como no. —Rio y se abrazó a su hija para apoyarla. Se parecía tanto a ella a su edad que, cada vez que la miraba, no podía evitar viajar a esos momentos de su adolescencia en los que sus emociones revoloteaban dentro de ella como una nube de mariposas dejándose arrastrar por el viento—. Y si pasa, recuerda que tu padre y yo siempre estaremos a tu lado.

La mañana transcurrió en una relativa calma. A pesar de la actividad constante, Bice no dejó de pensar en Theo. Recordaba sus risas compartidas durante el verano pasado, los secretos que se confesaron y las promesas que se hicieron a través de todas las cartas que habían compartido. Quería estar con él, lo necesitaba; y, de repente, mientras limpiaba una mesa y la campanilla de la puerta la obligó a levantar la mirada, su deseo se hizo realidad. Theo estaba parado en la entrada con una expresión de nerviosismo que se borró de su rostro cuando ella se acercó corriendo a él y se colgó de su cuello. En ese instante no importó nada más que ellos, porque el primer amor es así, te ayuda a perdonar y te invita a volar.



Nicola. Turchese, junio.

Son muchas las cosas que rondan en mi cabeza y pocas de las que me puedo escapar. Tengo muy presente la discusión que tuve con Fabian a nuestro regreso de la verbena, las veces que me recriminó el haberme comportado fatal con una chica que solo quería conocerme y disfrutar de la noche. Ni siquiera he podido contarle que, al final, lanzamos juntas el farolillo, pero he preferido dejarlo estar y centrarme en lo que importa de verdad.

Apenas ha empezado el verano y no hay un momento del día que el Stella se quede varado en el puerto. Vittorio me mostró las reservas que tenemos esta semana, y casi que no tendremos un hueco para poder respirar. Podría celebrar que ganaré un poco más de dinero, pero estoy cansada y la idea de no poder descansar, me agobia. Me encantaría tener tiempo para sentarme bajo la sombra de un árbol y disfrutar, tal como me dijo mi madre que debería hacer este último verano en Turchese.

Con la cabeza en las nubes y algo dormida, abandono mi casa y me tomo un par de segundos para respirar la brisa de la mañana. Siempre la he considerado el antídoto perfecto para la falta de sueño, pero ella no es la única cosa que logra despejar todos mis sentidos. Sino una chica a la que apenas me di la oportunidad de conocer y que me temo, se ha vuelto a perder.

Ahora, gracias al sol, me doy cuenta de que su pelo es dorado y liso, que sus pestañas son tan oscuras que acentúa el color azul de sus ojos, y que su cuerpo... escondido bajo el vestido de algodón blanco que lleva puesto, tiene unas curvas similares a las que luce la costa amalfitana. Sé que también está sorprendida al verme por la expresión de su cara, así que sonrío y me animo a acercarme a ella.

—¿Le preguntaste a Fabian dónde vivía y has venido a pedirme disculpas por lo de la otra noche? —pregunto con curiosidad mientras me sujeto el pelo en una coleta alta.

—Habló ella, la que me dejó tirada en la playa sin más. —Se cruza de brazos apoyándolos en su pecho—. ¿Tú lo ves normal?

—Lo que no es normal es que me estés riñendo. No eras mi cita, ¿o sí? —Ella se sonroja y, por un instante, soy incapaz de sonreír—. ¿Qué es lo que haces aquí parada? ¿Te has pedido o qué?

—Sí —afirma y, sin poner atención en mí, se sujeta un mechón de pelo detrás de la oreja—. Estaba segura de que no me equivocaba de dirección, pero tengo la costumbre de divagar y no prestar demasiada atención a lo que me rodea.

—Todas las casas son iguales por esta zona, y si no estás acostumbrada es normal que te confundas —la interrumpo antes de echarle un vistazo a mi reloj—. Tengo unos veinte minutos de sobra antes de entrar a trabajar, ¿en qué número vives?

—En el cuarenta y dos. ¿Está muy lejos de aquí? No quiero que llegues tarde al trabajo.

—¿Ahora te preocupas por mí?

—¿Ahora te preocupa mi trabajo? —Mi pregunta se escapa de entre mis labios como un dardo venenoso que me arrepiento de haber lanzado casi de inmediato. Ella baja la mirada y veo arrepentimiento en sus ojos—. No me lo preguntaste, pero el cuaderno que perdí ayer era como un diario para mí. Estaba lleno de cosas que no quiero que desaparezcan de mi memoria. Me disculpo por haber reaccionado de aquella manera contigo.

—Podías haberlo mencionado antes de comportarte como una...

—Tú me llamaste bruja. —Busco su mirada—. Creo que estamos en paz, ¿no te parece?

—Bueno, vale, tú ganas. Siento lo que pasó... —admite dándose por vencida—. Yo no quería que acabase en el agua, pero tú tampoco estabas en tu derecho de tratarme como lo hiciste —añade formado una mueca muy graciosa en los labios—. A mí no me gustan los lugares llenos de personas, Fabian me dijo que tenía una amiga que era como yo y me acerqué sin más intención que la de conocerla. No pretendía estropearla la noche.

—En eso coincidimos —comento frenando mis pasos—. Yo le prometí a Fabian y a mi madre que lo pasaría bien esa noche, y bueno... me comporté como una imbécil —afirmo echando un vistazo a la casa que hay a mis espaldas—. Creo que hemos llegado.

—No debería molestarte más —suelta un suspiro—. Gracias por ayudarme. Nos vemos, o bueno... —Se encoge de hombros sin saber qué más decir—. Que te vaya bien.

—Gracias.

Sin demasiada prisa, decido quedarme donde estoy y asegurarme que entra en casa. No es que tema que se vaya a perder, pero no lo puedo evitar. Ella ni siquiera se da cuenta de que la persigo con la mirada, de que me asombra la belleza de su pelo, la manera nerviosa con la que se sujeta el vestido o esas pecas que acarician con suavidad sus hombros. Al menos durante un tiempo, porque cuando se gira y nuestras miradas se encuentran de nuevo, la que se pone nerviosa soy yo.

—Por cierto, ¿cómo te llamas?

—Nicola —consigo decir—. ¿Y tú?

—Adriana —responde moviendo las llaves entre sus manos—. Gracias por acompañarme.

—No hay de qué, pero lleva cuidado la próxima vez.

Cuando escucho que la puerta se abre, me doy media vuelta y empiezo a caminar. Estoy segura de que Vittorio me estará esperando con ese gesto acusador que acostumbra a poner cuando llego tarde, así que intento darme un poco de prisa.

—¡Oye, Nicola! —La voz de Adriana llama mi atención, aunque no tanto como su mano una vez que me sujeta del brazo y frena mis pasos. Está fatigada y eso significa que ha corrido hasta mi encuentro—. Lo siento, es que...

—¿Te has vuelto loca o qué te pasa?

—¿Qué significaban las gaviotas que dibujaste en el farolillo?

—No suelo contarle esa clase de cosas a nadie —comento levantando una ceja—. Pero quizá te lo cuente en algún momento. Apenas nos conocemos.

—¿Eso significa que nos volveremos a ver?

—Nunca se sabe. —Su risa se mezcla con el canto de los pájaros y, por instinto, llevo la mirada hasta mi reloj—. Si te pierdes de nuevo o necesitas ayuda, ve al puerto y busca el velero Stella Marina. Tiene el casco de color azul. Pregunta por mí. Vittorio te dirá dónde encontrarme.

—Qué coincidencia... —murmura con una mezcla entre sorpresa y confusión—. Te veré allí entonces. Que te vaya bien el día.

Se marcha y me deja ahí, en mitad de la calle, preguntándome por qué ha dicho que es una coincidencia.



Adriana. Turchese, junio.

Aunque me he metido en casa a toda prisa y con una sensación extraña encogiéndome el estómago, me he quedado junto a la ventana observando como Nicola caminaba calle abajo rumbo al trabajo. No entiendo cómo es posible que hayamos pasado de gritarnos en el espigón a sonreírnos de la manera en la que lo hemos hecho. La consideré una estúpida, una bruja, y ahora ha resultado ser encantadora, risueña y sorprendentemente atenta. Por un momento he sentido que se me enrojecían las mejillas, que necesitaba conocerla un poco más y dar respuesta a las preguntas que se me quedaron atoradas dentro tras su huida repentina, pero me he visto atacada por unos sentimientos que no esperaba sentir por nadie en este momento.

Con la cabeza hecha un lío y tras recomponerme un poco, decido regresar a mi dormitorio y meterme de lleno en la escritura de mi novela. Gracias a la tarta de Bice, y a la conversación que hemos tenido, me han llegado varias ideas que poner en práctica y no quiero olvidarme de ellas. Por fin siento que estos días en Turchese han llegado para liberarme de la tensión que tenía dentro y ser un poquito más feliz.

—¿Qué te trae tan sonriente, cariño? —pregunta mi madre desde el salón, envuelta en una pequeña sábana, con la luz tenue del televisor iluminando su rostro cansado. Odio esta enfermedad, unos días tiene mucha fuerza, pero otros, como el de hoy, se derrumba y la obliga a estar en cama.

Decido hacer una pausa a mis pensamientos y dejarme caer en el sofá con ella. No sé por dónde empezar, tampoco es que tenga mucho que contar, pero estoy segura de que se alegrará al saber lo de Nicola.

—He conocido a alguien —le explico—. Bueno, no es que la conozca mucho, ayer tuvimos un pequeño encuentro en la verbena y hace unos minutos me encontré con ella en la calle, pero ha sido muy diferente a lo que pasó ayer... —La expresión de mi madre cambia, se acomoda sobre los cojines y me mira con ese brillo especial en los ojos—. Se llama Nicola, trabaja en un velero que se dedica a dar paseos por el mar. —No quiero profundizar demasiado aún. Decirle que trabaja con mi tío Vittorio, que él vive aquí en Turchese y que lo he conocido sería demasiado y no quiero alterarla—. Anoche me pareció una bruja pero... —Me echo a reír por mi estupidez—. Es preciosa, divertida y... —Me detengo un momento buscando las palabras correctas—. ¿Es posible que me guste un poquito?

—Sí que lo es. Estas cosas no suceden cuanto tú quieres, cariño —me explica con una sonrisa en los labios—. No puedes decidir cuándo sí y cuándo no, ¿lo comprendes?

—Sí, pero...

—Siempre has sido muy reservada en cuanto a tus relaciones. Es más, desde que supe que te gustan las mujeres no he tenido noticias de que hayas estado con alguna chica —me

recuerda poniendo un puchero—. Nunca me has hablado de nadie, y creía que no te interesaba tener nada con alguien.

—He estado con más chicas, mamá —confieso de repente—. Pero tengo miedo, ¿sabes? Me he pasado la vida viendo como os tratáis tú y papá, y yo no quiero eso. No quiero terminar siendo infeliz.

—Lamento que hayas tenido que ver eso. Pero, cariño, enamorarse de verdad no tiene nada que ver con mi matrimonio con tu padre.

—¿Cómo puedes estar tan segura? —Sonríe con ternura y estira una mano para sujetar la mía.

—El amor verdadero es un sentimiento que te hace crecer y querer ser una mejor versión de ti misma. No se trata solo de los instantes felices, sino de los momentos difíciles que te hacen más fuerte. Es encontrar a alguien que te apoye, te entienda y te acepte tal como eres, con tus virtudes y defectos.

—Pero ¿cómo saber si es el amor verdadero?

—Eso, cariño, solo lo descubrirás con el tiempo. Pero no puedes dejar que el miedo te impida vivirlo. No puedes evitar enamorarte solo porque has visto malos ejemplos. Tienes que permitirte sentir y ser vulnerable ante él.

—Es solo que... —Al mirarla, recuerdo esos instantes en los que mi padre fue distante y duro con ella, frío como el hielo—. Yo no quiero encontrar a alguien y después sentirme tan sola como estás tú.

—Cariño, tu situación es diferente a la mía. Nadie te va a obligar a casarte con nadie que tú no quieras —me recuerda—. Tu padre puede decir y hacer lo que quiera, pero tú tienes la última palabra. Así que no te cierras a la posibilidad de ser feliz. Aprende de los errores que yo he cometido y construye un mundo mejor para ti.

La conversación con mi madre se queda resonando en mi cabeza mientras nos abrazamos y me despido para regresar a mi dormitorio. Una vez allí, me dejo caer sobre la cama con los ojos puestos en el techo, reflexionando sobre lo que hemos hablado. La idea de enamorarme siempre ha sido algo bastante complicado, pero ahora tengo una nueva perspectiva. El amor no es perfecto, sino auténtico. Se trata de encontrar a alguien con quien compartir miedos y alegrías, éxitos y fracasos.

Sé que lo que yo siento por Nicola no es nada de esto, solo es... curiosidad y ganas de conocerla, nada más; pero hay algo en su sonrisa, en su manera de hablar que me hace querer ser más abierta y más yo que nunca.



Nicola. Turchese, junio.

Es viernes y Vittorio ha decidido darme el fin de semana libre. Al parecer han cancelado un par de reservas, así que después de rezar por un descanso, por fin lo tengo aquí. Tras unos turnos de locos y de no parar, se agradece poner los pies en tierra firme. Además, desde la noche de la verbena mi tiempo de ocio se ha reducido a los minutos que paso con Pipo en casa. Tengo que admitir que el agotamiento me arrancó la posibilidad de centrarme en el lienzo que quiero dejar listo antes de marcharme a Roma, pero no que Adriana se haya convertido en el centro de mis pensamientos.

Cuando me escapé de casa esta mañana, el reloj marcaba las ocho. Descarté de inmediato mi idea de dibujar en las rocas del espigón porque ya quemaba el sol, así que busqué un espacio a la sombra, bajo la arboleda que recubre parte de las dunas, junto a una botella de agua bien fría y la arena húmeda bajo mi cuerpo.

Dejando de lado las vistas que me ofrece la terraza de mi dormitorio, la playa es uno de mis lugares favoritos para ausentarme del resto del mundo. No importa el momento del año, mi inspiración llega sola gracias al sonido del mar chocando con la orilla y las risas de los turistas. Mi madre me contó que mi padre también amaba el mar y que siempre que veraneaba por aquí, se escapaba de su familia para caminar y disfrutar de todo lo que este paisaje le entregaba. Me gusta pensar que cuando pongo mis pies en la arena, él y yo conectamos de alguna manera, y que es esa magia la que me ayuda a pintar y estampar todos esos dibujos que he ido acumulando en mis cuadernos con el paso del tiempo.

—¿Dibujando en vez de disfrutar de un día de playa tan espectacular como este? —La voz de Adriana me sorprende tanto que necesito pestañear un par de veces antes de centrarme en ella. Abro la boca sin saber bien qué responder y me sonrío bloqueando cualquier palabra que circule por mis labios en este momento—. ¿Molesto? Si lo hago puedo irme... —Señala hacia el mar y niego un par de veces.

—Dime que no te has perdido otra vez... —bromeo. Ella ríe y recoloca su pelo tras su oreja derecha. Hoy no lleva puesto un vestido, sino unas bermudas de color azul marino y un bikini rojo que destaca sobre su piel.

—No me he perdido, pero ahora que estás aquí eso es lo que menos me preocupa —confiesa y se sienta a mi lado dispuesta a acompañarme. Yo decido apoyarme en el tronco del árbol y doblar mis piernas para sujetarlas con mis brazos—. No dejas de dibujar nunca, ¿eh?

—Soy artista. Dile eso mismo a un fotógrafo, a ver qué te dice —le respondo buscando su mirada—. Este es uno de mis rincones favoritos. Tener el mar cerca de casa hace que no sienta tantas ganas de disfrutarlo como lo hacéis vosotros —le explico sin apartar los ojos de ella—. Así que supongo que soy una adicta al trabajo.

—En Italia también hay lugares así de bonitos, pero las playas de Turchese son

impresionantes como para quedarse encerrada todo el día. Además, compartir el viaje con mi madre y mi mejor amiga lo hace aún más especial.

—¿Tu madre también está aquí? No la vi el otro día en la verbena.

—Sí, bueno, está enferma y no siempre tiene tanta energía como le gustaría —me explica y aparto la mirada llevándola hacia el mar—. Me alegra que, al menos, ella pueda disfrutar un poco de todo esto.

—¿Y tu padre? ¿No ha venido con vosotras?

—Él ni siquiera tiene tiempo de acompañarla al médico.

—Perdón, no debí preguntar —me excuso al darme cuenta de la tensión que se ha formado al hablar sobre él.

—No, tranquila, son cosas que pasan.

—Bueno, lo importante es que estáis aquí y podéis disfrutar de todo esto juntas. ¿Dónde la has dejado? Quiero decir, a tu madre. —Adriana levanta una mano y señala entre todas las sombrillas del fondo. Reconozco a Greta, así que no tiene pérdida—. ¿Es la sombrilla azul marino? —Afirma y, de pronto, veo a una mujer preciosa con un pañuelo amarillo pomelo cubriéndole la cabeza—. Dile que, si algún día le apetece y se siente bien, puedo llevaros a dar un paseo por el mar. Estoy segura de que a Vittorio no le molestará la idea.

—Hace unos días choqué con él y me dijo lo mismo.

—Espera, ¿con mi tío? —Me señalo a mí misma—. Vaya, el mundo es un pañuelo. Ahora entiendo por qué te sorprendiste tanto la otra mañana.

—Es que no esperaba que tú fueses su sobrina. —Se echa a reír y se coloca en pie limpiándose las manos de arena—. Pero, ¿qué te parece si damos ese paseo juntas y otro día lo hacemos con mi madre?

—Claro... sin problema.

—Vittorio me vendió tus servicios de acompañante bastante bien, ¿sabes? —La carcajada que se me escapa es fruto de los nervios que ni siquiera sé por qué siento—. Al parecer, su sobrina es la mejor guía de por aquí.

—Él no es mi tío en realidad —confieso con sinceridad—, pero lo quiero como si lo fuese. Yo no tuve la oportunidad de conocer a mi padre y cuando Vittorio llegó a la isla, ejerció como tal.

—Bueno, yo tengo padre y preferiría no tenerlo —me responde con tanta sinceridad que no sé qué decirle—. No todos caemos en una buena familia, pero tú... —suspira—. Tienes mucha suerte de contar con él. Bueno, creo que te voy a dejar ya.

—¿Te marchas?

—Sí, quiero que sigas dibujando. Espero tener algún día la oportunidad de verlos. Te prometo que seré muy crítica.

—Quizá —respondo y lo sujeto entre mis manos por miedo a exponerme frente a ella—. Disfruta de la mañana y saluda a tu madre de mi parte.

—Lo haré. Nos vemos pronto. —Afirmo y me guiña un ojo que me empuja a perseguirla hasta que su figura se pierde entre todas las personas que ya disfrutaban de la diversión que les entrega el mar.

Antes de ser consciente de cómo la estoy mirando, Adriana regresa junto a su madre y Greta. Las tres me sonrían, me saludan a lo lejos y, de pronto, nuestra conexión se rompe a pesar de que yo sigo sujeta a su reflejo en la lejanía. No sé qué es lo que estarán hablando,

pero yo no dejo de darle vueltas a lo bonita que es su sonrisa y cuando pongo atención en mi cuaderno se me hace imposible no dibujarla.



Nicola. Turchese, junio.

El sol que baña hoy las calles arde cuando choca con mi piel. Hace más de diez minutos que dejé la sombra de los árboles para acercarme a Pomodoro y hacerle una visita a Fabian y a mi madre. Los dos estarán trabajando sin descanso a estas horas, pero se me ha ocurrido que él y yo podríamos hacer algo esta tarde, y la única manera que tengo de verlo es interrumpiéndolo en el trabajo.

Mientras camino y sonrío a algunas personas que se cruzan en mi camino, no recuerdo haber vivido un verano tan abrasador como este. A pesar de llevar ropa liviana, me siento sofocada y presiento que mañana me despertaré con las mejillas encarnadas. No he dejado de pensar en Adriana, en la pequeña conversación que hemos compartido hace unas horas y en su sonrisa. Desde que Noelia murió no había sido capaz de trazar otros rasgos humanos que no fuesen los suyos, y hoy, para mi sorpresa, he llenado al menos cuatro hojas con una sonrisa que me hizo volar tan alto como las gaviotas.

La terraza del restaurante está atestada de gente. Veo a Fabian ir de un lado a otro y a mi madre paseándose detrás de la barra con ese gorro de color negro que yo misma le regalé las Navidades pasadas. El local ha dejado de ser el que era cuando yo era una niña para ser el reflejo del alma de una mujer a la que quiero y adoro a partes iguales; un rincón familiar, acogedor, entrañable, repleto de imágenes del pasado y de recuerdos que son también míos.

—¿Un día muy agitado? —Me apoyo en la barra sorprendiendo a mi madre, que deja el trabajo por un momento y me estrecha en un fuerte abrazo—. Está a reventar.

—Apenas he tenido tiempo de descansar. Fabian no ha parado tampoco. Esta temporada está siendo más dura que la de otros años, pero es bueno, ¿verdad? No nos podemos quejar. ¿Y tú? ¿Qué tal va tu día de descanso?

—Bien, no he hecho nada fuera de lo común —comento levantando mi cuaderno—. Estuve dibujando desde las dunas. Sobre todo, gaviotas. —No ha sido lo único, pero no es necesario confesarle que he estado captando rasgos de una chica que a golpe de timón ha interrumpido la serenidad de mi vida.

—Las gaviotas eran las aves favoritas de tu abuelo.

—Lo sé, por eso mismo fui a tomar algunos bocetos —le cuento—. Además del cuadro de los faroles, he pensado que en ese hueco de allí podríamos colgar uno de ellas. Como un regalo para él, ¿qué te parece?

—Que a él le encantaría, estoy segura. ¿Quieres comer algo? —pregunta llevando la mirada hacia el reloj colgado en la pared—. Es un poco tarde para servirte un trozo de tarta, pero me queda una porción de tu favorita y...

—Luego me dices que de azúcar no se puede vivir. Pónmela en un plato, anda.

No he tenido tiempo de confesarle que voy a extrañar todo esto cuando viva en Roma.

Llevo toda la vida aquí y tener que acostumbrarme a otra ciudad me preocupa mucho más de lo que confieso en realidad. Estudiar en Italia ha sido mi sueño desde hace mucho, sobre todo teniendo en cuenta que aquí no hay muchas escuelas profesionales.

—Hace unos días vino una chica, Adriana. —Cuando mi madre menciona su nombre, mis preocupaciones vuelan por los aires y enfoco mi atención en ella antes de tropezarme con las patas de la banqueta en la que estoy a punto de sentarme—. Vino buscando algo para desayunar y se comió un trozo de tarta de mango como esta, ¿quieres saber qué fue lo que pensó al probarla?

—¿Que es la mejor que se ha comido en su vida?

—Eso y que tienes razón al decir que puede ser útil para inspirarse. Al parecer es escritora.

—¿Escritora? Vaya, eso no me lo esperaba.

—¿La conoces? —Mi madre me echa una de sus miraditas y, por un segundo, barajo la posibilidad de mentirle y decirle que no.

—Si es la Adriana que yo conozco, fue la misma que provocó que perdiese uno de mis cuadernos la noche de la verbena —comento sin más—. ¡Por favor! Esta tarta cada día está más buena. No sé cómo lo haces.

—¿No me habías comentado que no pasó nada interesante esa noche? —pregunta y deja sobre la barra la bandeja que lleva en la mano—. Es una chica interesante, ¿no? —Sin darme cuenta, afirmo un par de veces—. Además de guapa.

—Sí. Está de vacaciones con unos amigos y su madre —añado de forma inconsciente. Hablando de cosas que solo conocen personas que son bastante cercanas—. Las vi disfrutando de la playa.

—Ya veo... —susurra interesada—. Si la vuelves a ver, dile que están invitadas a tomar un trozo de tarta cuando les apetezca. No siempre aparece una chica que llame la atención de mi hija... —No sé por qué dice eso y la miro sin entender de lo que habla—. No me mires así, soy tu madre, sé cuándo te gusta una persona. ¿Recuerdas que fui la primera en darme cuenta de lo que sentías por Noelia?

—Yo no he dicho en ningún momento que me guste...

—¿Acaso hace falta?

—¿Quién te gusta? —Fabian aparece en el mejor momento y yo niego con las manos.

—A Niki le gusta alguien —responde mi madre provocando que él me mire sorprendido—. Y es bastante guapa... —le susurra ella al oído.

—¿Es eso verdad? ¿Cuándo se supone que...? Estamos juntos a todas horas...

—Al parecer, en la verbena.

—¿En la verbena!? —Fabian, exaltado, se sumerge en sus propios pensamientos y empieza a ordenar todo lo que pasó aquella noche. Sé que no tardará mucho en descubrir de quién se trata, así que en cuanto me mira y coloca sus brazos en jarra, me encojo de hombros—. ¡Me dijiste que no pasó nada! ¿Cómo puedes ser tan mentirosa?

—¿Y qué querías que te dijera? Estabas tan embelesado con su amiga —le recuerdo—. Tampoco fue para tanto.

—Lo fue —responde mi madre—, porque de no ser así, no estaríamos hablando de Adriana.

La puerta de la cafetería se abre para despedir y dar la bienvenida a nuevos clientes, pero estamos tan metidos en nuestra conversación que ninguno presta atención a las

personas que se han acercado a la barra y esperan por ser atendidas.

—Qué bonito nombre, Adriana...

—¿Estáis hablando de mí? —Escuchar su voz a mi espalda me genera tal estado de tensión que necesito unos cuantos segundos para respirar antes de darme la vuelta. Maldigo su sonrisa y el modo en el que me mira antes de prestar atención a las dos personas que han provocado que me encuentre en el momento más vergonzoso de mi vida —. Hola de nuevo, ¿cómo estás, Bice?

—Todo bien, cariño. ¿Cómo estás tú? Me ha dicho mi hija que estás veraneando con tu madre y una amiga. Deberías traerlas una tarde, estoy segura de que disfrutarán mucho comiéndose un dulce. Eso siempre ayuda.

Adriana pone su atención en mí y después regresa la mirada hasta mi madre, a la que sonrío agradecida.

—Lo haré, es una promesa. ¿Me puedes poner dos limonadas? Hace un calor horrible.

—¡Faltaría más!

Fabian me hace ojitos y desaparece dejándonos a las dos a solas. Puedo notar la tensión que nos rodea, quiero contarle que no estábamos hablando de ella, que todo fue pura casualidad, pero soy incapaz de decir nada. Aquí, desde cerca, sus ojos parecen dos ventanas a través de las cuales poder ver el mar, y me engullen con una facilidad que me asusta y me sorprende a la par.

—He pensado en lo del paseo en barco y...

—¿Y qué? —pregunto apoyándome en la barra.

—Estaba pensando que podríamos quedar el fin de semana. No sé si estás libre o...

—Te diría que estoy muy ocupada, pero no te puedo mentir. —Adriana ríe y sonrío por la situación. Me siento tan cómoda a su lado que no lo puedo evitar y no me importa si Fabian o mi madre nos miran—. ¿Te parece mañana? Tengo el fin de semana libre.

—Toma, aquí tienes, Adriana. —La conversación se queda muda y las dos nos miramos en silencio—. No me pagues nada. Te invita mi hija.

—¿Nos vemos mañana entonces?

—Seré yo la que pase a buscarte, ¿te parece?

—Sí, pero dime más o menos a qué hora.

—Por la tarde. Antes de que anochezca. —Me es imposible no perseguirla con la mirada cuando se marcha, poner atención en la conversación que mantiene con Fabian antes de regresar por donde ha venido y en cómo él le abre la puerta para que salga del restaurante. No sé ni siquiera en qué momento me levanto y corro hasta el paseo de madera que permite el acceso a la playa, pero cuando la alcanzo y la sujeto del brazo, sonrío.

—Perdona, es que... —susurro algo fatigada por la carrera—. Espero que la tarta de mi madre te ayude a escribir. A mí me ayuda mucho cuando estoy bloqueada.

—¿Solo la tarta de mango? —Por un momento me siento confundida y entrecierro los ojos buscando la respuesta a esa pregunta—. Hay muchas otras cosas que pueden inspirar a un escritor o a un pintor —añade regalándome una sonrisa muy diferente a las anteriores—. Un dulce, una noche repleta de farolillos, el mar o la sonrisa de una persona en especial.



Nicola. Turchese, junio.

Después de la escenita en el restaurante, decidí volver a casa y encerrarme en mi dormitorio. No es que me avergüence de lo que ha pasado, pero no había previsto que todo fuese a suceder tan pronto. Adriana me gusta, eso es más que obvio, me atrae muchísimo su sonrisa y esa mirada suya que parece querer meterse dentro de mí; pero estoy abrumada y cuando estoy así, lo único que necesito es pintar y expresar.

El cielo nocturno de Turchese se extiende sobre mí mientras mezcla varios colores en mi paleta. Tener unos días libres me ha permitido trazar algunas líneas en un nuevo lienzo y comenzar ese cuadro que le prometí a mi madre, centrarme en la pintura y soltar en ella todas y cada una de las emociones que llevo dentro.

No sé ni la hora que es, tampoco si mi madre ya estará de vuelta, pero estoy tan metida en mi propio mundo que al notar una mano en mi hombro, doy un brinco tan repentino que todo lo que llevo entre las manos se cae contra el suelo al paso de mi grito.

—¡Joder! —grito sin más—. ¿¡Qué!? —Cuando me doy la vuelta, Fabian tiene los ojos abiertos como platos y las dos manos juntas pidiendo perdón—. Menudo susto que me has dado. Deja de hacerlo, por favor, o un día de estos tendremos un disgusto.

—Te prometo que ya no voy a aparecer como los fantasmas —dice y después pone su atención en el cuadro—. ¿Los farolillos?

—Sí, bueno, quería aprovechar un poco estos días y darle un empujón. Quiero dejarlo listo antes de que llegue septiembre, ya sabes.

—Haces bien. Aunque estaría mejor si usaras estos días libres de trabajo para disfrutar y salir un poco —comenta apoyándose en la baranda de la terraza—. Te pasas la vida aquí o en el Stella, y por lo que he visto esta mañana...

—Esta mañana no ha pasado nada.

—Sí que ha pasado. —Fabian se acerca a mí y pone su atención en mis ojos—. Por más que quieras ocultarlo te conozco desde hace muchos años y sé muy bien cuándo te gusta alguien de verdad. Cuando has visto a Adriana te has quedado pálida y solo te he visto así una vez —señala con un dedo—. Así que, por favor, no me mientas.

—No es tan fácil... —le digo antes de buscar un trapo para limpiarme las manos y caminar hasta el interior de mi dormitorio, donde me siento en la cama con las piernas cruzadas—. Hace unos días estaba aún llorando por tu hermana y ahora, mírame. —Fabian se sienta en la silla donde suelo dejar la ropa que uso en el día—. Sabes que yo no quería nada de esto y desde lo que pasó en el espigón ¡es que no me la saco de la cabeza!

—Y te estás escondiendo aquí porque... ¿tienes miedo a encontrarte con ella? —pregunta con curiosidad—. ¿Acaso no tenéis una cita mañana?

—Sí, pero... no sé si he hecho bien al aceptarla. Me pilló desprevenida y no iba a decirle que no —le intento explicar en mitad de un colapso emocional.

—No me vengas con esas, Niki. Adriana te gusta y ya está. ¿Qué hay de malo en eso? — pregunta sin más—. Y no menciones a mi hermana otra vez, por favor. Ella nos dejó hace un año, y sabes que desearía verte feliz, disfrutando y viviendo tu vida.

—Sí, eso lo sé, pero... —Me paso las manos por el pelo—. Después de lanzarme en los acantilados y de soltar el farolillo, sentí que algo se liberaba dentro de mí y cuando me giré la otra noche y vi a Adriana a mi lado, pensé que le estaba fallando, ¿sabes?

—¿Fallando? ¿A mi hermana? —Fabian se levanta de la silla y se sienta justo a mi lado—. ¿No crees que ella fue la que te falló a ti primero lanzándose al mar a pesar de tus advertencias? —me pregunta y el peso de lo que sucedió aquel día me golpea el corazón—. Sabes que mi hermana era una pieza indispensable para mí, pero yo no he podido perdonarle que hiciera esa estupidez, tampoco que pasase por alto tus palabras y que te obligase a hacer aquello. —No sé qué decir porque yo también le guardé rencor los primeros días después de su muerte—. Noelia hizo lo que quiso con su vida, ¿por qué tú no puedes hacer lo mismo con la tuya?

—Supongo que tienes razón... —murmuro.

—¿Sientes que estás lista para dejar que Adriana entre en tu vida?

—Sí y no —respondo poniendo atención en mis manos—. Adriana ha entrado en mi vida de una forma que no esperaba y me da miedo porque lo que siento es repentino, intenso, como ir en lancha a muchos kilómetros por hora y saber que en algún momento te puedes pegar una hostia. —Fabian pone su mano sobre la mía y busca mi mirada—. Ni siquiera la conozco, nos hemos cruzado un par de veces y es todo tan... real que me asusta.

—Es comprensible que te sientas así después de todo lo que te ha pasado, pero si ella te hace sentir viva, si te hace feliz, entonces vale la pena arriesgarse.

—Gracias por estar aquí siempre —le digo y me abrazo a él con fuerza—. Te voy a echar mucho de menos cuando me vaya a Roma. Siempre has sido mi ancla y mi gran apoyo, y no sé qué haré cuando no te tenga.

—Tampoco te vas al fin del mundo. —Ríe y se separa de mí—. Siempre podemos hablar por teléfono y si todo va bien, puedo ir a visitarte, ¿no?

—Sabes que sí.

—Pues no se hable más. —Me golpea la nariz con un dedo—. Espero que disfrutes mañana de tu cita con Adriana. Deja que ella te conozca porque eres una mujer increíble, ¿de acuerdo?

—Lo haré, te lo prometo.

—Bueno, pues ahora te dejo seguir con lo que estabas haciendo. Yo me voy a dormir —dice poniéndose en pie—. Tu madre me ha pedido que esté mañana temprano en el restaurante, así que necesito ir a dormir ya.

—Que pases buena noche.

—Y tú, Niki.

Fabian sale de mi dormitorio y cuando desaparece, me tumbo en la cama con la cabeza repleta de pensamientos y el corazón de emociones. No sé qué es lo que pasará mañana, pero lo que siento por Adriana no es algo que pueda obviar y olvidar. Sé que me merezco tener esta oportunidad, vivir el verano a flor de piel, soñar, suspirar, sonreír... y volver a querer tanto como lo hice la primera vez que me enamoré.



Adriana. Turchese, junio.

Mis actividades a lo largo de esta semana, se pueden resumir en cinco: escribir como si no hubiese un mañana, tostarme al sol como un cangrejo, beber limonada hasta que me duela la cabeza, sumergirme en el mar como una sirena y no dejar de pensar en Nicola. Me alegra que mi inspiración esté de vuelta, ya echaba de menos que mis dedos se moviesen con facilidad y sin esfuerzo sobre el teclado. En cuestión de minutos, ella pasará a recogerme y, para mi desgracia, tengo unas ojeras que ni el maquillaje puede borrar. A mi favor, diré que he logrado fortalecer la historia que llevo entre manos con un *plot twist* que ni siquiera me imaginé antes de llegar a Turchese y que ha provocado que el capítulo que estaba escribiendo, acabe con un momento de tensión que llamará la atención de mis lectoras una vez que tengan la novela entre sus manos.

Desde la ventana de mi dormitorio, situada de cara al mar, puedo ver el horizonte bañado de colores del atardecer. Las casas por aquí son llamativas por eso mismo, porque no cumplen con un tono establecido como ocurre en Grecia. Cada una compone una paleta de tonos muy parecidos a los de otoño y eso me encanta porque me recuerda a Londres y mis momentos felices allí. Greta dice que el pueblo es precioso a pesar de no ser tan divertido como otros, pero a mí me gusta esta tranquilidad y si por mi fuera, me quedaría aquí toda la vida.

En un intento por despejarme y quitarme el cansancio del día, me estiro en mi silla hasta que la puerta se abre y veo aparecer a mi amiga con una sonrisa deslumbrante en los labios.

—¿Qué haces por aquí? Y no me digas que quieres salir esta noche, yo tengo una cita —le recuerdo antes de caminar hasta el armario echando un vistazo a la ropa que tengo—. Desde que Nicola me dijo que saldríamos hoy, no he parado de pensar en lo que debo ponerme y...

—Por eso mismo estoy aquí. —Se sienta en mi cama—. Suponía que estarías demasiado nerviosa, y como de las dos soy la única que trae a los viajes todo tipo de ropa... Toma. —Me muestra una bolsa—. Es el vestido rojo que tanto te gusta.

—¿El del cuello de barco? ¿Sí? —Afirma y me tiro encima de ella por la alegría—. De verdad, no sé cómo he sobrevivido a Londres sin ti.

—Sí que lo sabes. Además, para escribir no te hace falta verte *sexy*, boba. Pruébatelo.

—Menos mal que en esta clase de cosas somos diferentes... —Me río de mí misma y comienzo a desnudarme—. Te juro que estaba a punto de ponerme unas bermudas, el bikini y las chancas.

—Un modelito único para llamar la atención de un bombón como Nicola.

—Sé que sabes lo de Kathia, imagino que los rumores...

—Corrieron como la espuma... —termina la frase por mí—. No sé por qué tu padre

vendió la imagen de que eres la soltera de oro y ahora se creen que tus relaciones anteriores solo eran una farsa o una diversión. Ya sabes cómo son.

—Mi padre se ha propuesto unirme con quien le dé la gana a él —le cuento—. Y si te soy sincera, salir con alguien es lo único que no quiero hacer en mi vida.

—¿De verdad? Mira que yo pensaba que la cita de esta tarde significaba algo.

—¡Y es así! —le grito algo nerviosa—. Pero Nicola es diferente.

—¿De verdad? ¿Y qué tiene de especial?

—No lo sé... —Me encojo de hombros—. Pero lo es, y ya está. Bueno, ¿y qué zapatos me pongo?

—Las sandalias de siempre. El negro pega con todo y cómo no sabemos dónde vas, es mejor llevar algo cómodo que te puedas quitar.

—Perfecto... —Me recojo el pelo sobre mi cabeza en una coleta alta que después enrosco y transformo en un moño. A lo largo de estos años fuera lo he llevado suelto, pero hoy, me apetece hacer algo diferente con él. Supongo que es porque quiero causar una buena impresión, gustarle a Nicola.

—¿En qué estás pensando? —A través del reflejo del espejo, Greta me observa preocupada y sé que no puedo escaparme de ello—. ¿Ya estás dándole vueltas otra vez a lo de tu padre? ¿Qué te dije?

—No es eso...

—¿Entonces?

—No es nada importante... —admito dándome la vuelta, sentándome en la silla del escritorio—. Lo de Nicola me ha pillado un poco por sorpresa y estoy algo confundida. Cuando tuvimos nuestro desencuentro en el espigón no me parecía nada atractiva, pero ahora es todo lo contrario y además está el hecho de que...

—¿De qué...? —insiste levantando las cejas.

—He descubierto que mi tío, el hermano que mi padre no quiere ni ver, vive aquí. No se lo he dicho a mi madre porque no me apetece que tengan una reunión familiar ahora... ¡y está con Bice, la madre de Nicola! Y eso... —Me pongo una mano en la cabeza—. Siento que me va a estallar de un momento a otro.

—¡Eh! ¡Mírame! Respira una y otra vez hasta que los nervios aminoren un poquito. —Greta hace uso de las ruedas de la silla del escritorio para acercarme a ella y sujetarme de las manos—. ¿Desde hace cuánto que sabes todo esto?

—Lo de que mi tío lo sé desde hace unos días. Además, mi madre me contó que mis abuelos veraneaban aquí —le cuento sin dar demasiados detalles—. Y bueno, después de algo que pasó ya no vinieron más y... —suspiro—. Es una locura. Ahora siento que formo parte de una familia que es un desastre y que apenas conozco.

—Entonces... Si tu tío está con la madre de Nicola...

—No pienses cosas raras.

—Pero no hay nada de malo. O sea, da igual si tu tío y la madre de ella están juntos, lo importante es que ella te gusta.

—¿Y si yo no le gusto? —pregunto con aire derrotista—. Mira que yo no soy buena para estas cosas. Soy igual de mala para ligar que cuando tenía los dieciocho. —Greta se echa a reír y me sujeta las mejillas con las manos.

—Solo debes pensar que sí y esperar que ella de el primer paso.

—Ah, ni tan difícil. —Me río—. En fin, voy a ver si termino de vestirme porque estará al

llegar.

—Deja de pensar en todo lo negativo y lo que pase después, pasará.

—Supongo que tienes razón.

—¿Y cuándo no? —Se levanta de la cama, me abraza y me regala otro beso de despedida—. Espero que me lo cuentes todo mañana, ¿vale?

Soy incapaz darle una respuesta. Me quedo quieta y parada sobre mis pies y, en cuanto desaparece, me dejo llevar por mis propios nervios que crecen y se expanden dentro de mí a la velocidad de mi corazón. Busco mi frasco de perfume y me echo un poco en el cuello, también en la ropa. Tan solo debo esperar un poquito más, vaciar la cabeza de suposiciones y dejar que el tiempo pase hasta que Nicola aparezca. Eso y rezar por no volverme loca.



Adriana. Turchese, junio.

Greta me ha ayudado bastante y ahora, alejada de mis nervios y de todas las cosas que tenía revueltas en la cabeza, me he sentado en el porche a la espera de que Nicola llegue. El sol ya ha empezado a caer y no puedo despegar mis ojos del cielo. Siempre me ha atraído el juego de colores que se producen durante el atardecer y en Turchese todo parece muy diferente y especial a como se percibe desde otro lugar del mundo. Llevo días aquí y no me había fijado en esta belleza cromática hasta ahora, y sé que eso es porque no he podido apartarme de mis problemas hasta este momento.

Me pregunto dónde iremos, qué haremos a esta hora de la tarde, si me llevará a descubrir esos rincones del pueblo que aún no he tenido la oportunidad de conocer y si me permitirá conocerla un poco más. Algo me dice que ella es como yo, que le cuesta mucho abrir su corazón, que tiene sus propios muros y que, por más que lo intente, siempre se mantiene distante por miedo a que la dañen. Es extraño, pero todo lo que ha sucedido tras el lanzamiento de farolillos me ha ayudado a escapar de la sombra de mi padre para poner toda mi atención en mí, en lo que quiero, en lo que siento o sueño. Sí, me he pasado toda la vida huyendo de él, temblando por sus represalias, sufriendolas sin recibirlas; me engañe a mí misma creyendo que lo había superado todo, pero uno no supera las cosas hasta que no se enfrentan a ellas y eso es lo que a mí me falta.

A lo largo de estos minutos que llevo en soledad, he pensado mucho y he decidido apartar de mi cabeza todo lo que tenga que ver con mi familia y disfrutar de las vacaciones. Cuando regrese a casa pensaré bien cómo ocuparme de todo aquello, pero ahora voy a disfrutar de este paraíso de ensueño.

—¿Llevas mucho tiempo esperando? —Nicola aparece y, al poner mis ojos en ella, me encojo de hombros ocultándole que llevo más de cuarenta minutos aquí—. Anda, vamos. Nos tenemos que dar prisa o no llegaremos.

—¿Y por qué no has venido antes?

—Necesitaba buscar una cosa y por eso he tardado —responde sin darme una sola pista de a dónde nos dirigimos—. Y antes de que me acribilles a preguntas, no pienso decirte nada. Ya lo verás cuando lleguemos. —Tan pronto como ella termina de hablar, sujeta mi mano y tira de mí—. Date prisa.

Corro todo lo que puedo, ni siquiera observo hacia dónde vamos. Ella tiene la mirada puesta en el horizonte, como si tuviese una línea recta dibujada en el suelo y sus pies supiesen a la perfección que la deben seguir. Su determinación se convierte en un rasgo atractivo más que se une a esa mirada que es igual a la noche: profunda, oscura, distante...

—¿Siempre miras así a todo el mundo? —Ni siquiera sé por qué se lo pregunto, pero desvía su mirada hacia mí y, de pronto, los nervios afloran dentro de mí como un manantial de agua—. Si fueses Medusa, podrías petrificar a cualquiera.

Nicola se echa a reír.

—Tienes unas ocurrencias un tanto extrañas... ¿no te parece?

—Cada uno es como es, pero no me negarás que es verdad.

—Jamás podría petrificar a nadie, porque no suelo fijarme demasiado en las personas. Mi madre me enseñó que no es de buena educación hacerlo.

—¿Ni siquiera para dibujarlas? Es decir... —Me dejo llevar por la curiosidad y ella niega—. Tendrás que fijarte en los detalles si quieres hacerlo bien, ¿no?

—Sería un problema si pintase personas, pero... —murmura con la voz algo fatigada—. Me gustan más los paisajes.

—¿Entonces no las pintas?

—No digo que no lo haya hecho. Tan solo que...

—Algún día me encantaría ver tus dibujos. Y lo digo en serio —la interrumpo fijándome ahora en lo que nos rodea, chocando con el casco azul del Stella—. Mi ti... digo Vittorio, ¿te deja manejar el velero? ¿No es demasiado grande?

—¿Me ves incapaz de manejar un barco como este? —Señala con la cabeza cruzándose de brazos, inflando su pecho con esa arrogancia con la choqué en el espigón la noche de la verbena.

—No, es que... bueno, sé que lo usáis para trabajar y no quiero que se estropee.

—¿Quién dijo que usaremos el Stella? He tomado prestada una lancha para las dos.

—¿Tomado prestada? ¿¡La has robado!/? —exclamo sin pensar.

—¿Por qué clase de persona me tomas? Hay personas en el pueblo que me conocen desde que era una niña, así que he pedido un favor. Anda, vamos o llegaremos tarde. No te puedes marchar de Turchese sin ver el atardecer desde el mar.



Adriana. Turchese, junio.

Nicola maneja la lancha con una soltura que es alucinante. Algunas gotas de agua saltan y salpican mi vestido a causa de los botes que damos. Algo me dice que está muy acostumbrada a esto, pero, en mi caso, temo salir volando. Cada vez que me mira le dedico una sonrisa, pero estoy tan muerta de miedo que las rodillas me tiemblan y me niego por completo a mirar hacia otro lado que no sea el horizonte. Debería de haberle comentado que no corriera, que me da un poco de miedo la velocidad, pero no quiero dejarme ver como una tonta y ruego porque lleguemos antes de que termine vomitando todo lo que tengo en el estómago.

—¡Nos queda muy poco! —Levanto el dedo pulgar. Ella se lo está pasando en grande, su pelo negro ondea como una bandera al ritmo del viento y está tan relajada que la envidio. Estoy tan asustada que seguro se me nota en la cara, estoy al borde de caerme redonda al suelo, pero la lancha reduce la velocidad y de un momento a otro frenamos y nos mecemos al son del mar. Mis nudillos están blancos de tanto apretar y tengo las uñas clavadas en las palmas. Me he quedado petrificada y una vez que se acerca a mí y pone sus ojos frente a los míos, reacciono—. ¿Estás bien? —Niego repetidamente—. ¿Qué te pasa? —Al poner una mano en la espalda y dar un respingo, me descubre y eso provoca que me muera de la vergüenza—. ¿Por qué no me has dicho que tenías tanto miedo?

—Es que... ¿A cuánta velocidad va este trasto? —le pregunto con el ceño fruncido y la cabeza dándome vueltas—. No deberías manejar estas cosas tan rápido, es... peligroso, ¿lo sabías?

—Prometo ir más lenta la próxima vez, pero si no quieres perderte el espectáculo, será mejor que te des la vuelta —advierde apoyándose en el puesto de mando para así, dar la espalda al horizonte y cruzarse de brazos—. Vamos, confía en mí. Esto no se mueve si yo no se lo digo.

Al observar sus ojos, descubro destellos dorados de una luz que no sé de dónde procede y, en cuanto me atrevo a soltar la barra de metal y girarme, me topo con la belleza de un pueblo que hasta entonces solo conocía desde sus calles. Como ya sabía, el sol es capaz de cambiarlo todo, y para mi sorpresa, Turchese se ha escondido bajo una tela festiva repleta de lentejuelas que se menean al ritmo de una brisa marítima que mece las palmeras pegadas a su costa. Esto no es cualquier cosa, es un festival, una obra de arte natural que hace latir mi corazón y dibujar en mis labios una sonrisa repleta de emociones contenidas.

—Qué, ¿te gusta?

—¿A quién no le gustaría esto? Ahora entiendo por qué tenías tanta prisa.

—¿Ha valido la pena el susto?

—Sí —admito con una sonrisa—, aunque la próxima vez, avísame y me traigo la cámara. Es digno de fotografiar...

—O de pintar.

—Eso también. —Suelto un suspiro y me dejo llevar por la belleza del atardecer, olvidándome de mi estado anterior, de los nervios y de todo lo demás—. A mi madre le encantaría ver esto, pero dudo que soporte un viajecito como este. —Puedo notar la mirada de Nicola puesta en mí y muerdo mi labio buscando la manera de mantenerme serena, quieta y no verme embrujada por ella—. Esto es maravilloso, de verdad...

—Podríamos llevarla con el velero, esperar al atardecer y que ella lo pueda ver mientras está sentada y disfruta de una limonada. Con el Stella los viajes son mucho más suaves, además, no lo manejo yo, lo hace Vittorio y él es mucho más tranquilo.

—Menos mal —digo y las dos nos reímos—. Es buena idea, aunque no te prometo nada. Ya te dije que hay días que solo tiene fuerzas para ir de la cama al sofá... —Mis labios guardan silencio unos minutos y después busco una de sus manos para darle un apretón como agradecimiento—. Gracias por traerme hoy aquí. Turchese es precioso. Debe ser increíble vivir aquí todo el año.

—Lo que dices es cierto, pero vivir en un pueblo no te da las mismas oportunidades que vivir en una ciudad —apunta tomándome por sorpresa—. Por ejemplo, si quieres estudiar en la universidad, tienes que marcharte a Roma o a Florencia. Un lugar así se te queda pequeño a la hora de hacer realidad tus sueños.

La verdad es que a mí Roma se me ha quedado muy pequeña y ya no encuentro en ella lo que necesito. Sé que es porque he vivido allí toda mi vida, porque cada uno de sus rincones están repletos de mis malas experiencias y porque no le he dado una oportunidad nueva. Al final, son las situaciones que vivimos o cómo nos sentimos lo que hacen que un lugar sea idóneo para vivir.

—Sé lo que es sentirse así. Aunque, esa sensación extraña de estar ahogándote, también la generan las emociones... —Nicola pone su atención en mí y, tras afirmar, se gira y enciende de nuevo el motor—. ¿Ya volvemos a puerto?

—No, aún me queda un lugar más que enseñarte, y es mejor que nos marchemos antes de que el sol se oculte del todo —comenta—. Prometo no ir tan deprisa esta vez.

Turchese y el brillo de sus aguas se queda atrás en cuanto la lancha se pone en marcha y atraviesa las olas a una velocidad que, para mí, sigue siendo demasiado rápida. No sé si ha sido la conversación, si soy yo que ahora me siento más relajada o es ella, pero todo lo que me rodea se centra en nosotras y en nada más. Ya no me importan los botes, no saber a dónde vamos o cuándo volveremos a casa. Me interesa conocer más y no solo del pueblo. Porque Nicola parece tener todo un mundo escondido en sus ojos negros, y me encantaría tener la oportunidad de descubrirlo.



Nicola. Turchese, junio.

Estoy feliz y desde que montamos en la lancha no he parado de sonreír. Adriana no solo es atractiva y guapa, sino que guarda dentro de sí misma una visión del mundo que es tan minimalista y detallista como la mía. Supongo que las dos coincidimos en eso porque somos artistas, cada una a su manera, cada una con su estilo. Me alegra haberle hecho caso a Fabian, haberme animado y haber seguido adelante con esta cita, porque hacía mucho que no me dolían tanto las mejillas y que me sentía así.

Tras una carrera a toda velocidad y algunos saltos sobre las olas, Adriana y yo hemos sido espectadoras de un atardecer precioso. Estar juntas, hablar y soltarnos un poquito me he permitido conocerla y tengo que admitir que me gusta tanto como para que me sea inevitable quitarle los ojos de encima. Hacía demasiado tiempo que no hablaba de forma íntima con nadie, y con Adriana todo es tan natural que estoy sorprendida de ello.

Ahora, lo único que nos alumbra son las pequeñas luces que iluminan los extremos de la lancha. Adriana está más relajada y sus pupilas están puestos en las estrellas como si estuviese buscando secretos escondidos en ellas. No le he confesado que he preparado algunas cosas para pasar la noche fuera; Turchese es increíble, pero cerca del pueblo se nos priva de la inmensidad de la noche y de esas estrellas que está observando con tanto detenimiento.

—¿Hay algo interesante allí arriba? —Aunque no aparto la mirada del mar, no me pierdo su sonrisa. Escucho su suspiro descansado y noto su calor junto a mi cuerpo una vez que regresa al lugar en el que estaba antes de que el cielo llamase su atención—. ¿Te gustan mucho?

—Cuando era niña, mi madre me enseñó el nombre de todas las constelaciones y las estrellas que las forman —comenta, y por el tono que adquiere su voz, detecto cierta melancolía en su recuerdo—. Yo me esforzaba por aprendérmelas todas y si acertaba cuando me preguntaba, me contaba cuentos sobre ellas.

—¿Cuentos?

—Sí. Los griegos fueron los primeros en escribir historias. En su mayoría trataban sobre los dioses. Por ejemplo, Andrómeda. —Levanta la mirada buscándola por el cielo—. Suele estar situada allí. —Señala con una mano—. En otoño es cuando se deja ver, pero la leyenda dice que Andrómeda fue raptada y encadenada por Poseidón como castigo a la arrogancia de su madre, Casiopea. Ella rogó porque alguien la ayudase a liberarse de los grilletes y fue Perseo el que la escuchó y la rescató a lomos de un precioso caballo blanco.

—Vaya...

—Sí, ya sabes cómo son las leyendas —comenta restándole importancia a todo lo que ha contado—. No tienen mucho sentido.

—Pues a mí me gustan. Si fueras a mi casa y rebuscases entre todos mis dibujos y

cuadros, verías que la mayoría están dedicados a las estrellas. ¿Quién no ha hecho de las estrellas un mundo de sueños? —pregunto, y la mirada de Adriana me traspasa el alma hasta clavarse en el centro de mi pecho.

—Así que eres de las que sueña observando las estrellas, ¿eh?

—Aquí encontrarás muchas personas que lo hacen —digo restándole importancia—. Turchese es muy pequeño frente a todo el resto de mundo. Los que nacemos y crecemos aquí, soñamos con escapar, volar lejos y descubrir qué hay más allá. Yo tendría que haber dejado este lugar hace años —le digo, y por un segundo me pregunto si abrirle mi corazón así está bien—. He deseado toda la vida estudiar Bellas Artes, pero me ha sido un poco difícil reunir el dinero y bueno... este será mi último verano aquí.

—¿Y por qué presiento que no es lo que deseas del todo? —pregunta, y aparto la mirada del mar para centrarme en ella—. Cuando yo dejé Roma para irme a Londres, lo hice porque deseaba escapar de mi vida. Tengo a todos mis amigos allí, mi madre vive allí; sin embargo, tener a mi padre encima me producía asfixia y bueno... —suspira—. Una parte de mí quería irse, pero la otra quedarse.

—La idea de dejar Turchese es como arrancarme una parte de mí misma. —Tras mis palabras, sujeto la llave de la lancha y apago el motor. Las luces se apagan por completo y la oscuridad cae sobre nosotras—. Este lugar no es solo un pueblo. Aquí he vivido demasiadas cosas. He corrido, me he caído, me he levantado. He perdido, aprendido... —confieso observando la luna—. Soy incapaz de imaginarme viviendo en otro lugar.

—¿Tienes miedo a perderte cuando estés lejos de aquí? —me pregunta con curiosidad—. ¿Es por eso por lo que no dejas de dibujarlo todo en tus cuadernos? —Mis ojos se abren y el corazón frena su ritmo ante la pregunta. Es la primera vez que una persona descubre cuál es la razón por la que me he dedicado tantos años a rellenar un centenar de cuadernos que almaceno con cuidado en una caja bajo mi cama.

—¿Tú no tienes miedo de perder tu propia esencia?

—Nunca he pertenecido a un lugar en concreto —comenta con la tristeza mezclándose en el plateado brillo de sus ojos—. Crecí en Roma, pero nunca sentí que fuese mi hogar. Supongo que es porque no me han hecho sentir aceptada, querida o amada... —dice casi en un suspiro—. Aunque ahora me veas bien con mi madre, ella se dejó arrastrar por mi padre hasta que tomó conciencia del hombre que era. Él me ha maltratado durante muchos años, me ha hecho sentir que no valía, que no era digna de ser su hija y llevar su apellido. Así que cuando tuve la oportunidad de escapar, fue Londres la ciudad que elegí y allí he estado hasta hace cosa de unas semanas. —Me he quedado muda y ante mi incapacidad de decir nada, lo único que hago es buscar su mano con la mía y brindarle una caricia que espero sea suficiente—. Bueno, ¿y a dónde me vas a llevar ahora? ¿No es peligroso que estemos aquí en medio de la nada y a oscuras? —Adriana es la que se encarga de romper el hielo y cuando arranco el motor y las luces se encienden de nuevo, camino y abro el baúl que se esconde a un lado de la lancha—. Nicola, ¿piensas raptarme como hizo Poseidón con Andrómeda?

—Un rapto no es un rapto si aceptas pasar la noche conmigo en la cala de las Gaviotas.

—¿La cala de las Gaviotas?

— Sujétate fuerte, Andrómeda, te voy a llevar al paraíso.

En el pasado, Noelia me dijo que el sol era la estrella que más brillaba en el cielo, pero hoy me gustaría poder contarle he descubierto que los ojos de Adriana son capaces de

brillar con una luz que no sabía ni que existía. No comprendo cómo es posible que esté sintiendo mariposas por una mujer que apenas conozco pero es así, las noto, y todas ellas son las que me invitan a reír y a sujetar el timón con las dos manos para avanzar rumbo a ese lugar que siempre me ha parecido un paraíso sin igual.



Adriana. Turchese, junio.

«Sujétate fuerte, Andrómeda, te voy a llevar al paraíso».

He perdido la cuenta de las veces que he repetido para mí misma esa frase. Mi corazón late tan deprisa que he necesitado llevarme la mano al pecho para calmar su ritmo acelerado. Cada vez que Nicola me mira a los ojos, tengo la sensación de estar desnuda ante ella. Apenas nos conocemos, sin embargo, ha sido capaz de atravesar todas mis capas, mi apellido, mi historia y verme tal cual soy, una mujer que busca encontrarse a sí misma en un mundo de locos.

La lancha sigue circulando por el mar y a nuestra espalda Turchese parece interminable. Me pregunto qué será eso que se esconde en la cala de las Gaviotas, y si es verdad que es un paraíso tal como piensa Nicola. La luna está cada vez más alta y las estrellas brillan aún más conforme pasan los minutos. No tengo ni idea de la hora que es, tampoco me preocupa demasiado. Ahora lo único que deseo es disfrutar de lo que tengo delante de mis ojos, de cada detalle, color y emoción.

A mi derecha, Nicola mantiene su sonrisa y me pregunto cómo puede ser tan maravillosa. Sí, sé que es demasiado, pero ella reúne todos esos pequeños detalles que siempre me atrajeron en una mujer y que creí no encontrar con tanta facilidad. Es seria, interesante, callada, aventurera, atractiva y con ese aire salvaje del mar bañando su piel. Si Greta me viese en este momento no se lo creería, porque me han arrancado la lengua y no es normal quedarme muda durante tanto tiempo.

—A las doce.

—¿Qué? —La miro sin entender qué es lo que quiere decir. Al ver mi gesto levanta una mano y sigo su dirección a través de la noche. Muerdo mi labio a la espera de que algo se muestre ante mí, pero el tiempo pasa y las cosas siguen igual—. No veo nada. ¿Te estás riendo de mí?

—Quizá.

—Apenas se ve nada... —murmuro.

—Entonces será mejor que no te separes mucho de mí. No me hago responsable de lo que te pueda pasar si no me haces caso. —El motor de la lancha frena y, de pronto, ella se mueve para buscar las cosas y colgársela de los brazos—. Vamos allá. Quédate cerca, ¿de acuerdo?

—Me pregunto si te harás responsable de lo que pueda pasar si me quedo tan cerca de ti. —Nicola pone su atención en mí y tropieza con el cajón de la lancha—. Vale, creo que será mejor que llevemos cuidadito las dos. Por mi parte, no causaré problemas.

No sé qué ha pasado, pero, de repente, las dos nos hemos puesto tan nerviosas que somos incapaces de mirarnos a los ojos. Juntas, bajamos de la lancha y, en cuanto tocamos suelo firme, regresamos a la realidad. Apenas puedo ver nada, sin embargo, cuando Nicola

enciende una linterna, descubro que lo que tengo delante de mí es una pequeña cala repleta de vegetación, rodeada de piedras y de algunas gaviotas que descansan sobre ellas.

—Bienvenido a mi pequeño paraíso, Adriana.

—¿Dónde dices que está? —Camina hasta mí y me sujeta la cara para que la levante hasta el cielo.

—Ahí la tienes... —Sus palabras son como un hechizo para mí y mis pies terminan suspendidos en el aire, allí, donde un millón de estrellas se convierten en un manto perfecto, un río de colores que tintinean y parpadean a compás, que me atrapa y me mece hasta hacerme volar—. Te lo dije, el paraíso... —el susurro de Nicola, pegado a mi oído no me altera, al contrario, llega en el momento perfecto. Ella se encuentra a mi espalda, percibo su cuerpo pegado al mío y es la segunda vez que su cercanía altera mis sentidos—. Supongo que, desde aquí, podrás ver todas tus constelaciones...

—Puedo ver mucho más que eso... —admito buscando una de sus manos para sujetarme a ella tan fuerte como para prohibirle que se separe de mí—. ¿Cuántas veces has dibujado esto en tus cuadernos?

—Tantas como te he dibujado a ti en los últimos días.

—¿No dijiste que no dibujabas personas?

—No dije que no lo hiciera, dije que no solía hacerlo. —Acaricia un mechón de mi pelo.

—¿Y por qué me elegiste a mí?

—La bruja puede sentirse atraída, ¿no? —Sus palabras son tan directas que apenas soy capaz de frenar mis propios impulsos—. Estaba rota, magullada, perdida... no podía desprenderme del pasado y mucho menos dejar de pensar en él. Pero apareciste tú, mi cuaderno se fue a la mierda, lanzamos juntas el farol y... —De pronto, nuestros labios se unen y cuando me separo, sonrío—. Ahora me paso los días dibujándote sin parar. Dime si eso no es otra cosa que...

—¿Amor?

—Amor...

Y, sin más, se aparta y camina obligándome a seguirla bajo la penumbra de la noche. No me siento capaz de decir nada más, así que me acomodo en la arena y la miro mientras enciende una hoguera que arde como para provocar que su pelo negro brille. Ahora ya no somos dos desconocidas, estamos conectadas, somos algo mucho más fuerte y aunque sé que este sentimiento, puede destrozarnos y rompernos en mil pedazos, quiero vivirlo y disfrutarlo a su lado.



Adriana. Turchese, junio.

Llevo ya un buen rato sentada en la orilla, con los pies sumergidos en la arena mojada y las suaves olas acariciando mi piel. Estoy embobada por una estampa llena de luces, de estrellas que brillan tanto como jamás las había visto brillar. Cualquier otra persona habría perdido el norte y todas las direcciones; yo, sin embargo, he sido capaz de saber la hora gracias a Saturno, que está en lo alto y si Júpiter aún no camina tras él, quiere decir que en cuestión de unas horas daremos la bienvenida a un nuevo día.

La hoguera que encendió Nicola nos ha permitido escapar del frío del mar y ahora caldea mi cuerpo como lo hizo el beso que nos dimos. No sé cómo hemos llegado a este punto. Me pierdo un poco entre idas y venidas, pero aquí estamos, y me siento como Andrómeda tras la aparición de Perseo, liberada y con la sensación de estar tranquila y en paz.

Con la mirada puesta en la luna recibo la cercanía de Nicola que, de pronto, deja caer sobre mis hombros una manta y se sienta a mi lado.

—Volverás a casa con un resfriado si sigues así —me advierte y se sujeta las piernas con los brazos—. Y no quiero ser la culpable de ello.

—De lo único que te puedes sentir culpable es de hacerme sentir mariposas en el estómago. —No la miro porque he regresado en el tiempo a esa niña que contaba estrellas en el cielo. Noto su mirada puesta en mí, y me gusta tanto que lo haga que soy incapaz de frenar la sonrisa que surca mis labios.

—¿En qué piensas?

—En nada y en todo a la vez. En la vida y en lo curiosa que es, y en cómo... de forma repentina es capaz de sorprendernos con algo inesperado e intenso.

—¿Y qué es lo que más te ha sorprendido últimamente?

Nicola libera sus piernas y se gira para fulminarme con la mirada. Los nervios me atacan y aunque siento dudas, hago lo primero que me dicta el corazón: besarla otra vez. Todo es demasiado suave, sencillo, simple, como el roce de las olas en la orilla de la playa. Nos tomamos nuestro tiempo y una vez que el corazón me pega un golpe en el pecho, se me para la respiración. Decir que lo que siento es normal, sería como afirmar que fue verdad que Perseo voló por los aires y se sumergió en las aguas con un precioso corcel blanco para rescatar a Andrómeda, que gritaba y se desgarraba la garganta pidiendo ayuda. Sé bien qué es lo está pasando, sé por qué mi alma quema y se agita como el mar en un día de tormenta. Si no fuera una utopía, diría que me encuentro frente a mi alma gemela porque sin saber cómo la he reconocido, y que es amor lo que me agujerea el cuerpo y se desborda por cada poro de mi piel.

—Tú... —susurro como respuesta apoyando mi frente contra la suya sin abrir los ojos. Ella apoya una mano en mi mejilla, la acuna con una suavidad que desconozco haber

sentido nunca y sonrío. No tiene ni idea, pero es la primera vez en mi vida que mi corazón ha hecho su propia elección sobre algo que se siente con fuerza y que vuela como lo hace un ave en el cielo.

—Me encanta todo esto pero...

—Lo sé —la interrumpo dando final a una frase que apenas ha comenzado a pronunciar. Al abrir mis ojos, veo el miedo surcando su mirada y decido apoyar mi mano sobre la suya—. Yo también siento miedo...

—Tengo que contarte algo, pero no sé cómo hacerlo —me dice preocupada—. Solo espero que no te preocupes, ¿vale? Lo que pasó en el pasado no cambia lo nuestro...

—¿Qué es lo que pasa?

—El año pasado perdí a alguien muy importante para mí. Me he negado a olvidarla todo este tiempo. Las dos crecimos juntas y cuando murió, bueno... —Sé que necesita hablar, así que busco sus manos con las mías brindándole todo el apoyo que puedo—. Esa mañana celebrábamos mi cumpleaños. Teníamos por costumbre de hacer locuras y bueno, esa mañana como los años anteriores, estábamos en los acantilados.

—¿Los acantilados? He escuchado que son muy peligrosos y que varias personas han... —Nicola me mira y no necesito que hable para saber qué es lo que no me quiere contar—. Supongo que todo eso te marcó mucho.

—Antes de... —murmura—, nos hicimos la promesa de buscar nuestra felicidad. Yo le dije que ella era eso para mí, y como una necia enamorada le dije que aunque nuestros caminos se separasen, nos volveríamos a encontrar. Noelia se rio tanto de mí aquella tarde que aún tengo su risa metida en el alma.

—Nicola no necesitas contarme todo esto... —Levanta una mano y frena mis palabras.

—Decidí despedirme de nuestra historia unos días antes de conocerte. Me lancé al mar tal y como lo hizo ella, y no sé si todo eso tiene su lógica, pero desde aquella mañana en los acantilados presiento que cada paso que he dado me ha llevado directa hasta ti. Y no sé si mi padre tiene algo que ver también en esto, pero...

—¿Qué tiene que ver tu padre en esto? —pregunto confundida.

—¿De verdad me viste como una bruja la noche de la verbena?

—¿Tú que crees? —La risa que se me escapa de los labios y ella me sonrío—. Un poquito nada más... —admito llevando la mirada hacia el mar—. Fabian me dijo que tenía una amiga que era igual que yo, y aunque no tenía muchas ganas de conocer a nadie aquella noche, me dejé llevar y fui a buscarte. Aún no estaba lista para perderme en tu mirada, en tu pelo negro o en esa sonrisa tuya que me inspira una y mil palabras o me las quita de golpe. La bruja se convirtió en un hada la noche de los farolillos, y cuando apareciste de repente el día que me perdí, bueno... eras alguien diferente por completo.

—A mí me ocurrió en la playa, el día que me pillaste dibujando.

—¿Alguna vez me enseñarás lo que has dibujado de mí en tus cuadernos?

—No... —Se ríe—. ¿Tú le enseñarías a alguien lo que anotas en tu diario personal?

—¿Cómo sabes que tengo un diario?

—Todo artista, de la clase que sea, tiene uno... —responde y levanta una ceja.

—¿Tienes hambre?

—Más de la que puedas imaginar —admite sacudiéndose la arena de las manos y nuestra conversación se queda ahí, en el aire, con la marca que ha dejado sus labios sobre los míos o el roce de su mano en mi mejilla. Mientras que ella busca la cena, mis ojos

regresan al cielo para encontrar a Saturno, el planeta de los anillos, el de las promesas y el amor eterno, el planeta de las lunas infinitas y el mismo que guarda con recelo todos mis sueños.

Yo nunca soñé con un verano como este y me encanta, porque eso significa que no lo esperaba y que ha llegado para abrirme los ojos.



Nicola. Turchese, junio

Cada latido de mi corazón posee un patrón de golpes diferentes. Sé que eso es imposible, pero es como lo siento desde que Adriana me besó. Me creía incapaz de querer tanto como lo hice antes, con la misma naturalidad con la que mis sentimientos por Noelia crecieron, pero aquí estoy, sonriendo como una niña que ha descubierto el amor de nuevo. Diría que no tengo miedo, pero lo tengo. Supongo que es normal teniendo en cuenta cómo fue mi experiencia anterior pero lo que llevo dentro se mezcla con las ganas de querer, descubrir, tocar y dar. Adriana se ha convertido en lo inesperado, en la magia de mi último verano en este lugar.

Desde que nos sentamos junto a la hoguera con la intención de cenar algo, las conversaciones que hemos tenido han sido cosas sin importancia. Sé que la tensión que percibo entre nosotras está provocada por los besos que nos hemos dado y soy incapaz de encontrar la manera de romperla. Me gustaría tener uno de mis cuadernos conmigo porque sus labios me han inspirado y me encantaría poder dibujarlos. Hace unos minutos atrás mencionó que Marte era la única estrella que brilla roja en el cielo de verano y, sin preverlo, su comentario me llevó al pasado, a un recuerdo de Noelia diciéndome que era su estrella favorita. Si no tuviese tanto miedo diría que Adriana ha llegado a mi vida para demoler mis muros de protección y que estoy sumergida en un sueño de verano del que no quiero escapar.

—¿Sabes? Cuando era pequeña, me pasaba los veranos levantando castillos en la playa con mi madre. —Adriana rompe nuestro silencio y la miro con curiosidad—. Llenaba toda la costa formando un muro con la idea de protegernos. Nunca se lo mencioné, pero descubrí que mi padre la estaba engañando cuando tan solo tenía ocho años, y también lo doloroso que es que te abofetee una persona a la que quieres. Yo era demasiado pequeña para entender lo que hacía mi padre, pero él se aseguró de que yo no olvidase lo que a él más le importaba.

Al imaginarla en esa posición, siendo maltratada, se me revuelve el estómago.

—Yo no pude conocer a mi padre —le respondo yo—. Siempre estuvimos mi madre y yo.

—No hemos tenido suerte, ¿eh? —me interrumpe—. Pero la tenemos con nuestras madres. La tuya es...

—Increíble. Se quedó embarazada de mí cuando era adolescente y me tuvo gracias a la ayuda de mis abuelos. Dejó sus sueños por mí, ¿sabes? Ella aspiraba a ser bailarina, estudiaba en un conservatorio en Roma y bueno....

—Por eso ella es tan especial para ti.

—Ella es parte del conjunto de razones que me retienen en Turchese —me sincero—. Sé que mi madre puede con todo, que ya es mayorcita; pero durante más de treinta años

siempre hemos sido *nosotras*. Aunque es la primera en animarme a que me vaya, notará el vacío que he dejado tanto como yo notaré el suyo en cuanto esté allí.

—Bueno, Roma no está tan lejos. Si yo he podido venir, tú también podrás hacerlo y visitarla tantas veces como quieras. Vas a perseguir tu sueño, no ha ingresar en una cárcel perpetua. —Ríe—. Además, eres buena y algo me dice que conseguirás todo lo que desees si pones tu esfuerzo en ello.

—Eso espero. He luchado mucho por conseguir la beca Breka, no quiero desperdiciarla ahora porque me sienta incapaz de marcharme.

Adriana se sorprende cuando escucha lo de la beca, sin embargo, regresa a la normalidad una vez que se tumba en la arena y yo decido caer con suavidad sobre ella. Quiero agradecerle que me haya escuchado, que haya calmado mi corazón con su risa, pero cuando nuestros ojos chocan, sé que hay muchas más cosas que quiero agradecerle.

—¿Por qué piensas que el destino ha querido juntarnos aquí? —pregunta pasando una de sus manos por mi brazo.

—Quiero creer que es porque nos lo merecemos —le explico sin más—. Pero no me gusta pensar en esas cosas. Lo único que deseo es vivir este verano como si fuese eterno y... —murmuro a escasos centímetros de sus labios—. Hacerlo contigo.

—Tan solo tienes que desearlo y se cumplirá.

Una sonrisa es suficiente para que me olvide de todo y me deje llevar. Mis labios apresan los suyos con la misma fuerza con la que mi corazón late en mi pecho; fuerte, voraz, arrollador. El fuego es lo único que presencia el camino que toma una de mis manos hasta que esta se pierde más allá de la tela de su vestido en busca de su piel. En contraste con mi cuerpo, el de Adriana es más fresco, un poquito más claro; huele a manzanilla y naranja, a libros nuevos, a páginas en blanco que quiero rellenar con mis besos.

El deseo se mezcla con el miedo y es este el que me obliga a ser la aventurera en un mundo que apenas conozco. Recorro con mi boca su cuello, mordisqueo una de sus clavículas, su hombro izquierdo y antes de atacar contra la muralla que forman sus pechos, me pierdo en sus ojos azules de nuevo. Dos estrellas: Vega y Altair, mis favoritas.

Todo nuestro alrededor desaparece al descubrir la parte más íntima de su cuerpo; primero con las manos, luego con mis labios. Hace demasiado tiempo que el sexo se había convertido para mí en una bola de recuerdos que me despertaban en mitad de la noche temblando, sudando, empapada, vacía y abandonada. Ahora es fuego y los gemidos de Adriana, las chispas capaces de consumirme desde dentro. Mis sentidos se ven rodeados por las sensaciones que despierta en mí al sujetarme del pelo con la fuerza de sus manos y la vista se me nubla cuando mis dedos se encuentran con su interior. Se me eriza la piel al besarla de nuevo y una de sus manos me recorren la espalda hasta la nuca, donde hunde sus uñas y ejerce la fuerza suficiente para obligarme a besarla.

El tiempo pasa a nuestro alrededor, las estrellas brillan y las dos acabamos desnudas, gozando del placer que nos causa el roce de nuestros cuerpos, de ese sentimiento que crece como lo hace el musgo en las piedras del espigón.

En la cala no se escucha otra cosa que no sean nuestros gemidos mezclados, barajados, enredados entre besos que se transforman en mordiscos y caricias, en sonrisas y risas. Creo que pasa una eternidad hasta que el orgasmo me libera como lo hace un pez cuando se escapa de la red, nadando con necesidad, con el corazón temblando y el miedo a morir pegado a su piel. Creo que me vuelvo loca en cuanto me mira a los ojos y me sonríe de

nuevo. Y ahí, cubiertas por un manto de estrellas, me descubro amando de nuevo, como si fuera la primera vez. Porque todo sabe a nuevo y eso, simplemente eso, le devuelve el ritmo perdido a mi corazón.



Nicola. Turchese, julio.

Han pasado tres días desde lo que pasó entre nosotras y aún fantaseo por las noches con el roce de las manos de Adriana sobre mi pecho al despertar el alba. Recuerdo que lo hicimos cubiertas bajo un manto de estrellas y que a la mañana siguiente las gaviotas se convirtieron en el despertador que quiso arrancarme de ese precioso sueño. La verdad es que mi cuerpo estaba adolorido por pasar la noche tumbada en la arena, pero verla ahí y tenerla conmigo, me hizo feliz.

Después de aquello, regresamos a casa en un paseo repleto de miradas cómplices, sonrisas y besos, demasiados besos. Podría apostar mi mano derecha a que ninguna de las dos esperaba verse arrastrada por la otra, pero hacerlo llenó un vacío que de manera extraña compartíamos las dos. Estos días hemos coincidido un par de veces por el pueblo, bien en la playa, en alguno de mis paseos con Fabian o llegando al puerto tras pasar el día en el Stella. La echo de menos y quiero pensar que ella también a mí.

Junio ya ha terminado, lo hace a mitad de semana, llenando las noches de calor y humedad, pero también de amor y felicidad. Desde el balcón de mi dormitorio escucho la melodía de los *pubs* que se desliza gracias a brisa marina que corre y se filtra por mis oídos, e imaginar a Adriana pasándoselo en grande me es casi inevitable. A pesar de que he tenido ganas de ir a buscarla e invitarla a salir en un par de ocasiones, no he querido hacerlo porque estas son sus vacaciones y sé lo importante que son para ella.

Son la una y media de la madrugada y no puedo pegar ojo. He sacado los bártulos al balcón, me he sentado en la banqueta y me he dedicado a pintar con la única intención de sacarme de dentro toda esta marea de emociones que parecen estar ahogándome. Adriana no solo ha llegado a mi vida para liberarme de unas cadenas que yo mismo me había atado a los pies, también lo ha hecho para avivar mi mente y permitirme hacer algo que no podía desde hacía mucho tiempo.

El lienzo que se encuentra ante mí está abarrotado de ella. Desde el brillo dorado de su pelo, hasta ese moreno suave y un poco rojizo en su piel a causa de la quemazón del sol. Está de espaldas, mirando hacia el mar, relajada, con una bandada de gaviotas frente a sus ojos y un horizonte difuminado y pintado de colores. Es mi musa, la que me ha revuelto por dentro, un espectáculo y también un misterio. De ella sé muy poco. Todo lo que conozco es gracias a lo que ella me ha contado y en mi caso, bueno, yo tampoco es que me haya dedicado a contarle mi vida al completo. Es algo que nunca he tenido que hacer y supongo que es la razón por la que me cuesta tanto hacerlo. Con Fabian y Noelia nunca tuve que explicar nada, ellos crecieron conmigo, lo sabían todo sobre mí y lo aceptaban sin más. Pero con Adriana es diferente.

Perdida en mis propios pensamientos, dejo de pintar y me bloqueo. En muy pocas semanas terminarán sus vacaciones y eso nos llevará a las dos al punto inicial. El suspiro

que exhalo es reflejo de lo disconforme que estoy con la idea, pero soy consciente de que los amores de verano se terminan tan rápido como se pasa de la noche al día, y aunque apenas nos hemos abierto la una a la otra, me gustaría saber si siente esta misma desazón al imaginar el final o si piensa que hay un futuro más allá.

—Así que Fabian tenía razón. Estás aquí.

La voz de Adriana provoca que me mueva con rapidez en la banqueta y que mi cuerpo trastabillo y termine cayendo de espaldas contra el suelo. No sé quién le ha dicho que puede aparecer así como si nada y dar estos sustos de muerte, pero no puedo contener la risa por lo torpe que he sido y el dolor del golpe.

—Si querías matarme de un susto, casi lo consigues. —Me río y ella no tarda mucho en acercarse para ayudarme—. ¿Qué haces aquí? ¿No estás con tus amigos?

—Si te molesto, puedo irme... —bromea y me brinda esa sonrisa que me encantaría robarle a besos—. Regresaba a casa y me crucé con Fabian, le pregunté por ti y me comentó que estaba seguro de que estarías despierta pintando, pero que no se me ocurriese tocar el timbre. Y me explicó cómo acceder a tu dormitorio por aquí. ¿No duermes nunca o qué?

Por un instante quiero contarle todo lo que me ronda la cabeza, pero al mirarla me doy cuenta de que no puedo estropear los pocos días que nos quedan con mis tonterías, así que me acerco y la rodeo con mis brazos.

—Algunas noches sí, pero esta noche... hay algo que no deja de rondar por mi cabeza.

—¿Algo? —La una respiramos contra la otra y mi reflejo brilla en sus bonitos ojos azules. Podría pasarme horas observando la belleza de sus pupilas, una mezcla entre el azul turquesa de las aguas de Turchese y el color ambarino del fuego.

—Tú.

—Y yo que creía que te habías olvidado de mí —admite provocando que me tense de forma leve—. Estuve esperando a que pasaras a buscarme, pero... por lo visto eres de las que se hace de rogar y le gusta que la sorprendan.

—La verdad es que no sabía si...

—¿Si querría volver a verte? —me pregunta acercándose un poco más a mí—. ¿Qué idiota no querría tal cosa? Estoy aquí esta noche por eso mismo...

—¿Por eso mismo?

—Porque no quiero pasar más noches sin ti. El tiempo corre demasiado rápido, con él los días, el verano y...

—¿Y...? —Ahora soy yo quien siente curiosidad por todo lo que pueda estar pensando. Adriana, aparta la mirada de mis ojos y choca con el lienzo que estaba pintando. Uno en el que ella es la protagonista, así como todas las emociones que están escondidas en cada una de las pinceladas que le han dado forma.

—¿Esa soy yo?

—Sí. Aunque aún no me has respondido.

—Esto es... —murmura acercándose más al lienzo—. Las gaviotas. —Sonríe y se muerde el labio inferior—. Comienzo a creer que son tu símbolo. —Al ver que se ha quedado embelesada, decido llamar su atención atrapándola por la cintura, girándola entre mis brazos para acabar robándole ese beso que tanto he deseado darle a lo largo de los últimos días.

—¿Me vas a decir la razón por la que estás aquí o te lo tengo que arrancar a base de besos?

—Quiero pasar cada uno de mis días contigo porque en cuestión de semanas tendré que irme y no quiero porque no sé qué pasará después.

—No pensemos en eso, ¿vale? —Acaricio su mejilla con una de mis manos—. Disfrutemos de cada instante como si fuera el último, y el día que todo termine ya veremos cómo lo solucionamos. Además, tú regresarás a Roma y yo me iré a vivir allí. Todo puede pasar.

No le miento, a pesar de los miedos que compartimos, lo único que quiero es que estos días que nos queden aquí juntas estén bañados en la incertidumbre y la tristeza que nos provoca tener que regresar a nuestras vidas de antes.

Perdida en lo más hondo de sus ojos, abandono mis ganas de pintar, el balcón y el resto del mundo para besarla y entregarme a ella tal y como lo hice noches atrás. Sus labios y su sabor se mezclan con los míos, se abre paso en mi pecho, se propaga como una llama dentro de mí y en cuanto sus brazos se enredan entorno a mi cuello, lo demás deja de existir. Son mis manos las que trazan líneas suaves sobre su piel una vez que caemos en mi cama. Está plagada de pecas que forman constelaciones y que cuento una por una con mis labios mientras que se mueve como una culebra suave y atractiva bajo mi cuerpo. Hay amores que se ahogan en el mar, y otros que pintan recuerdos en tu piel por toda la eternidad.



Adriana. Turchese, julio.

He perdido la noción del tiempo, no sé ni la hora que es y tampoco me interesa descubrirlo. El cuerpo de Nicola está pegado al mío, uno de sus brazos rodea mi cintura y una de sus piernas permanece aún entre las mías. Respira tan en calma que he tenido que poner mi atención en su respiración para saber si está viva o no. Tengo el cuerpo adormecido por permanecer en la misma postura bastantes horas, aunque eso no me preocupa porque estoy embelesada con el aroma que ha dejado en mi piel, y las mariposas que aletean en mi estómago son el ejemplo de lo que ha despertado en mí.

La noche se cuelga por los ventanales de su dormitorio bañándolo todo de oscuridad. Lo único que alcanzo a ver desde este rincón son las luces de las farolas creando líneas de luz y, si pongo mucha atención, se percibe el sonido del mar chocando con las rocas de los acantilados. Turchese es un pueblo lleno de sueños y de entre todos los blogs de viajes que visité antes de venir, ninguno advertía que puedes acabar en las nubes si pasas mucho tiempo navegando entre sus calles.

Con el mismo sigilo con el que llegué horas atrás, decido escapar de la cama con la esperanza de no despertarla y buscar a tientas algo de ropa que ponerme. Tengo ganas de ir al aseo y mi boca está tan seca que necesito algo bien frío que beber. Me siento un poco incómoda por tener que caminar por su casa sin que ella lo sepa, pero si me quedo más tiempo aquí, la vergüenza que sentiré será aún peor.

Todo está en silencio salvo por el ruido de un carrillón de cristales que cuelga junto a una de las ventanas del pasillo. Siempre me han gustado esos aparatejos porque tienen un sonido mágico, dulce, que relaja. Igual que los tubos de bambú, el tictac de un reloj o el canto de un búho. Cuando estoy a punto de llegar a lo que parece la puerta del aseo, me veo sorprendida por un perro que se lanza a ladrarme tan asustado como lo estoy yo. Ni siquiera sabía que Nicola tenía mascota y ante el apuro de que despierte a toda la casa, intento tranquilizarme y serenarlo a él mostrándole mis manos para que me huela.

—¿Ves? Todo está bien —le explico poco antes de ver que se acerca a mí para olisquearme las piernas. No sé si deja de ladrarme porque percibe el olor de Nicola en mi piel, pero lo agradezco—. ¿Qué, eres el vigilante de la casa? —pregunto y le rasco detrás de las orejas—. Buen chico. Ahora, ve a dormir.

Tras darme unos minutos en el aseo, salgo y camino hasta la cocina siendo perseguida por mi nuevo amigo. Una vez que encuentro la cocina, sacio mi sed llenando un vaso con agua fresca y los rugidos de mi estómago con un montoncito de uvas que tomo prestadas del interior de la nevera. Me alegra que nadie me vea en estas condiciones; con el pelo revuelto, la camiseta de Nicola y mi tanga negro de algodón. No sé si Bice estará en casa o se encontrará con mi tío allí donde viva. Ahora que lo pienso, ni siquiera he sido capaz de hablar con esto de Nicola, tampoco comentarle que esa beca que ha conseguido para

realizar sus estudios se la ha dado la fundación de mi padre.

Tras poner rumbo al dormitorio, subo las escaleras y cuando estoy a punto de llegar a la mitad, las luces se encienden y Bice aparece con un gesto de sorpresa.

—Buenas noches... —tartamudeo—. Yo... iba... Bueno, venía de... —Señalo la cocina.

—Mira que le tengo dicho a Niki que me avise cuando invite a dormir a alguien. —La mirada de Bice me recorre y, por unos minutos, me siento avergonzada por haber escapado así del dormitorio. Incómoda, estiro la camiseta pero esta apenas se alarga unos centímetros y las mejillas se me encienden tan rápido como el fuego—. ¿Nicola está...?

—Dormida —explico con rapidez.

—Ya veo... —Bice me sonríe y, de pronto, se da la media vuelta y desaparece para después regresar con una bata fina que no duda en prestarme—. Toma, ponte esto, te hará sentir más cómoda.

—Gracias...

—¿Qué haces despierta a esta hora? Es demasiado temprano...

—Necesitaba algo de beber.

—Y Pipo te ha sorprendido, ¿no? —pregunta y afirmo con la cabeza—. Al parecer no es tan vago como yo creía y se ha levantado a defender el fortín.

—Perdón por haberte despertado. Yo no quería...

—Tranquila. En cosa de una hora debo irme al restaurante y va a ser de las primeras veces que desayune en casa durante el verano. ¿Quieres que te prepare algo?

—No, yo... yo debería irme ya.

—Adriana, espera. —Ante su petición, freno mis pasos y me giro para enfrentarla. Bice sube los escalones y cuando está cerca de mí, sonríe y me acaricia una mejilla—. Quiero que sepas que no me opongo a que Niki y tú salgáis, pero yo sé lo difícil que es tener un amor de verano, y no quiero que lo paséis mal una vez que os tengáis que despedir. Yo lo viví con su padre, y me dolería que ambas sufierais por ello.

—Nicola me dijo que ella no lo conoció... —susurro y Bice niega un par de veces—. ¿Te dejó embarazada y se marchó?

—El padre de Nicola murió aquí, en Turchese.

—¿Cómo? —pregunto algo confusa.

—Nada, cariño... supongo que ella lo hará en su momento. Hay cosas que es mejor contarlas a su tiempo y a su debido modo. Mi hija ha pasado por mucho, incluso antes de nacer. Es muy difícil de explicar.

—Todo deja huella... —le digo mientras que la acompaño a la cocina y decido sentarme en un taburete—. Supongo que es algo inevitable. Aunque algunas veces nos encantaría tener una goma de borrar y acabar con lo que nos ha causado tanto daño.

—La verdad es que sí.

—¿Puedo preguntarte algo personal, Bice? —Las dos nos miramos y decidimos sentarnos en los escalones—. ¿Vittorio y tú estáis juntos? —Sus ojos se abren al escuchar su nombre—. Disculpa, no quería ser grosera.

—¿Por qué me lo preguntas?

—Os vi la noche de la verbena en la playa —le explico llevándome una mano al cuello—. Y bueno, se os veía muy bien juntos.

—Él y yo tenemos una historia un poco complicada. Nos conocimos hace muchísimo tiempo, antes incluso de que me quedase embarazada de Niki. Pero el tiempo ha logrado

que las cosas sean diferentes ahora... —me comenta mientras se prepara un café y se lleva un bollo de azúcar a la boca—. ¿Le conoces?

—¿Quién? ¿Yo? —miento algo apurada por la pregunta—. No, no. Bueno, sí, lo conocí en su barco hará unos días. Parece un hombre muy amable...

—Y lo es, pero... —Se apoya en la barra de la cocina—. ¿Por qué siento que necesitas hablar de algo y no sabes cómo?

—Es que... —Me muerdo el labio inferior—. No sé cómo contarte esto.

—Por el principio, cariño. No tengas miedo.

—Él es mi tío... —confieso sin dar demasiados rodeos—. Es el hermano pequeño de mi padre. Mi abuelo lo echó de la familia y no me conoce, así que el día que nos vimos, yo supe quién era por las fotografías que hay en casa, pero él...

—Eso que dices no puede ser... —niega un par de veces y la expresión de Bice se torna pálida—. ¿Eres la hija de...?

—Él es mi tío. Yo... ¿Conoces a mi familia? —Abro los ojos sorprendida—. Soy la hija de Ángelo.

—Entonces tu eres Adriana... ¿Adriana Richeri? ¿La heredera de Breka?

—Sí, esa soy yo... —Se separa y camina hasta el salón llevándose una mano a la frente. Ha dejado el café y el bollo a medio comer, y cuanto más la miro, más siento que saber quién soy ha provocado que se le revuelva el estómago.

—¿Qué está pasando...? —Nicola aparece por la escalera con un top deportivo a juego con las bragas que lleva puestas. Me es inevitable no recorrer esos lugares por los que paseé mis labios horas atrás, pero después despejo mi mente regresando la mirada a su madre—. ¿No es demasiado pronto para que estéis despiertas? ¿Mamá, estás bien? —Bice se vuelve hacia su hija y, al ver que ella no dice nada, decido hablar.

—Tu perro me pilló cuando salí al baño y desperté a tu madre sin querer. Y bueno...

—Llevas mi camiseta, ¿te has dado cuenta?

—Sí —admito y suelto una risilla incómoda—. Creo que debería vestirme y volver a casa. Mi madre se preocupará si no me ve regresar. Nos vemos pronto, ¿vale?

La mirada que recibo de Bice es esa clase de miradas perdidas, confusas y melancólicas. No se despide de mí, pero sí logro ver cómo mira a su hija con los ojos vidriosos repletos de tristeza. Me hubiese encantado poder continuar con nuestra conversación, saber por qué le ha afectado tanto saber quién soy, pero cuando paso al lado de Nicola y ella me besa en la mejilla, decido entrar en la habitación y dejar todo esto para otra ocasión.



Adriana. Turchese, julio.

Desde la conversación que tuve con Bice el tiempo ha pasado lento. Estos días no he dejado de darle vueltas a todo, a la manera en la que reaccionó cuando le dije quién era, cuando le conté que Vittorio era mi tío... Tengo la cabeza tan aturullada de cosas que apenas he podido dormir y lo único que he conseguido hacer, es meterme en mi dormitorio y no salir de él. Desearía poder contarle a Nicola todo lo que sé, pero no puedo hacer sin saber las respuestas a las preguntas que me hago.

Cuando llegué a Turchese lo hice con la necesidad de escapar, de apartarme de mi padre y de todo lo que él representaba en mi vida. Me urgía desprenderme de ese peso que me aplastaba y me asfixiaba; sin embargo, cuando pisé este pueblo, abrí los ojos y me di cuenta de que estaba huyendo, de que debía frenar mis pasos y enfrentarme a todo. Nunca me había atrevido a plantarle cara, a vaciar mi corazón, pero voy a hacerlo y ahora estoy más segura que nunca.

El sol cae sobre el pueblo pintando colores rosados en el cielo. Ya son las siete de la tarde y me he quedado embelesada observando la estampa a través de la ventana. De no ser por todo lo que ha pasado, ya habría puesto punto final a mi novela, pero apenas he sido capaz de escapar de esta burbuja de incertidumbre en la que me encuentro. Debería estar feliz, hablar con mi madre y decirle que al final me he enamorado. Todo ha sido mágico y ahora me encantaría surcar los mares montada en la escoba de aquella bruja que me sorprendió tanto la noche de la verbena.

Todo el mundo comenta que el amor de verano fluye más rápido que cualquier otra relación en otro momento del año, que la sensación que te ataca es la de montarte en una montaña rusa y que acabas exhausto y rendido a sus efectos. Yo estoy así desde que nos besamos e hicimos el amor en la cala; fue tan bueno y tan suave que surqué el cielo estrellado que nos cubría. Junto a Nicola descubrí un mar de sensaciones que llevo conmigo desde entonces.

El amor es curativo y una vez que te toca es capaz de cerrarte las heridas que sangran dentro de ti.

—Ey, creía que se te había engullido la cama. —Greta aparece de pronto en mi dormitorio y la miro sin saber bien qué decir. Abandono la ventana y me acerco para estrecharla en un fuerte abrazo. No quería ver a nadie, pero tenerla aquí es lo que necesito —. ¿Vas a contarme qué es lo que pasa o voy a tener que arrancártelo con chupitos de tequila?

—No, tranquila, no es necesario —respondo invitándola a sentarse en la cama—. Es que estos días estoy un poco liada... —Muevo mis manos alrededor de mi cabeza—. Y creo que me va a estallar la cabeza.

—Siempre te he dicho que le das muchas vueltas a las cosas. Deberías gritar de

felicidad... ¡tienes novia, joder! —exclama emocionada—. Que ahora que lo menciono, no me has contado como fue la cita.

—Y no te lo voy a contar, sabes que no me gusta hablar de mi privacidad. Pero para saciar tu curiosidad, te diré que Nicola y yo hicimos un viajecito a las estrellas.

—¡Qué...! ¡Eso me lo tienes que contar!

—Ni lo sueñes.

—Entonces, si las cosas van tan bien, deberías sonreír y ser feliz.

—Lo sé, pero hay algunas cosas que... —comento clavando mi mirada en mis manos—. Ya sabes. El verano se va a terminar, tendré que volver a casa, enfrentarme a mi padre y...

—¿Volverás a irte a Londres?

—No puedo hacerlo —le respondo con sinceridad—. No puedo marcharme y dejar a mi madre, tal como está, en Roma y con mi padre. Necesita a una persona que la ayude y mi padre no está dispuesto a hacerlo, así que...

—¿Te harás cargo de la fundación? —Niego un par de veces.

—No sé lo que va a pasar cuando regresemos, pero quiero enfrentarme a mi padre, decirle la verdad, cómo me siento y sacarme la carga que llevo conmigo desde hace tanto tiempo... —le explico—. Y una vez que lo haga, buscaré trabajo y haré todo lo posible para sacar a mi madre de esa casa.

Greta me observa en silencio porque ella más que nadie sabe todo lo que he pasado. Hemos sido amigas desde niñas, desde que un día me descubrió llorando bajo una mesa en mitad de una gala a la que fui con mis padres.

—¿Y solo está eso? ¿Lo de tu padre? ¿O hay algo más...? Mírame.

—Las cosas con Nicola van muy bien, pero en unos días tendremos que volver y hay demasiadas cosas que...

—Escucha. Nadie te dijo que ibas a encontrarte con ella aquí, tampoco que te enamorarías y que ibas a estar suspirando por ella, ¿quién te dice que las cosas no irán bien en cuanto todo termine?

—No suspiro por ella.

—Lo que quiero decir es que el futuro es muy incierto y no puedes permitir que algo que no conoces te prohíba vivir algo tan bonito.

—Supongo que tienes razón... —Cuando levanto la mirada y me fijo en Greta, me doy cuenta de que hay muchas cosas que no le he contado.

—Sabes que tengo razón —exclama convencida—. Ahora, será mejor que levantes el culo de ahí y te vengas conmigo. Vamos a salir.

—¿A salir?

—Así es —dice sin más—. Nos vamos a un sitio muy especial.



Nicola. Turchese, julio.

Hoy es una de esas noches especiales. Primero porque nunca he tenido la oportunidad de organizar algo así, y segundo porque la compartiré con una chica que ha conseguido que mis últimos días en Turchese sean una maravilla. Conocer a Adriana no estaba en mis planes, pero tenerla conmigo me ha permitido sanar el dolor y la culpa que dejó la muerte de Noelia en mi corazón. Me he dado cuenta con el paso de los días que el amor, eso a lo que tanto miedo le tenía, es lo más parecido a una tirita y que a veces llega a nuestras vidas para sanarnos.

Estamos en pleno mes de julio, queda poco más de un mes para decir adiós a todo lo que he vivido y aunque cuento con más fuerza y ánimos para perseguir mis sueños, la verdad es que dentro de mí me pesa la idea de dejarlo todo atrás. Quizá estoy siendo una dramática, pero sé que una vez que me marche del pueblo y recorra el mundo, ya no tendré ganas de volver. Me he pasado más de treinta años encerrada aquí y ya es hora de volar, y hoy quiero decirle a Adriana que aunque el verano termine, deseo que sigamos adelante con lo nuestro.

Antes de que nos conociéramos, la idea de enamorarme no estaba en mis planes. Era lo que evitaba, la razón por la que me negaba a disfrutar de la noche de la verbena, por la que me prohibía a mí misma conocer a nuevas personas y por lo que me encerré en mi propia y solitaria burbuja. No quería sufrir, volver a perder, verme obligada a olvidar y sanar unas heridas que eran tan invisibles como dolorosas. Ahora que Adriana está aquí en lo único que pienso es en tener mucho más tiempo. A menudo los amores de verano son los que marcan un antes y después, y estoy convencida de que lo nuestro ha pasado por algo.

Dispuesta a hacer algo diferente y romper con la rutina de todos los veranos, le pedí a mi tío que me dejase salir un poco antes del Stella. Mañana tendré que ser yo la que limpie y recoja las cosas en el velero, pero no me importa. A veces hay que sacrificarse un poco y yo lo haría siempre si con ello supiese que voy a provocar que Adriana pase una noche mágica en un lugar maravilloso.

La cala Memorien es uno de los lugares más bonitos del pueblo. Todo el mundo que pasa por aquí lo hace con la idea de lanzar su historia, sus sueños y sus deseos al mar. Se dice que cuando las quemas y esparces las cenizas en sus aguas, todos tus problemas se solucionan y sé que su situación familiar y la enfermedad de su madre son cosas que le pesan en el corazón y que necesita soltar.

Según mi reloj, faltan unos minutos para que Adriana llegue. Le pedí ayuda a su amiga Greta para engañarla y traerla hasta mi encuentro. Lo único que debo hacer es esperar y rezar porque haya conseguido convencerla. Estos últimos días, desde lo que pasó en mi casa, apenas nos hemos cruzado y me preocupa que mi madre y ella hablaran de algo que haya afectado a lo que tenemos. Mi madre ha esquivado todas mis preguntas y me temo que

esconde algo, y eso no me gusta. Decido abandonar mis pensamientos un par de segundos antes de que ella aparezca por la arboleda que perfila el acceso a la cala. Cuento los segundos hasta que su mirada y la mía se encuentran. El brillo de sus ojos es pura magia, aunque nada tiene que hacer frente a su sonrisa.

—¿Se puede saber qué haces aquí?

—¡Sorpresa! —Me encojo de hombros y me acerco para besar sus labios—. Siento no haberte avisado, pero hice uso de Greta para prepararte todo esto. Llevaba días sin verte y me preocupaba que... bueno...

—Solo me di unos días para pensar un poco —comenta y se gira para buscar a su amiga—. ¿Tú te quedas?

—¡No! —niega ella y se echa a reír—. Yo ya he hecho mi trabajo. He quedado con Fabian, iremos a un *pub*. Vosotras pasadlo bien.

—Eso ni lo dudes —respondo y recibo la mirada curiosa de Adriana—. ¿Me vas a decir qué ha estado circulando por tu cabecita estos días?

—¿Quieres que te lo cuente ahora? —Hace un pucherito—. Al menos enséñame la sorpresa que me has preparado, ¿no?

—Solo si me prometes que lo harás.

—Anda, vamos. Me muero de la curiosidad.

Fabian tiene razón al decir que siempre he sido una blanda, porque una vez que Adriana se acerca y me besa en los labios, no puedo evitar ceder y hacer caso a sus peticiones. Las dos cogemos el camino de madera que atraviesa la arboleda acompañadas por las luces de unas antorchas que marcan el rumbo en dirección a la playa y cuando somos recibidas por las luces del restaurante, mi secreto se desvela con la facilidad con la que las olas del mar acarician la orilla.

—Bueno, pensé que... después de todo lo que habíamos hecho juntas debíamos tener una cita seria —comento mientras que ella recorre con sus ojos todo lo que tenemos delante—. Esta es la cala Memorien. Se llama así porque todo aquel que viene está obligado a dejar ir todo aquello que desee contarle al mar. Se dice que sus profundidades están repletas de historias, que es una forma de dejar huella en el mundo, de pintar memorias... —susurro muy cerca de su oído—. Y quería que lo hiciésemos juntas antes de marcharnos a Roma.

—¿Por qué...? —me pregunta con curiosidad.

—Porque así, si nos separamos, lo que hemos vivido siempre se quedará guardado aquí, refugiado del tiempo y el olvido.

—¿Tienes miedo de que podamos olvidar todo esto? —Niego con la cabeza y ella se coloca frente a mí—. Yo también tengo miedo. Cuando regrese, las cosas no serán como lo son aquí y mi padre, bueno... —suelta un bufido—. Quiere que me haga cargo de muchas cosas y si quieres que te sea sincera, no lo soporto.

—Entiendo cómo te sientes pero... —medito un poco—. ¿Has pensado aceptar y después delegar?

—¿Y tener que ver su cara de satisfacción cuando vea que he aceptado sus peticiones? —Levanta una ceja y niega—. Su arrogancia es repugnante y... —De repente, busca en mis brazos su consuelo—. Yo no soy como él...

—Quizá suene fuerte lo que te voy a decir, pero el día que él muera, aunque te enfrentes a él ahora, seguirás heredando todo lo que una vez tuvo —le explico sin más—.

Así son las cosas, al menos hasta que cortes todas las conexiones con él. Y creo que, en parte, no quieres hacerlo.

—¿Tú crees?

—Nuestros padres, sus actitudes con nosotros, la forma en la que nos tratan, nos aman o nos protegen, todo eso deja huella... —respondo buscando su mirada—. Hasta las cosas más dolorosas provocan que seamos incapaces de borrarlos de nuestra memoria, de desligarnos de su recuerdo.

—Yo lo único que quería es que él me quisiera, Niki...

—Lo sé...

Hay personas que pasan por tu vida sin pena ni gloria, otros que te causan heridas de por vida; algunos nos sanan, nos rompen, nos recomponen y las hay como ella, que llegan para pedir ayuda y encontrar su camino de vuelta a casa.



Adriana. Turchese, julio.

Aún no es medianoche, y tras una velada perfecta en uno de los restaurantes más bonitos del pueblo, Nicola y yo hemos decidido dar un paseo. La playa de esta cala es pequeña, pero eso no le quita belleza. Bajo nuestros pies hay pequeñas conchas, piedrecitas de colores, y la luz de la terraza del restaurante en el que hemos cenado cae sobre la orilla provocando que el agua brille. La música se mezcla con el arrullo del mar y todo es calma y serenidad. Ahora estoy tranquila y feliz, y la culpa la tiene ella: la chica de ojos negros que camina a mi lado.

Cuando elegí este lugar para pasar el verano, no esperaba nada de esto y me alegra no haber escogido otro lugar. Nicola se ha convertido en mi roca, en la fuerza que necesito para enfrentarme a mi futuro en Roma y también a mi padre. Dos baches que tendré que superar en cuanto todo esto acabe y regrese a la normalidad.

Antes de comenzar nuestro paseo, hemos rellenado un papelito con todo eso que queremos dejar atrás, los hemos quemado y nos han dado un pequeño tarrito con las cenizas. Es algo muy simbólico, mágico incluso, pero es perfecto para cerrar este capítulo y dar comienzo a uno nuevo que espero esté repleto de sueños hechos realidad. Porque Nicola tenía razón en algo, aceptar las obligaciones de mi padre no implica que deba hacerme cargo de ellas toda la vida.

—Tienes la cabeza en la luna... —Su voz provoca que abandone mis pensamientos y me centre en ella—. ¿Le estás dando vueltas a lo de antes?

—Me es inevitable —suelto un suspiro—. Me encantaría poder hablar con él, decirle cómo me siento, que aceptaré hacerme cargo de todo... —murmuro pasándome una mano por el pelo—. Pero estoy aterrada de miedo, siempre le he tenido miedo y por eso me he pasado la vida huyendo.

—Pero no eres una niña, ¿cuántos años tienes?

—Treinta, pero ¿qué tiene que ver?

—Que eres adulta, Adriana. Nadie, ni siquiera tu padre, te puede robar la posibilidad de elegir tu destino. —En ese momento dejamos de caminar y las dos nos miramos a los ojos—. Mira, no sé qué son esas cosas de las que te tienes que hacer cargo, pero no estás sola. No importa lo que ocurra en Roma, te ayudaré en lo que sea.

Ver el brillo de las luces en sus bonitos ojos es como sumergirte en una noche profunda repleta de estrellas. Greta dice que Nicola es preciosa, pero más allá de su belleza física hay mucho más, un mundo repleto de tesoros que quiero descubrir y disfrutar.

—Gracias por todo esto, de verdad, significa mucho para mí.

—No solo somos un amor de verano, ¿no es así? —Me mira y rodea mi cintura con sus brazos—. El futuro es muy incierto, pero quiero creer que siempre te tendré. No importa cómo.

—Claro que sí... eso ni lo dudes.

—Entonces no pienses que todo lo que pueda pasar es malo. Siempre hay luz, incluso en las noches más oscuras. —Cuando Nicola levanta la mirada al cielo, apenas puedo contener la sonrisa. Sobre nuestra cabeza son muchas las estrellas que brillan y rompen la negrura de un manto que se cierne contra el mundo. Hubo un tiempo en el que me aferraba a su tintineo para soñar y sentirme acompañada. Era infeliz, lo fui durante tanto tiempo que ahora, la felicidad es como una fantasía de la que no deseo despertar—. Estás llorando...

—¿Qué? —Solo cuando Nicola lo menciona noto cómo unas cuantas lágrimas caen por mis mejillas sorprendiéndome—. Lo siento, esto...

—No te disculpes. Lo importante es que lo hagas porque te sientes eufórica y no porque la tristeza te esté agujereando el alma.

—¿De dónde has salido tú, eh? —le pregunto y cuando sonrío apenas soy capaz de contener un suspiro—. ¿Echamos nuestros sueños al mar?

—Sí, pero vamos a las rocas, así serán eternos.



Hace unos minutos que me he separado de Nicola para poner rumbo a casa. Desde que llegué ese lugar de paredes blancas, puerta azul y buganvillas se ha convertido en mucho más que un hogar: un refugio. Nunca pensé que me acostumbraría tan rápido a su espacio, a su bonito salón decorado con motivos marítimos, y a ese dormitorio cuyo encanto reside en la ventana que me conecta con el mar y su horizonte.

A esta hora de la madrugada, en las calles reina un silencio que me pone el vello de punta y me recuerda a esos instantes de mi niñez en los que mi padre atravesaba la puerta de mi dormitorio para increparme por algo que, según él, no había hecho bien. Me encantaría poder desprenderme de las huellas y heridas que ha dejado en mí, borrarlo, hacerlo desaparecer, pero todo lo que me hizo sentir, cada cosa que sufrí por su culpa me ha convertido en la mujer que soy y eso no lo cambio por nada.

Con las llaves entre las manos, abro la verja que separa la calle del jardín interior y subo los peldaños de la escalera hasta que choco con la luz del salón filtrándose a través del ventanal. A esta hora mi madre tendría que estar durmiendo y es por eso por lo que me apresuro a entrar.

—¿Mamá? ¿Mamá, estás bien? —Camino con prisa y en cuanto cuelgo mi bolso en el perchero y me adentro en el área central de la casa me quedo sin respiración.

—¿Disfrutando de lo que sea que tenga este pueblucho de mierda? —pregunta mi padre, acompañado por mi madre que está petrificada y mantiene su boca cerrada. Yo la miro buscando la respuesta a las preguntas que me hago, pero sus ojos están vidriosos, asustados y tan sorprendidos como lo estoy yo.

—¿Qué se supone que haces aquí?

—Vigilar que cumples con tu promesa de volver y hacerte cargo de todo —me recuerda—. ¿O pensabas que te ibas a escapar de mí con tanta facilidad?

—No pretendía hacer nada de eso.

—Vamos, Adriana, no me mientas. —Golpea la mesa con una palma abierta tomándonos por sorpresa a las dos—. Ya nos conocemos bastante cómo para saber que

este viaje es solo la excusa para volver a desaparecer.

—Haciendo esto mismo consigues que me lo replantee.

Mi padre se deja caer sobre el respaldo del sofá y se me queda mirando por un segundo buscando la mentira en mis ojos, una que no encuentra y que sé que lo altera un poco más.

—Dime, ¿te lo estás pasando bien? —dice mientras se levanta y se queda parado a pocos centímetros de mí.

—Ángelo, ¿por qué no la dejas? Ya es bastante tarde.

—Cállate. La que debería irse a dormir eres tú. Tu hija y yo tenemos muchas cosas de las que hablar.

—No le hables así...

—¿Qué has dicho? —pregunta dando un paso más.

—¡Que no le hables así, maldita sea! —Y en ese momento, hago lo que aquella niña pequeña siempre quiso hacer: enfrentarse a su monstruo, romper con sus miedos. El empujón que le doy a mi padre es suficiente para él trastabillar y caiga de espaldas contra el sofá—. ¡Tú no eres quién para venir aquí a controlarle la vida a nadie! ¿¡Quién te crees que eres!? ¿¡Nuestro carcelero!? —grito hasta que la rabia y el dolor toman el control de mi voz—. ¡No eres bienvenido! ¡No te queremos! ¿¡Es que acaso no te ha quedado claro!? —Mi padre se levanta y lo hace con tanta rapidez que me es inevitable cerrar los ojos cuando su mano está a la altura de mi cara—. Vamos. Atrévete, tócame otra vez y te juro que la fundación y todo tu dinero se van a pudrir contigo en la tumba.

—¿Sabes lo que eso significaría, no?

—Creo que ya te he dicho lo que pienso. —La carcajada de mi padre choca contra mí y, al girarse, pone su atención en mi madre—. ¿Ves lo que pasa por dejar que haga todo lo que le dé la gana? ¡¿Lo ves?! —

—Tu hija es libre de hacer con su vida lo que quiera, Ángelo. No podemos obligarla.

—Tu hija se debe a su familia —responde él enfurecido—. Lo sabes de sobra, así que no digas estupideces.

—Os recuerdo que no soy una niña de diez años a la que manejar como queráis. —Me llevo una mano a la frente y me echo a reír—. ¡Lo único que quiero es ser feliz! Y tú... — Señalo con una mano a mi padre—. Tú nunca has... ¿alguna vez has sentido algo de compasión por mí? ¡Soy tu hija, joder! —le grito—. No pienso permitir que destroces mi vida.

—Adriana, por favor, déjalo. Vayamos a dormir y ya hablaremos de esto mañana.

—Yo no tengo nada que hablar con nadie, y mucho menos con él —le digo a mi madre—. ¡He vuelto a casa por ti, mamá! —le grito ahora a ella—. Y es triste darse cuenta de que no quieres luchar por tu felicidad y tu tranquilidad, cuando yo sería capaz de arriesgarlo todo por ti.

Con los ojos llenos de lágrimas y una fuerza que no sé de dónde sale, camino por el pasillo y cierro la puerta de mi dormitorio tras de mí. Estoy agotada, desbordada y tan molesta que en cuanto me dejo caer en mi cama y escondo mi cabeza debajo de la almohada, grito hasta que la garganta se me desgarran y me quedo sin voz. En cuestión de unos minutos me he dado cuenta de que no podemos luchar por alguien que no se quiere salvar y me siento tan rota por eso que las lágrimas brotan y lo hacen como dos ríos que no frenan.



Adriana. Turchese, julio.

Llevo despierta más de una hora, pero no he querido levantarme y tampoco escapar de mi habitación. Después de lo que pasó anoche noto el cuerpo pesado y agotado, como si la decepción y el enfado estuviesen pegados a mi piel recordándome todo el dolor que sentí al ver cómo mi madre aceptaba sin más todo lo que decía mi padre. Estoy muy cansada, tanto, que la felicidad que he vivido junto a Nicola estos días se ha visto solapada por este malestar que me ha quitado hasta las ganas de comer.

El reloj marca las ocho de la mañana cuando decido salir de la cama. Me tomo un par de segundos para mirarme al espejo y observar a esa mujer que, después de tantos años, se ha enfrentado a su mayor temor sin miedo a las represalias, sin huir. No sé si mi padre ya estará despierto, pero no voy a quedarme escondida aquí dentro mientras que mis últimos días en Turchese pasan de largo.

Me sujeto el pelo en una coleta alta y, soltando un suspiro, bajo las escaleras encontrándome con mi madre en la cocina; sus movimientos son lentos y automáticos, como si fuese una sombra de sí misma. Está preparando el café con su mirada perdida en el horizonte que se ve a través de la ventana que tiene delante y de mi padre no hay ni rastro.

—Mamá. —Al escucharme, gira la cabeza y me mira con ojos repletos de tristeza y resignación. Sé que lo que pasó por la noche nos ha dejado tocadas a las dos, que las palabras que salieron de mi boca fueron muy duras, pero no pude evitarlo.

—Cariño, siento mucho lo de ayer... —dice con la voz quebrada y, sin más, me abraza—. Cuando vi aparecer a tu padre me quedé en *shock*. Jamás pensé que fuese capaz de regresar a este lugar, al lugar en el que... —Se aferra más a mi cuerpo—. No supe cómo reaccionar.

—No puedes seguir viviendo así, mamá. No es justo ni para ti ni para mí. Estoy cansada de la situación, de luchar sola, de enfrentarme a papá mientras que tú sigues teniéndole miedo.

Una vez que me separo y nuestras miradas se cruzan, noto cómo le tiemblan las manos. Todo esto no es fácil, lo sé. Está luchando contra un cáncer que la está debilitando y, además, tiene que soportar el hecho de que mi padre solo quiere jodernos la vida cada vez un poco más.

—Yo no tengo fuerzas para hacerlo, cariño... —Su voz se quiebra y las lágrimas ruedan por sus mejillas—. Tu padre siempre ha sido tan...

—Sé que no es fácil, mamá, pero no podemos seguir así. ¿Sabes que me obligó a hacerme cargo de los eventos de Breka? ¿Que me chantajeó con dejarnos en la calle y no pagar tu tratamiento si me negaba? —Ella se queda tan sorprendida que no dice nada—. Merecemos ser felices, vivir sin miedo. Yo no quiero pasar el resto de mi vida atrapada en esta dinámica, y tú tampoco deberías.

—Lo sé, pero yo también necesito tiempo para saber cómo hacerlo.

—¿Dónde está?

—No lo sé. Ha salido temprano.

—Bueno, mejor así —replico y suelto un suspiro—. Yo iré a buscar a Greta, anoche no vino a dormir, seguro que se ha quedado con Fabian —comento buscando su complicidad—. Necesito que me dé un poco el aire.

—Está bien, cariño.

En cuanto entro a mi dormitorio, busco la ropa que necesito, me doy una ducha rápida y salgo de casa con la necesidad de alejarme de todo esto. Por suerte no me encontraré con Nicola a la vuelta de la esquina ya que a esta hora estará en el Stella y es un alivio porque ahora mismo lo que quiero es encerrarme en una pequeña burbuja y desaparecer. Tengo suerte de que la casa donde vive Fabian no esté muy lejos de aquí, porque todo lo que ha pasado me tiene algo perdida. Ni siquiera sé cuantos pasos doy cuando al levantar la mirada, pero choco con Greta y con esa sonrisa que lleva dibujada en los labios desde la noche de la verbena.

—¿Adriana? ¿Dónde vas tan temprano?

—Necesitaba verte —susurro y me fundo con ella en un fuerte abrazo—. Ha pasado algo y...

—Ya decía yo que no tenías buena cara —comenta en cuanto pone su atención en mí y busca un lugar donde sentarnos—. Ven, vamos allí.

—No. Mejor damos un paseo y te lo cuento, ¿vale?

Comenzamos a caminar y decido sujetarme a su brazo y dejarme llevar por ella. Su calidez y compañía me envuelve y me hace sentir un poco más entera. Agradezco tenerla aquí conmigo, que a pesar de estar disfrutando del verano por separado, podamos contar la una con la otra y reunirnos cuando las cosas no vayan bien como ahora.

Nicola me dijo que en la zona alta de Turchese, la más alejada de la costa, está repleta de senderos que llevan a las colinas que lo rodean y brindan con una estampa maravillosa del mar. La mañana está fresca y cuando me adentro en uno de ellos, la fragancia de las flores se mezcla con el salitre y nos empuja hasta que llegamos a lo más alto y el sonido de las olas rompiendo contra las rocas me alerta de que ya hemos llegado.

—¿Me vas a contar lo que ha pasado? —me pregunta Greta con suavidad y después, decido sentarme en un claro de hierba bajo el sol—. Me estás preocupando.

—Mi padre apareció de la nada. Empezó a gritarme, a decir que estaba aquí porque sabía que me iba a escapar, que este viaje solo era una tapadera... —le explico sujetando las piernas contra mi pecho—. La situación se volvió insoportable, me enfrenté a él y...

—Ya era hora que lo hicieras, ¿no crees? —Aprieta mi mano con ternura y eso me hace sonreír—. Lo de tu padre se estaba volviendo insostenible, y después de lo que me contaste antes de venir aquí, creo que se merecía que alguien le parase los pies. ¿Y tu madre?

—Ella sigueteniéndole miedo y yo no sé si tengo fuerzas para luchar por las dos. —Mis palabras salen con dificultad, pero decirlas en voz alta me hace sentir un poco más ligera—. Anoche se quedó en el sofá viendo cómo nos peleábamos y...

—Y regresaste a esos momentos de tu infancia donde ella fue incapaz de protegerte —susurra y suelta un suspiro—. Es normal que te sientas así. Sobre todo teniendo en cuenta todo lo que estás soportando.

—Me gustaría ser más fuerte, encontrar la forma de hacer ver a mi madre que no va a

pasar nada porque se enfrente a mi padre por primera vez en la vida, pero no sé cómo hacerlo y eso me frustra mucho. —Aquí, desde lo más alto de la colina, las vistas son impresionantes y el sonido del mar, hipnótico. Un recordatorio de lo pequeño que es todo en comparación con la inmensidad del mundo. Desearía que mis problemas fuesen así, pequeñitos, solucionarlos con un pestañeo y vivir mi vida sin esta clase de sobresaltos—. Estoy agotada... —confieso.

—Creo que tienes que pensar en ti misma ahora. —Greta me mira y me dedica una sonrisa—. Tu madre debe encontrar la forma de luchar por sí misma y por su felicidad. —Y, aunque sé que tiene razón, la idea de aceptar que no puedo ayudarla, me duele—. No puedes salvar a quién no quiere ser salvado.

—Gracias, de verdad...

—Ya sabes que siempre estaré aquí —responde y me regala un abrazo con el que calma mi corazón—. Pase lo que pase, y vayas donde vayas.

—He estado pensando mucho en eso, ¿sabes? En irme a otra parte, buscar un lugar donde podamos vivir lejos de mi padre, un sitio donde comenzar de cero —le confieso sintiendo que por primera vez la decisión de marcharme no es una huida—. Pero para eso debo contar con dinero y...

—Te lo he dicho, cuentas con mi apoyo y estoy segura de que Nicola también te ayudará —me asegura—. No estás sola, ¿de acuerdo? Además, ¿no me dijiste que tu tío estaba aquí? ¿Por qué no le pides ayuda?

—Las cosas no son tan fáciles.

—Bueno, pues haz que lo sean. Primero habla con Nicola, cuéntale como están las cosas y... —De repente, el teléfono de Greta suena y rompe nuestra conversación. Es Fabian—. Espera un momento... —me dice y descuelga—. ¿Cómo está el chico más guapo de este pueblo? —pregunta y la sonrisa que surca sus labios es tan bonita que se me contagia—. ¿Un paseo? Pero me acabo de ir de tu... Claro, sí. Ah, estoy aquí con ella. Vale, pues ahora nos vemos.

—Fabian dice que nos invita a dar un paseo —me cuenta y se encoge de hombros—. Por lo visto no tiene que ir a trabajar hoy —explica y se pone en pie para sacudirse las bermudas que lleva puestas—. ¿Te apetece o quieres ir a otra parte?

—No, tranquila, me vendrá bien airearme un poco.

—Pues vámonos.



Nicola. Turchese, julio.

Apenas han pasado unas horas desde que Adriana y yo tuvimos nuestra primera cita, y ahora todo me parece más bello que antes. En la agenda aún quedan un par de reservas para hoy, pero ya estoy deseando terminar para ir a buscarla e invitarla a dar un paseo por el pueblo. Anoche, cuando regresé a casa, recordé un mirador precioso que hay en una de las colinas y estoy segura de que le encantará.

A la espera de que lleguen los próximos clientes, me he sentado en la proa del velero, con los pies colgando hacia el mar, disfrutando de como la brisa se cuele bajo mi ropa y refresca mi piel. La idea de vivir en Roma sigue sacudiendo mi mente, pero ahora lo hace de una manera diferente. Quiero dar el paso, hacer realidad mis sueños y convertirme en la mujer que quiero ser, así que no tengo nada a lo que temer. Además, Adriana estará muy cerca y eso no solo me ayudará a no estar sola, sino que me permitirá descubrir si nuestra relación es tan fuerte como todo lo que hemos vivido hasta el momento.

En el horizonte, el mar se mece tranquilo y yo me siento de la misma manera. Lo único que altera mis sentidos son los graznidos de las gaviotas que sobrevuelan el puerto en busca de restos de pescado con los que llenarse el estómago y la falta de conversación que hemos tenido mi madre y yo desde que pillase a Adriana en nuestra casa algunas noches atrás. Sé que está preocupada, aunque no he conseguido averiguar por qué. Quiero pensar que será alguna tontería sin importancia porque si fuese otra cosa más grave, me lo diría.

—Nicola, nuestros clientes ya están aquí. —Vittorio llama mi atención y me incorporo para caminar hasta la popa donde está la escalerilla que da acceso al barco. Yo soy la encargada de las bienvenidas, así que me coloco a un lado con una sonrisa genuina dibujada en los labios, bloqueando mis propios pensamientos y centrándome en mi trabajo una vez más. Sin embargo, una voz que conozco bien rompe mi estatus de trabajadora y al guiar mis ojos por todas las personas que pasean por la zona, la encuentro.

—¿Se puede saber qué...? —Una vez que su mirada choca con la mía, descubro que hay algo que no está bien.

—Fabian nos invitó a dar un paseo y... —Se encoge de hombros—. Necesitaba escapar de casa, así que...

—¿Pero las cosas están...?

—Revueltas, muy revueltas —responde Greta al pasar por mi lado acompañada de Fabian, que me guiña un poco y me saluda con un beso en la mejilla—. ¡Pero aquí estamos! Y espero que Adriana tenga razón al decir que las vistas de Turchese desde el mar son increíbles.

—Poneos cómodos —les digo a todos y me acerco a Adriana—. ¿Te parece que hagamos algo después y así me lo cuentas?

—Te diría que sí con gusto, pero... —suspira y desvía la mirada hacia nuestros pies—.

Ayer por la noche llegó mi padre a Turchese. Tuvimos una fuerte discusión y las cosas están un poco tensas.

—Todo va a ir bien, ¿de acuerdo? —Adriana me sonrío y le acaricio la mejilla para que se tranquilice—. Ahora solo disfruta. —Afirma con la cabeza y busca un hueco junto a Greta y Fabián para sentarse—. Bueno, bienvenidos al Stella, soy Nicola. Espero que a ninguno de vosotros le dé miedo el mar. En todo caso, si os sentís indispuestos, tenemos un baño al que podéis acceder por las escaleras de ahí —señalo—. Mientras tanto, soy vuestra guía y asistente personal, así que, si deseáis algo, estoy a vuestra disposición. Disfrutad del paseo.

Cuando el Stella emprende su camino para salir del puerto hacia el mar, dejo a Adriana para bajar al puesto de mando y buscar a Vittorio, que se encuentra junto al timón, con la última taza de café apoyada en la repisa que tiene delante junto a algunas fotografías familiares.

—¿No crees que beber tanto café te pondrá como una moto?

—No he dormido bien esta noche —admite echando un bostezo al aire—, así que, si no quieres ser tú la que maneje el velero, es mejor que no me lo prohíbas.

—Deberías decirle a mi madre que te deje ir a dormir temprano —bromeo mirándolo de reojo—. Esta mañana ella parecía un zombi, ¿se puede saber qué os pasa?

—Cosas nuestras, no tienes nada de lo que preocuparte. ¿Y los pasajeros?

—Fabian ha invitado a su chica y a Adriana a dar un paseo. Deberías salir a conocerlas.

—Tu madre me dijo que te gusta —comenta tomándome por sorpresa—. Adriana, digo.

—Sí... —confieso con una sonrisa—. Es una mujer increíble, y la verdad, me alegra saber que después del verano nos podremos ver en Roma. Es una coincidencia que también viva en Roma.

—Esas cosas suceden —medita en voz alta y veo en él una mirada que no sé muy bien cómo describir—. Deberías salir y disfrutar con ellos.

—¿Seguro?

—Sí, ve. Todo estará bien por aquí.

—Gracias —le digo y, tras besarlo en la mejilla, salgo a la cubierta donde me recibe la risa de Fabian. Adriana en cuanto me ve, se levanta y acude a mi lado para sujetarse a mi cintura con las manos—. Deberías sentarte si no quieres caerte...

—No te preocupes, estoy a salvo siempre que estés tú a mi lado —me recuerda—. Te queda muy bien el uniforme de trabajo.

—Y a ti el moreno playero que vas adquiriendo conforme pasan los días —confieso mirando la rojez de sus mejillas, detectando de nuevo la tristeza en sus ojos—. ¿Puedo preguntarte por qué es tan importante para tu padre que heredes toda la fortuna de tu familia?

—Bueno... —murmura y decide llevarme a un lugar más apartado, donde podamos hablar más tranquilas—. Mi abuelo trabajó mucho en su momento, hizo todo lo posible porque la fortuna de la familia no decayera... así que imagino que no quiere que eso vaya a parar a las manos de alguien desconocido —me explica sin más—. La cuestión es que sus formas, la manera en la que él ve la vida, el estar en boca de todo el mundo y el poder... —Adriana se abraza a sí misma y niega—. A mí no me gusta.

—Es un ególatra entonces...

—Es mucho peor que eso. Solo mira por su propio beneficio y no le importa a quién

tenga que sacrificar para conseguir lo que desea. —Se tensa y la abrazo para que descargue sobre mí el peso que lleva cargando consigo desde hace tanto tiempo—. Él ha sido tan duro conmigo y con mi madre que... —Se aferra con fuerza a mi ropa—. Marcharme a Londres fue una opción para escapar de él y sus tonterías de ser la hija perfecta. Se ha pasado toda mi vida intentando moldearme a su antojo y ya estoy cansada.

—¿Moldeándote?

—Sí, bueno, él quiere que me convierta en su copia, que deje toda mi vida por seguir sus pasos y me olvide de escribir —me explica y, de pronto, me doy cuenta de la clase de persona que es él—. Incluso me ha chantajeado con dejarme en la calle y no pagarle a mi madre el tratamiento del cáncer si no hago lo que me dice.

—¿Pero tu padre es imbécil o qué le pasa? —exclamo levantando la voz, llamando la atención de Greta y Fabian. Necesito seguir hablando con ella sin espectadores, así que la sujeto de la mano y la llevo conmigo en la dirección contraria, a la otra punta del velero—. Me encantaría decirle cuatro cosas bien dichas a ese gilipollas.

—Él nunca mira por los demás...

—Todo irá bien, ya verás...

Cuando Adriana pone su atención en mí, su agradecimiento llega en forma de beso. Un beso que me deja sin aliento y respiración, sin latidos y sin vida. No sé si seré capaz o no, pero en cuanto cierro mis ojos y me dejo llevar por el amor que siento por ella, me prometo a mí misma hacer lo posible porque su sonrisa siempre brille por encima de las estrellas e incluso del mismo sol. No me gusta verla sufrir así, y pensar que todo esto lo está causando su padre, me retuerce por dentro.



Nicola. Turchese, julio.

El fin de semana ha pasado rápido y aunque me gustaría que el tiempo se detuviera, la verdad es que no está en mis manos. Me he dado cuenta de que cuanto más quiero que frene, las manillas del reloj más se aceleran, así que he tomado la decisión de no observarlas y guiarme solo por los latidos de mi corazón. Julio avanza y en cuestión de unas semanas tendré que preparar todas mis cosas para enviarlas a la residencia de estudiantes en Roma. Tengo curiosidad por saber cómo será vivir allí, si haré nuevas amistades, descubrir si mi arte tiene un hueco en un mundo repleto de artistas.

Aprovechando que la agenda del Stella está vacía, le he hecho una visita rápida a mi madre para pedirle que me organizara algo de almuerzo para llevar. No puedo dejar que Adriana se marche de Turchese sin visitar el mirador y después de lo que me contó sobre su padre, lo único que deseo para ella es que salga de esa casa y desconecte. Saber lo mal que la ha tratado ese hombre ha provocado que mi preocupación por ella aumente y aunque no tengo nada que hacer con su situación familiar, puedo cuidar de ella y provocar que la felicidad reine por encima de esa carga que ha estado soportando todo este tiempo y que seguro la está martirizando.

Son las once de la mañana y el sol brilla alto y fuerte. Las calles del pueblo están plagadas de personas que caminan en grupo hacia la playa. Hoy mis planes no están puestos en el mar, sino en otro lugar mucho más tranquilo, apartado, privado, y desde el que las vistas de Turchese mejoran de manera extraordinaria.

La casa en la que se hospeda Adriana es una de las más bonitas de la zona. Las paredes blancas se mezclan con las ventanas en tonos azules, y la verja que separa el exterior del interior está repleta de buganvillas cuyo color magenta resalta por encima de todo. Desde la calle, los arbustos se alzan decorando toda la pared y tiene tanto encanto, que me planteo en un futuro contar con un lugar así donde vivir.

Con el ánimo por las nubes y una sonrisa dibujada en mis labios, accedo al jardín y subo los pequeños escalones que me separan de la puerta principal. No sé cómo voy a presentarme, no he tenido el placer de conocer a su madre y mucho menos al indeseable de su padre, pero llevamos ya unas semanas juntas y ya va siendo hora de que lo haga. Animada por la felicidad que siento, presiono el timbre y me guardo las manos en los bolsillos de las bermudas que llevo puestas. No tardo mucho en percibir la voz de un hombre al otro lado y una vez que la puerta se abre, unos ojos azules, tan profundos como oscuros, se quedan petrificados al verme.

—Hola... Buenos días, soy Nicola. ¿Adriana está en casa? —Sin importar el gesto contrario, me armo de valor para brindarle una sonrisa. Sé que este hombre le ha hecho la vida imposible a la chica con la que salgo y aunque se me revuelve el estómago, la verdad es que no voy a dejar que mis emociones hacia él me gobiernen.

—¿Nicola? —No sé por qué me sonrío, tampoco por qué me mira cómo lo hace y busca algo en mí que empiece a incomodarme—. ¿Y de dónde has salido tú?

—De aquí, de Turchese. Este pueblo es mi hogar desde que nací.

—Así que naciste en este pueblucho... —Se cruza de brazos y se apoya en el canto de la puerta con curiosidad—. Vaya, vaya... creía que no habría nada ni nadie que pudiese sorprenderme, pero aquí estás tú.

—No le entiendo...

—Es curioso. Sabía que el destino podía jugártela, pero no que fuese capaz de despertar a los muertos de su propia fosa. —Se limita a decir, confundiéndome quizá más de lo que ya lo estoy—. Vete de aquí. Adriana no está disponible y mucho menos para ti, desgraciada.

—¿Disculpe? ¿Qué me ha llamado? —Si algo he aprendido con el paso de los años, es que los insultos son el arma que usan las personas en su defensa. No sé qué estará esperando que haga, pero no pienso marcharme a ningún lado sin Adriana.

—¡He dicho que te marches de aquí! ¡No eres bienvenida! ¡Mi hija tiene cosas más importantes que hacer! —La agresividad de sus palabras es tal que necesito dar un paso hacia atrás. Estoy acostumbrada a las habladurías pero no a que una persona me agreda sin ponerme una mano encima—. Te juro que si no te vas, te arrepentirás.

—¿Piensa que haciendo eso me asustaré y saldré corriendo? —pregunto y, de repente, me abofetea tan fuerte que noto como el labio se me parte. Bloqueada y asustada, decido no achantarme y mostrarle una sonrisa—. ¿Así trata a todo el mundo? Puede golpearme todo lo que quiera, seguiré siendo la novia de su hija y le prometo que no me voy a mover de aquí hasta que no la vea aparecer por esa puerta.

—¿Niki? —Adriana aparece y en cuanto repara en la herida de mi labio, sale corriendo por la puerta y me sujeta la cara—. ¿Estás bien? —Puedo ver reflejado en sus ojos el dolor y la rabia contenidas, y antes de que pueda decir que estoy bien, se gira y empuja a su padre—. ¿Se puede saber quién te crees que eres!? —Él se mueve con tanta rapidez que al verlo levantar la mano de nuevo, reacciono y me coloco delante de ella para evitar que la golpee cubriéndome a mí misma con ambos brazos.

—¡Ni se le ocurra tocarla o le juro que lo denuncio!

—No tienes ni idea de con quién estás hablando, ¿verdad? —me pregunta dando un paso hacia atrás.

—Sé lo suficiente, lo demás no me interesa. La única persona que me importa es su hija y si me disculpa, me la voy a llevar para enseñarle lo que es el amor de verdad.

Ni siquiera me había dado cuenta de que la bolsa que llevaba está en el suelo, así que me agacho, la recojo y sujeto la mano de Adriana para tirar de ella y empezar a caminar. Me hubiese encantado conocer a su familia de otro modo, pero ahora estoy aún más segura de algo, y es que no pienso dejar que su padre le destruya la vida.

—Espera, Nicola, no...

Enfurecida, envuelta en la euforia y en la adrenalina del momento, tiro de ella sin prestarle atención. No me tomo un minuto de descanso, siento la obligación de llevármela lejos, de apartarla de todo, de arrastrarla a un lugar donde nadie pueda encontrarla. De manera inconsciente, mis pasos me llevan hacia los senderos arbolados, hacia los extremos del pueblo en los que el paisaje veraniego se convierte en uno de montaña que culmina en los acantilados; el lugar donde vi a Noelia por última vez y donde mi padre perdió la vida

hace años atrás.

—Adriana, yo... —Al girarme, los ojos azules de ella están encharcados en lágrimas, le tiemblan los labios, uno de sus puños está cerrado hasta el punto de clavarse las uñas en la palma—. Siento lo que ha pasado, yo...

—¿¡Por qué me has sacado a rastras!? ¡Te das cuenta de que he dejado a mi madre a solas con él! —me grita asustada—. ¡La va a tomar contra ella! ¡Maldita sea! —Sorprendida por lo que dice, me veo incapaz de articular palabra. Quiero abrazarla, sin embargo, cuando doy un paso hacia adelante ella se aparta de mí.

—Vamos, solo quería ayudarte. No quería que esto ocurriera.

—¡Sabes cómo es! ¡Te lo dije! ¡Y tú lo provocaste! ¿¡Estás segura de que no querías hacerlo!? —pregunta con el gesto desencajado lanzándome un dardo que me da en el centro del pecho—. ¡Se ha pasado toda la vida haciéndome sufrir! Esto no lo frenará, Nicola, ¡lo empeorará!

—Él no lo hará...

—Tú no tienes ni idea de cómo es, no es tu padre, no has vivido con él, no has sentido sus golpes desde que eras una niña y no has visto sufrir a tu madre por ellos —comenta como si nada, con un reguero de lágrimas corriéndole por las mejillas, abriéndome su corazón al completo, dándome a conocer que ha sufrido maltratos aún peores de los que me mencionó—. ¡Él puede hacer lo que le venga en gana! —Derrotada y asustada, se acerca a mí y rodea mi cuerpo con sus brazos rompiendo a llorar.

—Vamos, me tienes a mí, también a mi madre y Vittorio. Él puede...

—Él no puede hacer nada —responde mirándome a los ojos—. Nicola, tú no tienes idea de nada... de nada... —Se seca las lágrimas y después niega un par de veces—. Vittorio es mi tío paterno, ¡es el hermano pequeño de mi padre! Ni siquiera sé si me conoce. Mi abuelo lo desterró hace muchísimos años y desde entonces no se habla con mi padre, ¿tú crees que querría algo de nosotros? ¿De la familia que lo echó a patadas de su casa?

—Espera, ¿qué? —pregunto desconcertada—. ¿Vittorio es tu tío?

—Lo es... —murmura con los labios temblando—. Yo no sabía que estaba aquí.

—Pero él no es como dices. No os dejaría en la calle. Sois su familia.

—¡Lo hará!

Cansada y algo confundida por toda la información que he recibido en cuestión de unos minutos, pienso en Vittorio y en todo lo que aún no conozco sobre él. Hasta ahora no sabía que procedía de una familia como la de Adriana, tampoco que lo echaron de su casa y mucho menos la razón por la que lo hicieron. Debe haber sufrido muchísimo, pero jamás me lo ha dejado ver, ni siquiera un poco. Él ayudó a mi madre, me crio y llenó mi corazón de amor, y quiero pensar que ese mismo hombre es el que las ayudará cuando lo necesiten.

—Vamos, todo irá bien, ya lo verás... —susurro y ella se aparta de mis brazos para secarse las lágrimas—. Solo...

—Lo siento, necesito volver a casa.

—¿Qué? Pero él...

—No puedo dejar a mi madre. Sé que ella debe encontrar la forma de enfrentarse a solas con mi padre, pero la sola idea de que él le haga daño... —Niega un par de veces—. Ya nos vemos en otro momento.

Cuando la veo marcharse y dejarme allí a solas en los acantilados, me siento dolida, decepcionada, asustada y triste. No sé qué hacer ni cómo reaccionar a todo esto y, al final,

decido regresar a casa.



Adriana. Turchese, julio.

La situación que Nicola y yo hemos vivido tras el enfrentamiento con mi padre, me ha dejado un regusto amargo en la garganta. Después del numerito, mi padre se fue y mi madre se tumbó en la cama para descansar. Todo lo que ha pasado le ha afectado tanto que me ha dicho que no quiere comer nada, y no puedo permitir que esto pase.

No he parado de pensar en Nicola. Sé que estaba preocupada, que reaccionó de la manera en la que lo hizo y me defendió porque no podía permitir que mi padre me hiciese daño, pero no puede lanzar más leña al fuego si yo no se lo pido; y aunque debo disculparme por la manera en la que le he gritado, ahora mismo lo único que me interesa es lograr que mi madre coma algo.

—Ya está la comida —le digo desde la ventana de servicio que conecta con el salón con la cocina. Mi madre está sentada en uno de los sillones, con la mirada perdida y el gesto desencajado. No he querido preguntar por lo que pasó después de que me marchase, pero no debe haber sido bueno porque nunca la he visto tan pálida y afectada como ahora—. No soy muy buena cocinera, así que lo único que he podido hacer es un poco de arroz y huevos.

—Eso es más que suficiente, cariño, el estómago se me ha cerrado. Ya sabes que desde que empecé con la terapia, mi cuerpo ha cambiado bastante. Hay días en los que me encuentro bien, y otros en los que no tengo apenas fuerzas para moverme.

—Mamá, sé que estas así por lo de papá —le digo sin más—. Pero ya sabes que los médicos dijeron que debías comer, y no quiero ser la que reciba la reprimenda una vez que regresemos a Roma.

En cuanto estoy a su lado, levanta la mano y me acaricia la mejilla. Yo se la beso y la sujeto entre las mías. Sé que su situación no es fácil, que tener a mi padre aquí lo está intensificando todo y que debería tener algo más de empatía y no pagarlo todo con ella. Es una víctima más. Las dos lo somos.

—He estado pensándolo, y cuando lleguemos a Roma voy a iniciar los papeles de divorcio con tu padre.

—Pero mamá... —Pone una mano en mis labios para que la deje hablar.

—No me importa si se queda con mi fortuna, si se la funde en alcohol, en fiestas, en viajes o... —Antes de decir algo más fuerte, presiona sus labios entre sí y me mira a los ojos—. Lo de hoy ha sido la gota que colma el vaso. No lo soporto más. Él me lo ha robado todo, Adriana. La vida, la felicidad, mi familia, tu infancia, todo... —La abrazo y, de pronto, siento cómo sus lágrimas caen en mi hombro—. Le he permitido muchas atrocidades, pero no pienso permitir que te hunda. No te merecías crecer en una familia así, no te mereces un padre como él.

—Mamá... tú no sabías cómo era... —murmuro y me aparto para observar sus ojos—. Él es un monstruo, pero estoy segura de que cuando le conociste, no era así.

—Cariño, tu padre ha cometido muchos errores y yo he seguido adelante con lo nuestro porque estaba ciega y enamorada. —Sus labios tiemblan y en un intento por calmar sus lágrimas, se las seca—. Pero es terrible y le van a estar persiguiendo los fantasmas del pasado toda su vida.

—La verdad es que no me importa. Solo quiero que sepas que no estamos solas, ¿de acuerdo? —le digo y busco su mirada—. Pase lo que pase estaremos bien, encontraremos una forma de empezar de cero.

—Eres tan buena, cariño...

—Tengo a quién parecerme —respondo, y ella me brinda una sonrisa triste que me toca el corazón—. He intentado contarte algo desde hace unos días, pero no sabía cómo.

—¿Qué ocurre?

—El tío Vittorio está aquí en Turchese —le digo sin más—. Creerás que estoy loca, pero no, es verdad. Lleva viviendo en el pueblo desde hace años. Tiene un barco y él...

—¿Sigue teniendo el Stella Marie?

—¿Cómo es posible que sepas lo del barco? —le pregunto algo confundida.

—Ese velero fue un regalo de tu abuela a tu tío. Yo tenía dieciocho años cuando conocí a tu padre, así que hay cosas que recuerdo de aquellos tiempos. También la razón por la que tu abuelo lo echó de la familia.

—Sigo sin comprender qué le llevó a hacer esa locura.

—Ya sabes lo que te conté sobre la fundación, sobre cómo llegó a manos de tu abuelo —me recuerda—. Él, después de lo que pasó, se dejó cegar por el poder y el dinero, y se convirtió en un hombre peor que tu padre; capaz de hacer cualquier cosa y... —Niega un par de veces aferrándose a mis manos—. Me alegra que tu tío pudiese empezar de cero en este lugar.

—Pero... si sabías que papá pertenecía a una familia tan horrible, ¿por qué te casaste con él? ¿Acaso te obligaron?

—¿Tú qué crees? —Se me pone el vello de punta—. Yo era joven, tu padre me gustaba y tu abuelo Robert aprovechó que él iba a ser el heredero de los Richeri para asegurarse de que su hija tendría un buen futuro —me explica—. No pude oponerme, pero te juro que de haber podido, lo habría hecho.

—Así que fuiste una moneda de cambio.

—He querido creer toda la vida que tu abuelo buscaba lo mejor para mí, pero después de un tiempo, me he dado cuenta de que él solo quería formar parte de los Richeri —dice y suelta un suspiro—. Y me arrepiento tanto de todo... —Se lleva una mano a la frente—. He sido una estúpida.

—No, mamá, tú no sabías qué era lo que iba a pasar entonces. Te encontraste con un hombre horrible escondido bajo capas de belleza y lujos, y bueno... —Me encojo de hombros—. Lo que más me duele es darme cuenta de que he conocido la historia de mi familia con treinta años. Es increíble...

—Lo único que quería es protegerte.

—¿Protegerme de qué, mamá? Ya soy mayorcita —exclamo poniéndome en pie—. Os habéis empeñado en cuidar que nada me pase y no lo necesito.

—Tu padre mató a Theo, Adriana —confiesa y el golpe es tan fuerte que empiezo a temblar—. Ellos nunca se llevaron bien. Desde que se murieron los padres de Theo la cosa se complicó y, según escuché de la boca de tu tío Vittorio, tu padre lo empujó por los

acantilados.

—Espera, ¿qué...? No puede ser mamá, eso es... —Me tapo la boca porque, de pronto, el estómago se me revuelve y me da una arcada—. ¿Cómo pudo hacer eso...?

—La verdad es que no lo sé. Tu tío lo descubrió y lo chantajeó, así que tu abuelo se enteró, usó su posición y lo echó a patadas.

—Esto es demasiado... —murmuro sin podérmelo creer y, de pronto, mi mente hace clic y la voz de Bice atraviesa mis sentidos: «El padre de Nicola murió aquí, en Turchese»—. Ma-Mamá... —tartamudeo.

—¿Qué ocurre? Te has puesto pálida...

—Nicola... —murmuro sin apenas voz—. Nicola es la hija de Theo.

—¿¡Qué!?

MEMORIA



Theo, verano de 1991

El sol caía sobre el horizonte pintando el cielo con los colores típicos del atardecer. Las olas del mar rompían contra las rocas de los acantilados de Turchese creando un sonido que siempre me resultó reconfortante. Este lugar, con su belleza salvaje y su tranquilidad fue mi refugio durante todo el verano, pero aquella tarde, esa paz se sentía distante y frágil. Quedaban seis días para nuestro regreso a Roma y la idea de dejar atrás todo lo que había pasado, a Bice y lo nuestro, me resultaba insoportable. A lo largo de las últimas semanas le habíamos dado muchas vueltas a todo, queríamos quedarnos en la isla, hacer de este sitio nuestro lugar y la idea de decepcionar a los Richeri me carcomía por dentro. Regresar a Roma significaba mucho más que volver a la universidad y al fútbol, y odiaba la idea de tener que alejarme de todo lo que quería. Así que busqué apartarme de todo y todos, y caminé hasta la parte más alta notando el viento salado chocar con mi cara, sentándome ahí donde podía observar el mar, tratando de encontrar una solución a la tormenta de pensamientos y emociones que me invadía. Recordé, en escasos segundos, que Bice tenía la extraña idea de que allí, en las profundidades, se escondían seres mágicos capaces de conceder deseos inimaginables y cerré los ojos lanzando el mío en una botella irreal que poco a poco se hundió a la espera de ser rescatada por uno de ellos. Esa misma tarde hablaría con mi padre. Era consciente de que la relación con mi padre no iba a ser la misma en cuanto le confesara mis deseos, pero no podía hacer otra cosa más que luchar por mis sueños como él lo había hecho por los suyos.

—¿Se puede saber qué haces aquí arriba? —preguntó Ángelo con su tono sarcástico de siempre—. Pensé que estarías con tu sirenita.

—No mientas. He escuchado tus pasos tras de mí desde que me escapé de la villa. No puedes remediar perseguirme y saber qué hago a todas horas, ¿verdad? —pregunté fulminándolo con la mirada.

—Alguien tendrá que vigilar que haces bien las cosas ya que mi padre parece tener puesta toda su confianza en ti.

—¿Y a ti qué más te da lo que yo haga?

—Mucho más de lo que crees. —Suspiré intentando mantener la calma—. Eres el mayor, un fallo, un desencanto y todo lo que mi padre ha dejado en tus manos, puede pasar a mí.

—Quizá sería mejor que te lo quedaras tú todo y así evitarme dolores de cabeza —le dije y Ángelo abrió sus ojos de par en par—. No me mires así, ¿te crees que yo quiero todo esto? A mí me encantaría tener una vida tranquila, como la que tenían mis padres antes de morir.

—Lo sé. El otro día te escuché hablar con Bice y quería saber por qué estás tan

empeñado en quedarte aquí, en este agujero, cuando podrías tenerlo todo en Roma. Dinero, una carrera, un puesto en la fundación, las chicas que quieras... —enumeró acercándose un poco más a mí—. ¿Por qué te niegas a seguir los pasos de nuestros padres?

Por un momento, sentí una mezcla de enfado, decepción y tristeza. Yo sabía que Ángelo ansiaba ser el centro de su atención; era un mimado, un egoísta, un egocéntrico. Le encantaba que todo el mundo tuviese sus ojos puestos en él, que le reconocieran los logros, lo aplaudieran y festejaran; y a pesar de que no me gustaba nada de eso, parte de mí lo comprendía y la otra sentía pena por él. Porque eso significaba que el dinero y el poder lo hacía feliz, y para mí la felicidad estaba en la posibilidad de tener una vida rodeado de personas que me querían de verdad.

—No todo es dinero y poder. Yo no deseo que mi vida esté dictada por nadie. Quiero decidir, ser feliz con las cosas más simples, con Bice y ya está. —Ángelo se rio de mí y necesité armarme de valor para no romperle esa sonrisa chulesca que le brotaba en los labios cada vez que se enfrentaba a mí.

—Eres un idiota, Theo. Siempre lo has sido. Estás dispuesto a tirar todo por la borda por una chica y unos cuantos sueños tontos.

Me incorporé y me puse en pie, notando como la tensión se cernía sobre mi cuerpo. Por primera vez en mi vida me había dado cuenta de que el apellido Richeri y Mancinni era lo que menos me importaba, de que podía llamarme de otra manera y sería feliz.

—Lo que tú llamas sueños tontos es lo que me da la vida. No quiero una existencia vacía llena de riquezas. Ir al club cada mañana y que me besen el culo, ser aplaudido por gente que lanza críticas a mi espalda o ser la comidilla de todas las revistas. —Me miró con desprecio y yo, en cambio, le sonreí de verdad—. Quiero algo real, algo que tenga sentido. No tener los bolsillos repletos de dinero y el corazón vacío.

—Me das vergüenza. —La ira y el dolor se mezclaron en sus ojos azules y, sin pensarlo, se abalanzó contra mí. Comenzamos a forcejear al borde del acantilado, nuestras quejidos e insultos se alzaron en medio del rugido del mar y de un momento a otro, me di cuenta de que Ángelo era como un grano en el culo que jamás me abandonaría, que estaría de manera constante recordándome que yo no era más que la oveja negra de una familia borracha de poder en la que no me sentía cómodo.

—¡Déjame en paz de una maldita vez! —grité, tratando de empujarlo lejos cuando me percaté de que sus intenciones eran las de ponerme en peligro—. ¿¡Estás loco!?

—¡Más de lo que crees! —respondió con su voz llena de veneno. El forcejeo se volvió más intento, más desesperado. Noté su fuerza, su odio contra mi cuerpo y supe que esto no terminaría bien—. Si no quieres ser de esta familia, no mereces ser parte de ella —gritó y en un momento de descuido, aprovechó para darme un empujón más fuerte—. ¡Nunca debieron adoptarte! —añadió y perdí el equilibrio notando el vacío bajo mis pies.

Cuando me percaté de lo que estaba pasando, el mundo se ralentizó a mi alrededor. Miré hacia arriba y vi a Ángelo asomarse por el borde, con su rostro marcado por una mezcla de triunfo y algo más que no pude descifrar. Moví las manos como si quisiera batir las alas. El viento silbaba en mis oídos y el rugido del mar se hizo cada vez más fuerte. Mis pensamientos volaron hasta Bice; su rostro, su sonrisa, sus ojos llenos de amor por mí. El aroma de su pelo, el calor y la suavidad de su cuerpo. Los acantilados eran peligrosos y la

idea de morir y no poder volver a verla, de que no podría decirle que la amaba, paralizó mi corazón. Cerré los ojos preparándome para el impacto y, cuando sucedió, fue brutal y después todo se volvió oscuridad.

En mis últimos segundos de vida pensé en Bice y, sin más, me dejé arrastrar por el mar como lo habían hecho una infinidad de pescadores... hacia la libertad.



Adriana. Turchese, julio.

La conversación con mi madre me dejó tan tocada que creo que mi corazón se ha paralizado. Quizá estoy loca, pero por más que me lleve la mano al pecho, no lo escucho. Apenas he podido dormir y tengo la cabeza repleta de pesadillas. Después de lo poco que me contó sobre mi padre, la historia se alargó y aún intento asimilarla. Al parecer, el monstruo siempre existió, no se forjó siendo un adulto sino un niño en plena adolescencia. Me cuesta mucho entender por qué una persona de esa edad podría matar a otra persona, pero solo hay una respuesta: envidia y odio. Saber que Theo no murió por accidente, sino que lo empujaron, es tan doloroso para mí que me revuelve el estómago. Nicola creció sin padre por culpa del mío y eso no tiene perdón.

Al parecer, a lo largo del último verano que pasó la familia en Turchese las cosas se torcieron entre ellos mucho más. Mi madre no sabe por qué mi padre trataba de aquella manera a Theo, pero yo sé que era por celos. No he dejado de pensar en Bice, en si ella sabrá algo o si, por el contrario, nunca supo nada. Imaginarla soportando la muerte de Theo mientras que estaba embarazada de Nicola, me coloca un nudo en la garganta. Hace años que pasó todo, pero eso no significa que se haya olvidado y que la huella de los actos de mi padre se haya borrado.

A esta hora del día Nicola estará con mi tío en el Stella, así que he decidido tomar otro camino para evitar cruzarme con ella. Necesito algo de tiempo para asimilar todo lo que sé porque ahora mismo siento vergüenza de ser quién soy. Además, no puedo ocultar las cosas y tragármelas, esto debo contárselo a Nicola de alguna manera y por más que intente buscar las palabras correctas para confesárselo, no las encuentro.

Turchese al atardecer es precioso. En algún momento de estas vacaciones soñé con poder quedarme a vivir aquí el resto de mi vida. Es renovador, sanador y mágico a su manera; tanto, que es verdad que esconde secretos que con el paso del tiempo se han quedado pegados a él como el musgo en las rocas junto a la playa.

No soy consciente de a donde me llevan mis pasos hasta que choco con el camino de madera que conecta el paseo con el interior de la playa. Aún está repleta de gente que disfruta de un día como otro cualquiera, y la sonrisa aparece en mi rostro porque su felicidad se me contagia en apenas unos segundos. Me encantaría haber dado fin a este viaje de la forma más tranquila posible, pero está claro que el destino quería que esto sucediera, que la verdad se destapara.

Con la confusión y la tristeza encogiéndome mi corazón, decido desviarme e ir a las dunas, a ese espigón y su pasarela, el lugar en el que conocí a Nicola la noche de la verbena. Todo lo que ha pasado ha sido un cúmulo de casualidades que ahora han tomado forma real frente a mis ojos. Aún recuerdo cómo se dio nuestra primera conversación, y cómo tuve que retractarme de llamarla bruja días después. Fue casual, pero lo significó todo y ahora

mucho más. Solo las gaviotas y el rugido del mar me acompañan cuando pongo un pie en los escalones, al menos hasta que mis ojos chocan con la figura de mi padre apoyado en la valla de madera. Tiene la mirada perdida en el movimiento del mar y, para mi sorpresa, está bastante entero. Me gustaría decirle tantas cosas, pedirle explicaciones, gritarle y odiarle más de lo que hago, pero no creo poder hacerlo porque ni siquiera lo reconozco.

—¿Adriana? —Es su voz la que me arranca de mis pensamientos y me invita a quedarme donde estoy, mirándolo, con el gesto roto de dolor y también de decepción. El hombre que tengo delante no se merece mi sufrimiento, tampoco mis lágrimas; el karma debería devolverle el mal que ha hecho con creces, hacerlo sufrir y padecer como todos lo hemos hecho por su culpa—. ¿Qué haces aquí?

—¿Te han atacado los fantasmas del pasado y has venido a plantarles cara?

—¿De qué estás hablando?

—Mamá me lo ha contado todo —le digo con las manos cerradas—. Sé que... —Me tiembla la voz y necesito tragar saliva para calmarme—. Mataste a Theo y que el tío Vittorio te descubrió y que por eso el abuelo lo echó. ¿Cómo has podido vivir con eso? ¿Cómo pudiste hacerlo? ¡Eres un monstruo!

—Deja que te lo explique...

—¿¡Explicármelo!? —le grito—. ¡Tenías dieciocho años y lo tiraste por los acantilados sin más! ¡Theo había perdido a sus padres! ¡Solo os tenía a vosotros!

—¡Eso no es verdad! —A pesar de la distancia, su agresividad en la voz es tan fuerte que doy un paso hacia atrás—. Theo lo hacía todo bien. Era guapo, perfecto, el favorito, el elegido, le iba genial en los deportes, tenía delicadeza, era igualito a su padre. —Se toma unos segundos y me da la espalda para caminar hasta que se da la vuelta—. ¡Iba a heredarlo todo! ¡Todo! Y no lo podía permitir.

—¿¡Por qué!? ¿Acaso no tenía el derecho? ¿Acaso no era el mayor? ¿Acaso el abuelo y su padre no habían quedado en hacerlo así? —pregunto una y otra vez—. ¿Por qué no podías dejarlo vivir en paz? ¿¡Por qué!? —Incapaz de responderme, su gesto se endurece y comienza a caminar hacia mí—. Ojalá mamá hubiese sido lo bastante fuerte para negarse a casarse contigo. Porque yo ya no soporto pertenecer a tu familia, ni llevar tu apellido y formar parte de este circo que tú mismo te has montado a base de mentiras.

—Hija, espera...

—No. No me llames así. —Lo freno con ambas manos—. Yo jamás he sido tu hija, ni tú mi padre. No quiero tener nada que ver con una persona que mató a un crío, echó la vista a un lado cuando echaban a su hermano de casa por saberlo y fue capaz de tragarse toda la verdad durante tantos años.

—Pero...

—Ojalá Theo hubiese visto crecer a su hija —le hago saber y, por un segundo, algo hace clic en mi cabeza—. ¿Fue por eso por lo que reaccionaste así al ver a Nicola? Viste al fantasma de su padre en sus ojos, ¿verdad?

—No sé de qué estás hablando.

—Sí que lo sabes, y lo peor de todo no es eso. Es que estoy segura de que siempre has sabido que Nicola existía y ni siquiera fuiste capaz de ayudar a quien, por herencia, le correspondía el dinero que has disfrutado todos estos años.

Mi padre se echa una mano al pecho y yo niego por el asco que me da el hecho de tenerlo delante. Quiero abrir la boca y decirle un par de cosas más, sin embargo, él palidece,

se queja y, de pronto, su cuerpo cae al suelo como un peso muerto. Tardo mucho tiempo en reaccionar, en darme cuenta de que se ha golpeado la cabeza, que sangra y que su palidez cambia de color a un morado que jamás había visto antes. Grito, lo hago una y otra vez, y mi enfado queda atrás y echo a correr para buscar a alguien que me ayude a salvarlo.



Adriana. Turchese, julio.

Nunca se me ha dado bien el deporte, y me doy cuenta de lo mucho que lo necesito en cuanto llego donde está varado el velero. El instinto me gritó ir a buscar a mi madre, sin embargo, vine a buscar a Vittorio y a Nicola, porque son las únicas personas en el pueblo que me pueden ayudar. Estoy sudando, noto las pulsaciones en mis sienes y apenas puedo mantenerme en pie. El corazón me salta en el pecho, me tiemblan las manos y aunque quiero gritar, la voz se me ha atascado dentro. No sé cómo se me ha ocurrido salir sin el maldito teléfono, aunque tampoco podría haber hecho nada porque ni siquiera sé a quién tengo que llamar en estos casos.

—¿Adriana? —Por suerte es Nicola y no mi tío la que me encuentra, y al ver cómo me encuentro, baja las escalerillas de embarque y se coloca a mi lado—. ¿Qué pasa? ¿Ha ocurrido algo? ¿Tu madre está bien?

—Mi padre... —Señalo hacia el final del paseo—. Creo... creo que le ha dado un infarto —le explico e intento atrapar aire dando una bocanada de aire—. Necesita ayuda y yo, yo no sé a quién llamar.

—¡Vittorio! ¡Vittorio, corre! —Nicola grita apresurada y me ayuda a enderezarme para sujetar mi rostro entre sus manos. Me mira con preocupación y amor, y el nudo que tengo en la garganta se me anuda quizá un poco más. Mi tío baja la rampa con prisa y me coloca una mano en el hombro—. A su padre le ha dado un infarto,

—¿iQué!? —Es la primera vez desde que lo descubrí en Turchese que me fijo en él con detalle. Ahora, así de cerca, descubro que mi padre y él tienen mucho más en común de lo que creía—. ¿iDónde está!?

—En el mirador que hay cerca de las dunas junto a la playa —le explico agotada mirándome las manos, observando en ella rasgos de sangre—, creo que se golpeó la cabeza o algo...

—Mi hermano siempre armando el espectáculo. —Vittorio suelta un bufido y antes de salir corriendo, me mira a los ojos una vez más—. Id a casa, reuniros con tu madre y esperar mi llamada. Si es verdad lo que has dicho, tu padre va a necesitar un traslado urgente y eso llevará su tiempo.

—No, yo... yo quiero ir contigo.

—Hazle caso, él hará todo lo que pueda. —Vittorio sale corriendo y Nicola me acompaña hasta asegurarse de que me siento en el banco de madera que hay en el paseo para descansar. El silencio nos rodea, ella se dedica a acariciar mi pelo y yo me siento tan bien y tan mal a la vez que no sé cómo reaccionar—. Intenta respirar profundamente. Voy a por agua, ¿vale?

Cuando se separa de mí, la persigo con la mirada hasta que su figura se pierde en el Stella. Después de su desencuentro con mi padre apenas nos hemos visto y tampoco he

podido disculparme, yo quería darme unos días, asimilarlo todo, pero ahora que sé la verdad, que mi padre asesinó al suyo, que el apellido que llevo está manchado con su sangre, me siento tan mal que no sé cómo voy a poder contarle todo esto. Debería decírselo sin más, ser sincera, creer que lo que sentimos es mucho más fuerte que todo lo que ocurrió en el pasado; pero tengo miedo, mucho, y la quiero tanto que necesito alargar su estadía a mi lado.

Los minutos pasan rápido y cuando regresa, me ofrece una botella de agua fresca con una sonrisa. Soy incapaz de mirarla a los ojos y noto que eso la preocupa, así que me armo de valor e intento encontrar las palabras justas para dar comienzo a una conversación que acabará con todo lo nuestro.

—¿Ya estás mejor? —pregunta y niego un par de veces observándome las manos—. ¿Quieres que vayamos a tu casa?

—No, no quiero que mi madre sepa lo que ha pasado aún. A pesar de todo lo de estos días se preocupará y... —murmuro rascándome un brazo hasta que me hago una roncha rojiza, un gesto que repito una y otra vez tal y como hacía cuando era niña y me metía en mitad de un brote de nervios—. No puede pasarle nada. No sé qué es lo que haría si la pierdo a ella también.

—¡Eh! ¡Mírame! —Nicola me obliga a mirarla y lo hago sin rechistar—. No les va a pasar nada. Ni a tu padre ni a tu madre, ¿de acuerdo?

—Lo de mi padre no pintaba bien, Niki. Pasó del blanco al morado en cuestión de unos minutos y yo...

—Tú hiciste lo que podías, nada más. —Una de sus manos me acaricia la mejilla y, de pronto, me doy cuenta de que ella es lo que más necesito en este momento, así que la abrazo—. ¿Me vas a contar qué hacíais los dos en el espigón?

—Lo que ha pasado hoy me ha descolocado bastante... —le digo apartando la mirada de sus ojos—. Después de regresar a casa, mi padre ya no estaba, así que preparé algo de comer para mi madre y estuvimos conversando. Solo necesitaba escapar a tomar el aire, así que me dejé llevar y terminé en el espigón... —añado con los ojos repletos de lágrimas—. Yo solo le dije lo que sentía, fui tan dura con él que... —Niego un par de veces con la cabeza—. Después de todo lo que ha hecho... yo no quiero que le ocurra nada.

—Lo sé, sigue siendo tu padre al fin y al cabo.

—Yo no quería que le pasara nada, solo que nos dejase tranquilas, que nos permitiera vivir y seguir adelante lejos de todo esto, pero... —Los ojos se me llenan de lágrimas—. Le dije que ya no soy su hija, que no me trate como si fuese mi padre porque no lo ha sido nunca y... —Nicola, con esa calidez que siempre ha formado parte de ella, se acerca a mis labios y me envuelve en un sueño gracias a un beso. Tiemblo y mi corazón, de pronto, se hace pedazos. No sé ni siquiera de dónde saco las fuerzas para apartarme y mirarla a los ojos. Ella hace lo mismo, me sonrío y aparta de mi frente un par de mechones que caen sobre mi cara interrumpiendo su visión de mí. Sé que ha llegado el momento y aunque la pierda debo tomar ese riesgo.

—Eres preciosa, ¿lo sabes?

—Tengo algo que contarte y te pido que no me interrumpas, ¿de acuerdo? —Nicola asiente algo confusa. Me muevo en el asiento y pongo mi atención en el Stella, el lugar donde comenzó este viaje que ha resultado ser toda una revelación—. La familia de mi padre veraneó durante un tiempo en este pueblo. A mis abuelos les encantó este lugar

desde un primer momento, decían que era refrescante, único, que no había un lugar mejor para pasar las vacaciones de verano —le cuento como si fuese una casualidad—. Lo que quiero decirte es que mi padre, el tuyo, tu madre y Vittorio se conocen desde entonces.

—¿De qué estás hablando? Eso es imposible. Mi madre nunca me ha contado que conozca a Vittorio desde hace tanto tiempo. ¿Tú estás segura?

—Supongo que hay cosas que una persona prefiere guardarse para sí misma —le digo en un intento por buscar una explicación al por qué Bice no se lo ha contado aún—. Hubo un verano, el último que pasaron mis abuelos aquí, que ocurrió algo que estuvo en boca de todos en el pueblo durante mucho tiempo...

—Sí. La muerte de mi padre, pero, ¿qué tiene que ver eso con tu familia?

—Tu padre y el mío eran como hermanos —respondo provocando que sus ojos negros se abran de la sorpresa—. Theo era el hijo del mejor amigo de mi abuelo. Sus padres murieron y mi familia, los Richeri, se hicieron cargo de él.

—Eso es...

—Al parecer no se llevaban nada bien. Mi padre deseaba todo lo que el tuyo tenía; la herencia de la fundación Breka, el dinero que eso se suponía, a tu madre...

—Espera, ¿la fundación Breka? ¿Hablas de la misma fundación que...? —Afirmo un par de veces—. Adriana... ¿por qué me cuentas esto ahora? ¿A dónde quieres ir a parar?

—Los dos tuvieron una fuerte pelea en la parte más alta de los acantilados y...

—¿Estás diciendo que mi padre murió por culpa del tuyo? —Nicola se aparta de mí y se pone de pie—. ¿Tu padre lo...? —Yo afirmo y el color negro de sus ojos se baña de un dolor tan inmenso como imparable—. No puede ser.

—Lo hizo.

—Entonces... —Por la manera en la que me mira, sé que ha comenzado a atar cabos y me preocupa qué es lo que pueda estar pensando—. ¿Tu padre sabía que mi madre se había quedado embarazada?

—No lo sé. Lo único que sé es que la muerte de tu padre fue la razón por la que Vittorio fue expulsado de la familia —le respondo colocando cada pieza en su lugar—. Mi madre me había contado lo de Theo mucho antes de llegar y hace unas horas me contó toda la verdad y...

—Basta, por favor, no quiero saber más.

—Lo sé, pero tienes que...

—¿Te das cuenta de lo que significa todo esto? —me pregunta de pronto—. Esto es una locura.

—Sé que lo es, pero lo que ha pasado entre nosotras no... —niego un par de veces—. No es culpa nuestra. No teníamos ni idea y...

—No, esto ya es suficiente... —Cuando Nicola pone su atención en mí, el tiempo se paraliza y también mi corazón. Sé que contarle todo esto significa que nuestra relación ha terminado, que estamos ligadas por un vínculo mucho más fuerte que cualquier otro. Me encantaría tener el don de la magia y borrar un pasado tan doloroso como el nuestro, pero no se puede y eso me rompe por dentro—. Creo que será mejor que te deje en casa. Yo iré a hablar con mi madre de todo esto. Necesito respuestas.

—Nicola, por favor...

—Tú ya sabes toda la verdad. Deja que yo también la conozca.



Nicola. Turchese, julio.

Las palabras de Adriana zumban en mi cabeza como lo harían un millón de abejas en una colmena. Soy incapaz de escuchar nada más allá de ese sonido estridente que me arrastra y me aparta de un mundo en el que hasta hace unos días era muy feliz. Han pasado unas horas desde que la dejé en casa, pero he sido incapaz de regresar a la mía. Siento el cuerpo cansado, me duele el pecho a la altura del esternón y por más que respire profundo, la sensación de ahogo no desaparece. Esto ya me ha pasado más veces: notar que todo se me viene encima y que estoy a punto de colapsar. Es como una corriente que te arrastra, se te enreda entre los pies y tira de ti hasta lo más profundo del mar.

Llevo sentada en la orilla demasiado tiempo y tengo los pies entumecidos. Mi padre y el padre de Adriana eran prácticamente familia. Y hasta ahí todo estaría bien de no ser porque su padre mató al mío empujándolo por los acantilados. Mi madre siempre me contó que él se cayó, que todo se dio en un día de viento fuerte, un accidente horroroso que se llevó la vida de un hombre al que me parezco tanto que asusta. Ahora ya no sé qué es real y qué no lo es, y necesito averiguarlo lo antes posible.

Desde pequeña me imaginaba a mi padre siendo un marinero como Vittorio. Yo lo imaginaba siendo muy guapo, tal como me decía mi madre. Tengo algunas fotografías que él le regaló a ella cuando eran unos niños, pero jamás imaginé que detrás de esos ojos tan negros como los míos se escondiese una historia tan triste.

Tal como ha pasado otras veces en las que he necesitado desconectar de todo, me he tomado la libertad de subir a la cima de los acantilados y sentarme en el borde. Sé que este lugar es peligroso, pero no me importa porque es el único en el mundo en el que puedo escuchar el rugido del mar conectando conmigo. Ahora mismo no sé describir cómo me encuentro; el dolor se ha abierto paso dentro de mí y apenas he podido mirar a Adriana a los ojos cuando nos hemos despedido. Soy consciente de que no tiene la culpa de nada, de que todo esto lo ocasionó su padre, pero me es imposible sentir que lo nuestro ha terminado.

Han pasado ya unas horas y el cielo ha pasado a pintarse de atardecer por todas partes. Le he pedido a mi madre que se encuentre conmigo aquí mismo, en el lugar en el que ella perdió a la persona a la que más quería y en la que yo perdí no solo a mi padre, sino a mi mejor amiga. Fabian no tiene ni idea de esto, y me habría encantado contárselo todo pero no puedo hacerlo a migajas.

—Niki... —La voz de mi madre interrumpe mis pensamientos y cuando me giro para mirarla, puedo ver en sus ojos el miedo que le causa que esté aquí sentada—. Por favor, apártate de ahí. Es muy peligroso. —Sin decir nada la obedezco y me pongo en pie para buscar un lugar donde estar cómoda y lejos del peligro—. Tu tío me ha llamado para contarme todo lo que ha pasado.

—¿Ya se sabe algo de Ángelo? —pregunto y ella niega sentándose a mi lado.

—Supongo que no tardaremos mucho en tener noticias —comenta y suelta un suspiro pesado—. Esperemos que no sea muy grave.

—Adriana dice que Ángelo mató a papá, ¿es eso verdad? —Mi madre afirma con la cabeza y después sujeta un par de mechones de su pelo tras su oreja—. ¿Por qué no me lo has contado nunca?

—Porque no quería que crecieras con una historia tan triste en tu corazón —responde y sujeta mis manos—. Hay muchas cosas que no te he contado a lo largo de estos años porque no quería condicionar tu vida.

—¿De qué estás hablando, mamá?

—Tu padre se llamaba Theo Mancinni y era el heredero de la fundación Breka, la misma que te ha concedido tu beca de estudios en Roma —dice sin más rodeos—. Tu abuelo paterno y el abuelo de Adriana, la fundaron y firmaron ante notario que el primer hijo que naciera de entre los dos matrimonios sería el heredero de toda la fortuna de Breka.

—Eso quiere decir que...

—Que de no haber sucedido lo que pasó, ahora mismo lo serías tú.

—Pero... ¿por qué Ángelo mató a mi padre? —pregunto sin comprender lo que sucedió—. Adriana dice que su padre se puso celoso, que lo quería todo para él y que fue eso lo que provocó que los dos se pelearan aquel día.

—Ángelo siempre incordiaba a tu padre. Lo acosaba, lo llevaba al límite —me cuenta con cierta melancolía en sus ojos—. Theo intentaba por todos los medios no entrar en discusiones, pero Ángelo sabía cómo presionarlo y aunque no sé qué es lo que pasó aquel día, sé que lo que dice Adriana es verdad.

—No entiendo cómo una persona puede hacer algo tan horrible.

—Ángelo nunca fue fácil y tu tío Vittorio descubrió la verdad, y bueno...

—¿Entonces la familia de Ángelo supo que yo existía?

—Sí que lo sabían. Mi padre les envió una carta para hacérselo saber, pero, según ellos, Theo no formaba parte de su familia y no podían hacerse cargo de ti. Así que se desentendieron de lo sucedido, y yo preferí seguir adelante sin más.

—Se comieron todo el dinero de mis abuelos, también el de papá y en vez de ayudarme, de ayudarnos, echaron la vista a un lado y... —digo con la voz tomada por la rabia y la tristeza que me provoca conocer todo esto.

—Ahora eso ya no importa, cariño. Nunca nos hizo falta, yo tenía a tus abuelos y con eso fue más que suficiente —me recuerda—. Además, jamás habría aceptado nada de unas personas como ellos.

—Odio haberme enterado de esto ahora, y Adriana... Necesito hablar con ella. Cuando me confesó todo esto, no actué como debería de haberlo hecho.

—Es natural, cariño. Todo es demasiado fuerte para asimilarlo de golpe, espera a que al menos se solucione lo de su padre —me aconseja—. Las cosas no deben ser fáciles para ella.

—Lo haré, no te preocupes. Gracias por haber sido tan fuerte, por enseñarme a vivir así, disfrutando de las cosas pequeñas, de las cosas más simples.

—Anda, cállate o me echaré a llorar.

Cuando nos fundimos en un fuerte abrazo, me doy cuenta de que ese verano no solo es especial por ser el último que pasaré en Turchese antes de marcharme a Roma. No podía

irme de aquí sin conocer la verdad, sin descubrir toda la historia, sin saber que soy Nicola, hija de Theo Mancinni, la heredera de la fundación Breka.

MEMORIA



Primavera de 1991

Era un domingo más de mayo y como era costumbre, los Richeri se preparaban para salir e ir al club al que pertenecían desde hacía años. Vittorio, el pequeño y más puntual, esperaba en el salón a sus padres disfrutando de una limonada mientras que Theo y Ángelo estaban encerrados en sus respectivos dormitorios cada uno a lo suyo. Ginevra estaba orgullosa de los tres, pero Vittorio se sentía como el patito feo del lago. Su hermano era especial, atractivo, alto y fuerte, tenía sus propias cualidades y lo envidiaba. Y luego estaba Theo, que era pura perfección.

En la segunda planta, Ángelo se acomodaba el cuello del polo de Lacoste que llevaba puesto. Le encantaba verse como su padre: distinguido, frío, inquebrantable, serio. Casi siempre lo imitaba, quería seguir sus pasos y convertirse en el mejor empresario de Italia y el mundo; ansiaba superarlo y no le importaba tener que esforzarse el doble por ello. Lo único que lo frenaba era Theo, el favorito.

El reloj marcaba las once de la mañana y el sol se filtraba a través de las persianas de su dormitorio. Theo, apoyado en el escritorio, se encontraba absorto en sus pensamientos. La luz caía sobre el folio que sujetaba mientras el bolígrafo se movía por encima de él dejando por escrito todo lo que llevaba dentro. Después del verano que había pasado en Turchese, él y Bice habían decidido mantener el contacto mediante correo. Así que estaba tomándose un momento para responderla.

Junto a la carta que escribía, tenía una fotografía que se había hecho hace un par de semanas. Gracias a sus notas en el instituto, había optado por una plaza en una de las mejores universidades de Roma y no se lo había pensado demasiado para apuntarse al equipo de fútbol. Theo ya no era el mismo crío callado de la playa, era mucho más directo, más risueño, más alegre. Gracias al deporte su cuerpo había cambiado y su cara, para su desgracia, empezaba a llenarse de vello. Al contrario del verano anterior, su pelo estaba más recortado y caía suave sobre su frente, y sus ojos se enmarcaban por una ceja rota por una cicatriz fruto del codazo que le pegó su mejor amigo y portero del equipo durante el último partido.

Mientras escribía, no podía evitar poner su mirada en una fotografía que Bice le había enviado. Cada letra, cada palabra que le dedicaba, no eran más que la representación de la promesa de un reencuentro que estaba a la vuelta de la esquina. Y cuánto deseaba que llegase el verano para volver a ver a su sirena. Quería ser libre y solo lo lograba junto a Bice.

—Pronto estaré de nuevo en Turchese. No puedo esperar a verte y compartir contigo todo eso que hemos hablado en nuestras cartas... —Theo releyó en voz alta y sonrió mientras dejaba que sus pensamientos volasen hacia la playa donde todo comenzó entre ellos. Aunque su sueño se desvaneció al verse interrumpido por el sonido de la puerta de su

dormitorio que se abrió de golpe. Ángelo, era muy diferente a él. Tenía el característico brillo del triunfo pegado a sus ojos, el pelo rubio casi platino y unos ojos azules que siempre lucían una mezcla de picardía, desafío y determinación. Su relación con él fue siempre complicada, marcada por rivalidades y desafíos constantes. Ángelo odiaba que su padre tuviese a Theo en un pedestal y se lo dejaba saber cuándo tenía oportunidad.

—¿Qué haces, romancón? Mis padres nos están esperando. —Theo levantó la mirada y colocó uno de sus brazos encima de la carta que casi había terminado de escribir.

—Nada que te importe. ¿No tienes a nadie más a quien molestar? Ve y diles que ya bajo.

—Meh, meh, meh... —Se burló imitando los gestos contrarios—. ¿Qué es lo que te estás guardando, eh? —Con maestría, le robó la carta a Theo y sonrió—. Oh, ¿escribiéndole a tu sirenita?

—Dame eso. —Se levantó de la silla y lo persiguió por toda la habitación intentando recuperarla, pero Ángelo se movía con agilidad manteniéndola fuera de su alcance

—Eres demasiado romántico. ¿Todavía no le has dicho que te gusta?

—¡Devuélvemela! No es asunto tuyo. —Los dos cayeron sobre la cama y Ángelo se rio disfrutando del tormento que le causaba.

—Vamos. ¿Eres tonto o qué te pasa? ¿Te has pasado todo un año escribiéndole y no has tenido el valor de confesarle tus sentimientos? —espetó con sorna dándole un empujón y provocando que este cayese de espaldas al suelo y se golpearase la cabeza—. ¿Qué crees que va a pasar cuando la veas? ¿Esperas que ella lo adivine por arte de magia?

—¡Eso es mi problema! ¡Tú no lo entiendes!

—Oh, claro que lo entiendo —replicó con tono sarcástico—. Pero déjame decirte algo. Si no le dices lo que sientes, alguien más lo hará. Y no me sorprendería que ese alguien fuera yo. —Theo sintió un nudo en el estómago y cerró los puños ante la confesión. A Ángelo se lo conocía por coquetear y conquistar a las chicas que le daba la gana, y la idea de que pudiera acercarse a Bice le resultaba insoportable—. No me mires así, tu sirenita está bien buena, ¿tú has visto esas piernas de bailarina que tiene?

—No te atreverás. —Ángelo se encogió de hombros, pero sus ojos brillaron con malicia.

—Entonces hazlo cuando regresemos a Turchese. Si no, lo haré yo. Y te aseguro que no me contendré. —La amenaza quedó suspendida en el aire. Theo sabía que no bromeaba y la idea de perder a Bice por no ser capaz de expresar que la quería, lo llenaba de temor y desesperación.

—Lo haré. No te preocupes.

—El que debería preocuparse eres tú. Recuerda que de ti depende. Al final, si la haces sufrir, yo estaré ahí para consolarla y hacerla disfrutar como se merece. —Ángelo le guiñó un ojo y salió de la habitación dando un portazo, dejándolo con el estómago revuelto a causa de los nervios. Theo se quedó mirando la puerta durante minutos. Sabía que tenía que actuar, que debía encontrar el valor para confesar lo que sentía. Así que se sentó de nuevo y retomó lo que estaba haciendo con la esperanza de terminar de escribir la carta antes de que se tuviera que marchar con su familia.

—...No puedo esperar para verte. Tengo algo importante que contarte. Nos vemos pronto. Theo.

Con un suspiro, plegó la hoja y la guardó en un sobre que tenía en el cajón acompañada de la fotografía que había elegido. Le colocó un sello, puso la dirección que ya se sabía de memoria, y la guardó en el bolsillo de su pantalón con la finalidad de dejarla caer en el buzón más cercano. Sabía que el verano sería decisivo, no solo para su relación con Bice, sino también para sí mismo. Iba a demostrarle que nadie podría romper la conexión que ambos tenían, y lo iba a hacer porque era consciente de lo que estaba en juego, y jamás permitiría que alguien como Ángelo le destrozase la vida a la chica de sus sueños.



Adriana. Roma, julio.

Han pasado más de cuatro días desde que Nicola y yo nos vimos. Apenas he conseguido dormir demasiado por el trajín que ha supuesto que todo lo de mi padre ocurriera en Turchese y no en Roma. Los médicos no tienen muchas esperanzas debido a la dureza de los infartos que le han deteriorado el corazón, así que mi madre y yo nos estamos preparando para lo peor. Por lo pronto, en la fundación ya se ha activado el protocolo de cesión tal y como les pedí que hicieran, y hace cosa de un par de días, tuve una reunión con el gestor y el subdirector. Estoy a punto de convertirme en la nueva presidenta de Breka, y aunque no lo deseo, no tengo más remedio que hacerme cargo de ella hasta que encuentre la forma de seguir mi camino.

Hace apenas unas horas que he regresado a Turchese y en cuanto puse un pie en el pueblo, lo ocurrido estas semanas atrás se ha venido contra mí provocando que mi estado emocional se descomponga. Cuando mi madre me habló y me dijo que este era el lugar en el que veraneaban mis abuelos no esperaba tener que lidiar con las turbias memorias de un pasado bañado de sangre, tampoco con un amor tan intenso y el descubrimiento del pasado de mi familia. Nicola y yo no podemos cambiar nada de lo que pasó, tampoco quienes somos, de donde procedemos y cómo nos ha afectado todo eso.

A esta hora de la tarde, el pueblo se consume bajo los preciosos colores del atardecer. Algunas nubes blancas rompen esa gama de colores que va del amarillo al morado en varias tonalidades, y he decidido sentarme junto a una zona de juego de niños muy cerca del restaurante de Bice porque quiero absorberlo todo y grabar la stampa en mi memoria. Esta será mi última noche aquí porque mañana tendré que regresar y dar comienzo a esa vida que siempre estuvo escrita para mí. Tras discutirlo mucho por teléfono, mi madre ha decidido ser ella la que se encargue de acompañar a mi padre el tiempo que le quede. No quiere dejarlo solo y la comprendo, porque yo tampoco lo desearía. Nadie, por muy malo que haya sido en la vida, debería pasar sus últimos días en un dormitorio vacío y sin compañía.

A lo largo de estas jornadas me he dado cuenta de que todo lo que sentía hacia él ha desaparecido. He puesto en orden mis emociones porque no deseaba que él se muriera sin expresarle todo el daño que me había hecho sentir, y gracias a ello, mi corazón descansa. Quizá suene demasiado frío, pero no siento lástima porque mi padre vaya a morir, estoy hueca y eso es lo que me hace sentir tristeza. Después de todos mis esfuerzos por rescatar algo de amor de él, no he obtenido nada y ni siquiera las migajas me han servido para llorar. Aunque siento un poco de rabia por tener que ceder, y tal y como él quería, convertirme en la heredera de la fortuna de la familia.

Greta ha recogido mis cosas y las tiene preparadas para llevárselas a Roma en un par de días. Yo no he querido entretenerme con eso porque quiero aprovechar las últimas

horas para despedirme de Bice, de mi tío y, sobre todo, de Nicola. No he tenido mucho tiempo para hablar con ellos, pero sé que a partir de hoy estaremos unidos gracias a la historia conjunta que tienen nuestras familias. Debo pensar bien en cómo hacerlo todo, tengo que hablar con los gestores y acomodar los papeles para cederle a Nicola todo lo que le pertenece, pero, por el momento, lo único que puedo hacer es pedirle disculpas por todo esto.

Gracias a este viaje que yo misma elegí, mi madre y yo ya no estaremos solas, y pase lo que pase con ella y su enfermedad, siempre tendré a alguien a quien recurrir cuando sienta que el mundo se me viene encima. Nicola es y siempre será la mujer que me ayudó a solucionar problemas que ni siquiera sabía que tenía, sigo queriéndola con la misma intensidad, de la misma forma que la quise junto a la hoguera. No creo que pueda olvidarme de ello y por más que pase el tiempo, nuestra historia seguirá tan viva como lo estamos nosotras.

Las cosas no son fáciles para nosotras, se nos ha revuelto el mundo y ahora, a pesar de que me encantaría quedarme a su lado, lo que necesito es organizar todo lo que hay a mi alrededor.

—Siento el retraso, mi madre me lio con unas cosas y... —Nicola rompe mis pensamientos y sonrío al escucharla. Sigo de espaldas a ella y me tomo unos segundos antes para enfrentarla y chocar con sus preciosos ojos negros—. Aunque, si te soy sincera, necesitaba un poco para ordenar en mi cabeza todo lo que quería decirte.

—Lo sé, para mí también es un poco complicado. Nadie está preparado para lo que nos ha pasado, ¿verdad? —Nicola asiente y decide sentarse a mi lado—. Discúlpame por no haberte enviado ningún mensaje, no tenía la cabeza en su sitio.

—No te preocupes. ¿Cómo está él?

—Los médicos no tienen muchas esperanzas. En el espigón tuvo un infarto, pero mientras era trasladado tuvo algunos más y ya sabes cómo son estas cosas —le explico llevando la mirada a la arena—. Siempre dejan memoria y el corazón no puede soportarlo por mucho que se quiera. Nadie sabía, ni siquiera mi madre, que tenía problemas cardíacos y...

—No tienes culpa de nada. Esta clase de ataques ocurren cuando menos los esperas y bueno, me dijiste que no solía llevar una vida muy sana, así que... —Nicola me empuja de manera suave con su cuerpo y me obliga a girar la mirada y poner atención en ella—. El corazón soporta muchísimas cosas y debemos cuidarlo tanto como se pueda.

Tenerla cerca de mí es lo más parecido a poner una mano sobre las brasas; notar su calor, la fuerza de su amor, su ternura. Me encantaría no tener tanta química y complicidad con ella porque eso haría que la situación fuese mucho más fácil, pero las cosas nunca son sencillas y lo que tenemos no se puede borrar de la noche a la mañana.

—Escucha, quería que supieras algo antes de irme —le digo y me muerdo el labio en un intento por no temblar—. A pesar de todo este desastre, no me arrepiento de nada y... —Ella coloca sus dedos sobre mis labios y me silencia—. ¿Qué ocurre?

—Yo tampoco me arrepiento de nada. Bueno, quizá el no haber sido más curiosa y haberle preguntado a mi madre por mi padre. —Sonríe y me sujeta de las manos—. Sé lo de la historia de nuestras familias, que tu padre hizo aquello porque su avaricia lo gobernó y... —suelta un suspiro—. No quiero que su pasado nos afecte y que lo nuestro se destruya.

—Hay cosas que no podemos cambiar, ¿verdad?

—Y siempre van a estar con nosotras, porque el corazón guarda memoria, tanto como lo hace la piel —me explica y aparto la mirada de sus ojos negros—. Quiero creer que en algún momento nos recuperaremos, que todo esto no nos afectará y seguiremos adelante con nuestras vidas.

—Ojalá que sea así porque ahora...

—Ahora necesitamos descansar, desconectar, volver a la normalidad, seguir nuestros caminos y hacer realidad nuestros sueños —me explica y los ojos se me llenan de lágrimas—. Yo iré a estudiar a Roma y tú...

—En cuestión de unos días se hará oficial que soy la nueva directora de Breka, pero después de todo esto aún me gusta menos. —Le sonrío—. Esa fundación es lo único que nos queda de nuestras familias, así que haré todo lo posible porque siga siendo así.

—Pero yo no quiero nada de eso, Adriana.

—Pero te corresponde por herencia, Niki. Aunque siempre haré lo que tú me pidas.

—Haz lo que te dije una vez —me recuerda—. Déjala en las manos de una persona de confianza y conviértete en la escritora que siempre has deseado.

—Te prometo que lo haré.

—Te echaré de menos, ¿sabes? —Yo afirmo y después, dejo caer mi cabeza en su hombro—. Roma nos espera a las dos y te prometo que el día que volvamos a vernos, será el mismo en el que empezará nuestra historia de nuevo. Quiero creer que lo que hemos vivido aquí solo es un pequeño aperitivo, que aún nos queda mucho por vivir y que necesitamos tiempo para ubicarnos.

—Yo también lo creo, pero...

—Nunca me voy a olvidar de lo que ha pasado aquí...

—¿Crees que lo haré yo? —responde—. Sería idiota si lo hiciera.

—Entonces dejemos que sea nuestra memoria y nuestro corazón los que cuiden de lo nuestro, y luchemos por convertirnos en las personas que siempre hemos querido ser.

Si hay besos que pueden curar heridas, calmar el corazón, calentar la piel y hacerte volar, ese es el que recibo de Nicola cuando ella se acerca y atrapa mis labios con los suyos. El tiempo se paraliza y aunque deseo que sea haga eterno, avanza y lo hace hasta que las estrellas brillan en el cielo y tenemos que despedirnos. Nos volveremos a ver, estoy segura de ello y cuando eso ocurra, me aseguraré de tener todas mis heridas sanadas y de tener toda la fuerza que necesito para amarla como se debe amar a una persona que te ha devuelto la vida.

MEMORIA



Bice, otoño de 1991

El otoño llegó a Turchese con la rapidez con la que la felicidad puede transformarse en dolor, con la que el amor puede transformarse en tristeza. Aquella mañana estaba en mi dormitorio mirando el mar desde la ventana. Se extendía más allá del horizonte, justo donde se unía con el cielo en un abrazo interminable. Su color azul me parecía tan familiar como extraño, en sus aguas había pasado instantes maravillosos, pero en ese momento estaba dolida con él por haberme arrebatado a la persona que más quería. Según la policía, Theo se había resbalado, el viento era demasiado fuerte aquel día y cayó al vacío por los acantilados.

Habían pasado semanas de aquello y el pueblo aún hablaba de lo ocurrido. Yo lo supe por mi madre, fue ella la que me lo contó y, sin creérmelo, corrí hasta que los pulmones se me vaciaron de aire. En lo único que pensaba era en encontrar a Theo allí, sin embargo, la villa en la que se hospedaba la familia Richeri estaba vacía. Me quedé allí llorando sola durante horas, con los recuerdos de él golpeando mi mente y aunque no lo sabía entonces, con una nueva vida creciendo dentro de mí.

Con la inmensidad del mar frente a mí, cerré los ojos tratando de contener las lágrimas, pero estas rebasaron mis pestañas y se deslizaron por mis mejillas con la misma facilidad con la que Theo me arrancaba la sonrisa. Cada rincón de mi dormitorio me recordaba esas tardes de música y risas, mi cama, el escritorio, las fotografías... Todo.

Cuando se destapó la noticia de mi embarazo, el revuelo fue aún mayor. Tenía dieciocho años, todo un futuro en Roma como bailarina, y me cambió la vida con tanta rapidez que tuve que madurar a la rapidez de un pestañeo. Mis padres me apoyaron cuando se destapó el secreto, pero cada día desde la muerte de Theo el dolor se incrustó dentro de mí hasta dejar huella en mi piel y huesos. A veces era tan intenso que apenas podía respirar, pero en mitad de todo ese caos estaba mi bebé. La vida podía ser muy extraña. Un día estabas feliz, disfrutando del amor y la compañía de alguien especial, y al siguiente todo eso se desmoronaba. Me pregunté muy a menudo por qué las cosas tenían que ser así, por qué las decisiones que tomamos y las acciones que cometemos tenían consecuencias tan devastadoras. Iba a tener un hijo de Theo y lo haría sola, porque el mar me lo había arrebatado de las manos.

Junto a Theo aprendí que el amor es la fuerza que te impulsa, pero también, lo que te hace caer. Él viviría siempre en las profundidades del mar, con el resto de marineros que en algún momento también perdieron su vida entre la espuma blanca y las ondas de las olas; libre, nadando, disfrutando de lo que hay más allá, velando por mis sueños, dejando su estela y memoria en ese bebé que tras duros meses de embarazo llegó al mundo con el color de su pelo, con la intensidad de su mirada y la esencia de su personalidad en su sonrisa.

Theo había muerto, sí, pero nuestra hija, era el recuerdo de que el amor siempre deja huella en el corazón.

EPÍLOGO



Dos años después.

Nicola.

Todo está preparado. Las manos me sudan y me tiemblan ligeramente a causa de los nervios. He necesitado un relajante para poder calmarme y aunque mi corazón ya no late a toda prisa, me siento tan incómoda y fuera de lugar que no puedo dejar de caminar. Afuera, Roma brilla como nunca y aunque en el pasado temí no ser capaz de vivir en ella, puedo confesar que nunca una ciudad me había parecido tan bella.

Han pasado dos años desde la última vez que estuve en Turchese y no he dejado de preguntarme si habrá cambiado algo. Me quedan un par de semanas para finiquitar el curso y la exposición, pero estoy deseando viajar y reencontrarme con todo lo que dejé atrás. Después de mi último verano y todo lo que pasó allí, necesité apartarme, tomarme un tiempo y ordenar todas las piezas en su lugar.

A mi alrededor el mundo entero gira. Me siento como Saturno rodeado de sus lunas, estático y paralizado en el centro, viendo cómo todo lo demás se mueve mientras que me paro a observar desde la lejanía. Siempre soñé con esto, con que mis cuadros estuvieran colocados sobre las paredes, con ser yo el artista que presentaba su vida en lienzos y no la persona que llega para perderse en todos ellos. En cuestión de unos minutos voy a abrir mi alma y mi corazón al mundo entero y no sé si estoy preparada para ello, aunque nadie está listo para exponerse a los ojos de los demás.

Dejar el pueblo, salir de mi zona de confort, alejarme de mi casa y de las personas que amo me abrió las puertas a algo nuevo y me concedió la oportunidad de crear nuevos lazos con otras personas. Me han acompañado estos meses y han logrado que la mujer que era crezca y salga a flote. Descubrir mi procedencia, conocer la historia de mi padre y de mi familia me ha hecho fuerte.

Tal y como deseaba, las paredes de la galería están adornadas con vídeos de las playas, las calles, la cala y el espigón de Turchese. No hay música, solo se escucha el sonido del mar chocando con las rocas de unos acantilados que en el pasado se llevaron la vida de dos de las personas más importantes de mi vida. La exposición *Pintando memorias en tu piel* es un recuerdo de toda mi vida, de esos instantes que han significado algo para mí y de las personas que me han llenado el corazón de sentimientos. Es una serie de lienzos pintados en óleo de varios tamaños que fui coleccionando en el pueblo y que he culminado estos meses con la pieza principal, un lienzo que expresa y refleja lo que aún siento por una mujer que significó mucho más que un sencillo y vertiginoso amor de verano.

La última vez que estuvimos juntas en Turchese, Adriana y yo nos deseamos lo mejor. Todo lo que pasó, desvelar la verdad sobre la familia, conocer que Ángelo fue el culpable de la muerte de mi padre y destapar la caja de Pandora que ocultaba un pasado tan horrible

nos afectó y acabó convirtiéndonos en el daño colateral de una historia que ni siquiera nosotras habíamos escrito. Fue difícil entregarle ese último beso y desear al mismo tiempo que no se acabase lo nuestro, pero tuve que hacerlo, tuvimos, en realidad.

De Adriana sé que ha publicado varias novelas. Su libro, un drama romántico que esconde en sus páginas nuestra historia de amor, se ha convertido en una de las novelas más vendidas este año, así que se le puede considerar una escritora revelación. Nunca me dijo que me había convertido en su musa, sí que sus días en Turchese la habían ayudado a escribir, pero no hasta tal extremo. Yo le he ocultado que los cuadros de esta exposición están pintados con ese amor que vivimos; cada cuadro es un reclamo, una alegoría a las emociones que descubrimos juntas, a ese destino que nos dio la posibilidad de conocernos más allá de nosotras, más allá de lo que conocíamos.

—Niki, ya es la hora. —Una de las tantas personas que me han ayudado con todo esto, interrumpe mis pensamientos y me obliga a regresar a la realidad. Le doy un sorbo a la botella de agua que llevo entre las manos y camino hasta el recibidor siendo perseguido por el reflejo de mi propio cuerpo, que me acompaña durante el trayecto—. ¿Estás nerviosa?

—Atacada.

—Es tu momento, disfrútalo —me recuerda y, por un instante, noto cómo mi cuerpo descansa. He luchado demasiado para estar aquí, para ver cumplido mi sueño y aunque no tengo ni idea de lo que pasará en los próximos meses, lo único que deseo es ser feliz y encontrar mi paz en esos lugares del mundo que me inspiren a amar.

Al otro lado de una gran puerta de cristal, se reúnen las personas que han venido para descubrir una exposición que siempre formará parte de mi vida. Sigo sin creer que todo esto sea real, ni siquiera sujetar la tijera y cortar la cinta de inauguración pone mis pies en el suelo, tampoco me ayudan los aplausos y cómo, uno por uno, mis compañeros de curso se acercan a mí para felicitarme.

Cuando soy capaz de centrarme, comienzo a caminar y buscar entre todos los asistentes. Por mucho que no quiera pensar en ello, me encantaría encontrarla a ella por aquí. Sé que es estúpido pensar en ello, sobre todo porque fui incapaz de enviarle la invitación y no creo que el destino dé segundas oportunidades a las personas que desechan la primera. Todas las personas, conocidas o no, comen y beben mientras que ponen su atención en mis cuadros. Me arrepiento de no haberle comentado a Adriana lo de hoy, pero no he querido forzar un reencuentro que prometimos que viviríamos en algún momento.

Vittorio, Greta, Fabian y mi madre aún no han llegado y estoy deseando que estén aquí para fundirme con ellos en un fuerte abrazo. No han dejado de repetirme que tienen una gran noticia que darme, y aunque siento mucha curiosidad por ello, debo admitir que lo único que me importa es tenerlos conmigo esta noche.

El tiempo pasa y conforme me muevo por toda la galería, saludo, estrecho manos, doy abrazos, sonrío y converso con las personas que se acercan a mí. No estoy hecha para mantener tanto contacto con desconocidos a la vez y me doy cuenta de lo extraña que eso me hace sentir cuando, después de una hora, mi instinto busca una vía de escape y un refugio en un rincón apartado y solitario. Y lo encuentro en la terraza superior del edificio.

El sonido del mar, el bullicio y el calor quedan atrás para verme aplastada por el frescor de una noche que no es nada parecido a la brisa que llega de la playa y te remueve hasta el alma. Cierro los ojos, me permito imaginar que estoy en la terraza de mi dormitorio, con la luna brillando sobre mi cabeza, las estrellas como lentejuelas de la noche

y la paz de Turchese calándome hasta los huesos. Roma ya no existe y aunque en otro momento de mi vida ahogaría mis emociones en un cuaderno, hoy lo único que deseo es calmar los latidos frenéticos y nerviosos de mi corazón.

Suelto un suspiro y una vez que regreso a la realidad, me apoyo en la baranda de piedra que tengo delante de mí y abro los ojos. La ciudad es puro arte y después de dos años viviendo en ella he aprendido a amarla, a dibujarla y a pintarla en muchos de los lienzos que guardo en un estudio situado en mi apartamento. Roma significa sueños, sin embargo, en cada uno de los trazos que usé para pintarla está reflejada la tristeza, la melancolía, el dolor y el miedo. Me hubiera encantado ser capaz de hacerlo desde otra perspectiva, pero al final un artista no pinta otra cosa que no sea lo que siente con su corazón, y para mí esta ciudad no era otra cosa que la esperanza por recuperar mi amor perdido.

Me encantaría saber si a Adriana le han llegado noticias sobre la exposición. Al final, todo esto es gracias a la fundación que nuestras familias crearon hace tanto tiempo. Yo me he convertido en una de sus fans a pesar de que la lectura no me va mucho; incluso he acudido a un par de firmas de libros solo por verla, aunque jamás me he atrevido a dar el paso y decirle que sigo queriéndola. La última vez que nos vimos fue el día que Ángelo murió. Me vi en la obligación de ir, de apoyarla, pero no era ni el momento ni el lugar para hablar y así como aparecí, desaparecí. Hace unos días supe que Greta la ha estado ayudando en Breka y que todo ha cambiado bastante por allí, así que me alegro porque por fin, el peso de las decisiones que tomó su padre no le han impedido hacer realidad sus sueños.

—¿¡Acaso estás ciega!? —Escucho desde la calle y veo a un hombre insultando a otra mujer que ha estado a punto de atropellarlo. Apenas soy capaz de controlar mi mente y aunque la situación no tiene nada que ver, mis recuerdos me sitúan en la noche que Adriana y yo nos conocimos en el espigón cercano a las dunas. Por aquel entonces yo también estaba ciega, apenas veía más allá de mis cuadernos o del dolor que me anegaba el corazón y ella apareció atropellando mi vida, llevándose consigo mi oscuridad, transformándola en un millón de colores.

Todo lo que vivimos llega a mí refrescándose como la brisa de la noche y, de pronto, mi memoria saca a relucir algo que ni siquiera había percibido entonces. Adriana aquella noche, y el resto que compartimos juntas, olía a mango, mi fruta favorita, y una vez que percibo su aroma en el aire que me rodea, me tenso.

—Vaya... y yo que pensaba que en Roma no existían las brujas —comenta un par de segundos después, y cuando me giro y la veo ahí, parada a unos metros de mí, me quedo de piedra. Como si estuviese viendo un fantasma, como si estuviese soñando como algunas veces me ha pasado.



ADRIANA

Hace apenas una hora que he llegado a Roma desde Nueva York y es la primera vez en mucho tiempo que Roma se mueve a mi alrededor de manera frenética y desesperada. La

veo avanzar al ritmo que lo hace mi corazón y eso me pone los pelos de punta. Llevo dentro del taxi demasiados minutos y lo único que quiero es que llegue a su destino. No he tenido tiempo de agradecerle a Fabian y Greta que me hayan dado la información, pero lo haré en cuanto llegue a la exposición y tenga la oportunidad de darles un fuerte abrazo. Me encantaría haber podido viajar antes, haber acompañado a Nicola en la organización de su primera exposición, pero todo fue tan rápido que no conseguí un billete hasta hoy. A esta hora ya debe haber dado comienzo y todos tienen que estar disfrutando de lo que es un sueño hecho realidad. Nicola no tiene ni idea, pero he estado muy pendiente de ella a lo largo de estos años. Sé que fue la mejor de su curso, que todos sus profesores alaban su trabajo y que la beca —que recibió antes de que nos conociéramos— ha generado frutos tan bellos que estoy deseando fundir mi mirada en ellos. No puedo esperar más a verla y felicitarla por ello.

Todo pasa tan rápido que ni siquiera me acuerdo de haber pagado al taxista. He salido corriendo con mi bolso en la mano, he preguntado sin parar por ella y todos me han comentado lo mismo, que la última vez que la vieron estaba subiendo la escalera de caracol que lleva hacia la terraza, así que no me lo he pensado demasiado. A pesar de que me falta el aire, que mi peinado se ha descolocado y que me he tropezado en algún que otro escalón he llegado sana y salva. Estoy nerviosa y lo noto por cómo me late el corazón en cuanto sujeto el pomo y abro la puerta que nos separa.

Parece que el tiempo no haya pasado entre nosotras porque cuando la veo de espaldas, no me importa ese nuevo corte de pelo que lleva o ese estilo tan formal que viste. Mis deseos por abrazarla crecen, aunque me tomo mi tiempo para recuperar la respiración y sonreír de nuevo.

—Vaya... —susurro pasándome una mano por la frente, arreglándome un poco el pelo y la ropa—. Y yo que pensaba que en Roma no había brujas. —Sé que Nicola se ha quedado petrificada porque tarda un par de segundos en dar media vuelta y poner su mirada en mí. Yo lucho contra el deseo de caminar y fundirme en un beso eterno con ella, pero mis pies se han quedado pegados al suelo y no sé qué más decir para que ella reaccione—. ¿Huyendo de tu propia fiesta?

Me es imposible no imitar su sonrisa cuando ella vuelve a la realidad. Está diferente, mucho más guapa, madura y seria. No sé si es porque nunca la imaginé vistiendo una camisa y un traje como el que lleva, o porque mi último recuerdo de ella es el de la tarde que nos despedimos junto a la playa.

—¿Quién te ha contado que...? —Su pregunta viene acompañada de un gesto de sorpresa y ese brillo curioso que siempre estuvo ahí y que tanto extrañaba. Yo me encojo de hombros, ruedo los ojos y miro a las estrellas—. ¿Fabian...?

—Él y Greta me lo comentaron cuando les llegó la noticia, pero no he podido venir antes por trabajo. Ni siquiera sé cómo es posible que haya llegado hasta aquí hoy. Encontré un billete libre a última hora y... —confieso, ahora sí, acercándome a ella—. Además, no podía dejarte hacer esto sola. Sé lo importante que es para ti —le digo a tan solo un metro de ella—. Y creo que era el momento perfecto para regresar, ¿no crees?

—Sí... —Cuando ella me alcanza, la diferencia de altura entre las dos me deja sin aire. Siento que la garganta se me seca y que los dedos me tiemblan ante el deseo que tengo de tocarla; estoy abrumada, necesito de su contacto, de un abrazo y de un beso. Soy incapaz de saber cómo he podido permanecer lejos tanto tiempo, aunque parte de mí sabe que era lo

mejor, lo más justo. Necesitábamos asimilar lo que había pasado, desprendernos de lo que pasó y ser capaces de seguir adelante con ello.

—Te ves... —murmuro— muy bien. —Nicola sonrío y sus ojos negros brillan ahora más oscuros que la noche.

—Tú estás tal y como te recuerdo, aunque... —Un par de dedos suyos me acarician la mejilla—. Echo de menos el color rojizo que pintaba el sol en tu cara.

—¿Qué haces aquí arriba?

—Necesitaba un poco de aire. No dejaba de pensar en...

—¿Mí?

—No fui capaz de enviarte la invitación —admite llevándose la mano hacia uno de los bolsillos del pantalón, sacando un sobre color turquesa plegado por la mitad que lleva escrito mi nombre—. Tenía miedo de recibir una negativa. Sé que has estado muy ocupada, así que bueno...

—¿Te acuerdas de lo que te dije la última vez que nos vimos?

—Me dijiste que el día que nos reuniésemos de nuevo sería el día que empezaría nuestra historia de verdad —recuerda con sus ojos puestos en mis labios—. Me dijiste que no era nuestro momento, que todo lo que habíamos vivido no era más que lo que debía suceder para cerrar las heridas de aquellos que habían sufrido por nosotros —continúa—, que debíamos dejar que el tiempo lo estabilizase todo y que tarde o temprano volveríamos a...

—A estar juntas.

—¿Entonces...?

—Deberías dejar de hablar de una vez —admito dándome la oportunidad de tocarla, de aferrarme a su cuerpo y romper una lejanía que me ha sido una tortura y me ha llevado a una locura que no pienso experimentar otra vez—, y hacer lo que sé que quieres hacer.

Mis palabras son la chispa que prende de nuevo aquella hoguera dormida en la playa, la misma junto a la que nos entregamos sin tener idea de todo lo que tenía el destino preparado para nosotras. Las manos de Nicola sujetan mi cara y un segundo más tarde estampa sus labios contra los míos en un beso que sabe a bienvenida, a melancolía, a felicidad, a amor y a necesidad. Yo ahogo un jadeo cuando su lengua roza la mía y mis brazos acogen su cuello.

Durante unos meses pensé que nuestro destino era estar separadas, que este nos había unido para que fuésemos conscientes de lo que pasó, para que sacásemos de nuestro corazón esas agujas que mi padre había implantado en nosotras por cómo fue y todo lo que hizo. Creí que lo mejor era mantenernos alejadas la una de la otra, que jamás podríamos ser lo que fuimos, que no teníamos más remedio que aceptar que nuestras emociones no deberían haber nacido jamás, pero... Una vez leí que la razón no manda sobre el corazón.

Yo me enamoré de ella. La bruja de las rocas se convirtió en la mujer que me llevó a descubrir el amor de verdad escondido en el fondo del mar, en mi anhelo durante la noche, en la musa de mis letras.

—Nicola...

—Mmm —Le escucho decir mientras que se embelesa besando mis labios una y otra vez.

—¿Qué te parece si tú y yo nos hacemos cargo de la fundación juntas?

—¿Estás segura de eso? —pregunta apartándose lo suficiente para que pueda ver

reflejadas en sus ojos las luces que nos rodean—. Ya sabes que yo no sé mucho de eso.

—Pero sabes de arte, y Breka vive de eso. Además, es lo que habría querido tu abuelo, que los Richeri y los Mancinni siguieran adelante con esto.

Por un segundo temo que ella se niegue, que todo lo que mi padre le hizo al suyo haya creado una brecha que jamás se podrá cerrar; sin embargo, una vez que me sonrío y acaricia mi mejilla de nuevo, percibo que las cosas están bien y que nuestro futuro juntas apenas está empezando.

—Acepto.

—Eso sí, primero volvamos a casa —le pido—. Hay muchas cosas que nos quedamos por vivir juntas en Turchese y estoy deseando que lo hagamos.

—Estaba esperando a que aparecieras para pedirte lo mismo —responde, y me regala un pequeño beso en los labios—. ¿Es lo que quieres?

—No creo que exista un lugar mejor para pasar el verano.

—Para serte sincera, Roma me ha encantado, pero echo de menos todo.

—¿Incluso mi tarta de mango? —A mi espalda, Bice aparece acompañada de Vittorio, seguido de Fabian y Greta—. Mira que yo creía que no tendría que aguantarte de nuevo andando descalza por casa...

—Bueno, ya va siendo hora de que me mude y busque compañera de piso, ¿no? —Con la respuesta de Nicola, el amor se convierte en una veintena de abrazos, risas, sonrisas y besos. Nunca me había sentido tan feliz, completa, libre y amada a la vez. Quizá es verdad eso que dicen de que, para alcanzar la felicidad completa, tienes que dejar atrás todo lo que te daña, abandonar a aquellos que te hacen sufrir y recorrer ese camino de piedras que está destinado a ti. Este es mi lugar, mi pequeño rincón del mundo situado entre los brazos de una bruja junto al mar y sé que a mi madre, todo esto, la llenaría de felicidad.

DEL ANONIMATO AL SALTO LITERARIO

En el atractivo y apasionado universo de la literatura romántica surge una nueva voz que ha conquistado corazones desde su reciente incursión en la autopublicación. Verónica Espinosa, una autora apasionada, ha tejido un cautivador tapiz repleto de amor y emociones que comenzó mucho antes de que se conociera su nombre.

Desde su infancia, Verónica se vio envuelta en el fascinante mundo del romance. Las novelas, con sus tramas intrincadas y sus personajes inolvidables, capturaron su corazón desde temprana edad. Sin embargo, no fue hasta la adolescencia que encontró en la escritura una vía para explorar y expresar sus propias emociones.

Su pasión por el romance floreció con cada palabra que plasmaba en el papel, convirtiendo sus escritos en un reflejo auténtico de sus experiencias y anhelos más profundos. El amor, en todas sus formas y matices, se convirtió en el hilo conductor de su narrativa, tejiendo historias que ahora resuenan en los corazones de quienes se han aventurado a adentrarse en sus novelas.

A pesar de su innato talento, mantuvo sus creaciones en la intimidad durante años. Fue en el verano del año 2023 cuando, al final, decidió compartir su primera historia con el mundo. Un valiente salto hacia lo desconocido que reveló no solo su destreza narrativa, sino también su compromiso con la representación LGTBQ+ en el género romántico.

Las novelas de Verónica Espinosa son más que simples relatos de amor, son testimonios vibrantes de la diversidad y la riqueza de las experiencias humanas. Sus personajes llenos de vida desafían los estereotipos convencionales y dan voz a aquellos cuyas historias a menudo se pasan por alto en la narrativa tradicional.

Con un estilo literario que envuelve al lector en una danza de emociones, esta autora ha llegado para quedarse en el panorama de la novela romántica lésbica. Sus obras, impregnadas de sinceridad y pasión, son un regalo para aquellos que buscan el amor en todas sus formas, recordándonos que, al final, el corazón no conoce barreras ni etiquetas.

Así, la pluma de Verónica Espinosa se erige como una luz brillante en el horizonte literario, iluminando el camino para las generaciones futuras de lectores y escritores que ansían ser parte de un mundo donde el amor es la fuerza que une todas las páginas de la vida y la ficción.

SIGUE A LA AUTORA EN SUS REDES SOCIALES



[@veronicaespinosa.autora / @AutoraVeronica /
@veronicaespinosa.autora / @veronicaespinosa]

TODAS LAS NOVELAS DE LA AUTORA



TODAS LAS NOVELAS DE LA AUTORA EN:
amazon